

LÁZARO GUTIÉRREZ DE LARA · LOS BRIBONES

NOVELA MEXICANA DE ACTUALIDAD

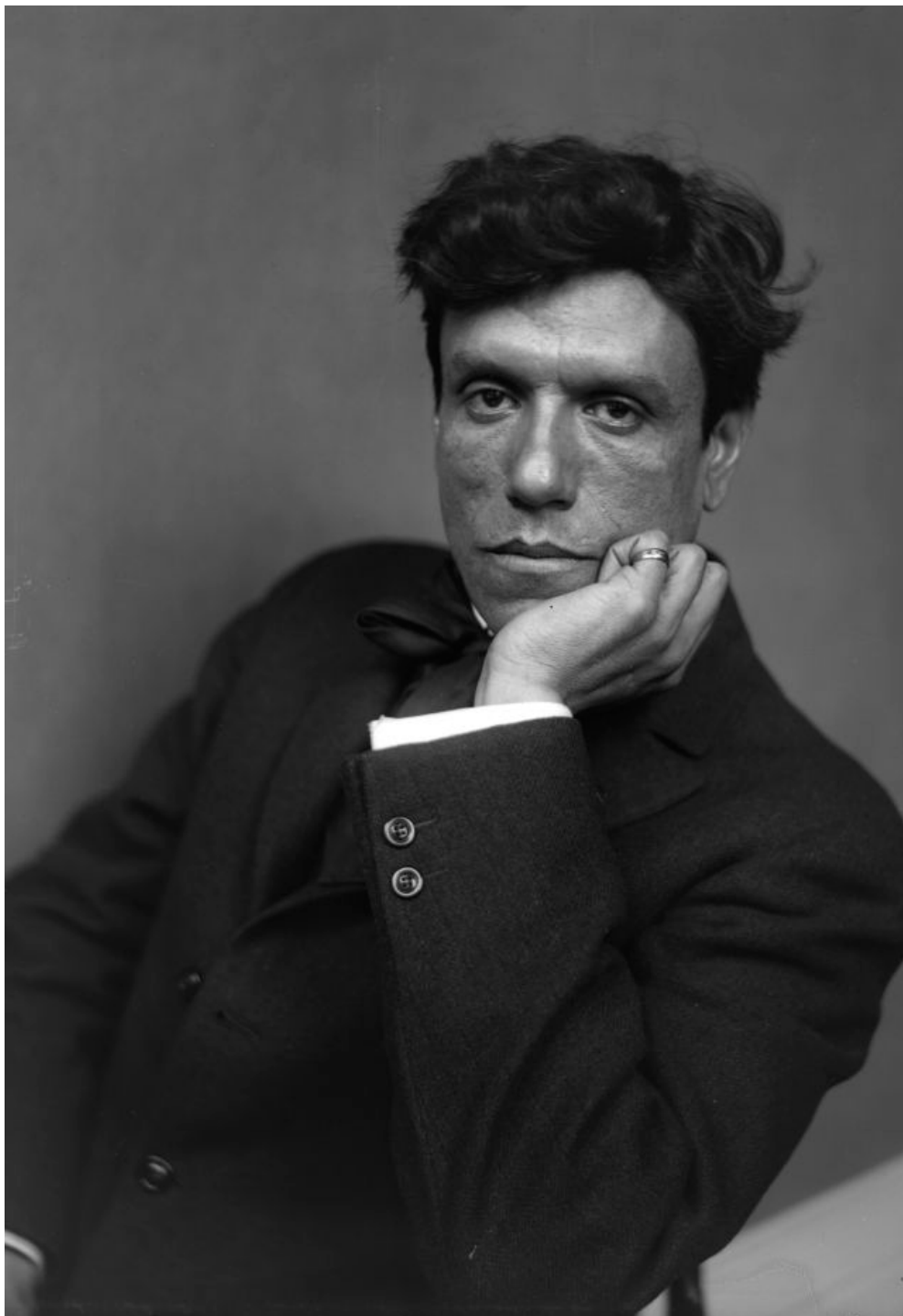


CÁMARA DE
DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA



CONSEJO EDITORIAL
DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS

LOS BRIBONES



LOS BRIBONES

NOVELA MEXICANA
DE ACTUALIDAD

LÁZARO GUTIÉRREZ
DE LARA

Introducción de Claudio Lomnitz

Edición de Diego Flores Magón



DR © LXIV Legislatura
de la H. Cámara de Diputados
Av. Congreso de la Unión Núm. 66
Edificio E, Planta Baja
Col. El Parque, Venustiano
Carranza, Ciudad de México
Tel. 50360000 ext. 51091 y 51092
www.diputados.gob.mx

DR © Casa de El Hijo del
Ahuizote
Centro Documental Flores Magón
AC
República de Colombia, 42
Centro Histórico, Cuauhtémoc
06000, Ciudad de México

DR © 2016, Claudio Lomnitz

Primera edición, 2018

ISBN 978-607-98413-1-7

Diseño
León Muñoz Santini

Formación
Casa del Ahuizote

Cuidado de la edición
Diego Flores Magón

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción,
transmisión o almacenamiento
en un sistema de recuperación de
cualquier parte de esta publicación
—incluido el diseño tipográfico
y de portada—, en cualquier
forma o por cualquier medio, sea
electrónico, mecánico, fotocopiado,
grabado o de otro tipo, sin la
autorización por escrito del titular
de los derechos.

Impreso y hecho en México.
Printed and made in Mexico.

*Morir de pie. Vida, época y escritura
de Práxedes G. Guerrero* terminó de
imprimirse en diciembre de 2018
en los talleres de Offset Reboán
SA de CV, Acueducto 115, Huipulco,
Tlalpan, Ciudad de México.

CONTENIDO

Los bribones o la novela de los relegados,
Hirepan Maya, 7

Introducción,
Claudio Lomnitz, 13

Nota del editor, 81

Los bribones.
Novela mexicana de actualidad
Lázaro Gutiérrez de Lara, 83

LOS BRIBONES O LA NOVELA DE LOS RELEGADOS

México vive un tiempo de transformaciones que por momentos parecen una sola, pero que paulatinamente van afirmando su complejidad, su particularidad y sus alcances. El cambio de régimen político que formalmente comienza en las urnas el 1 de julio de 2018 implica un amasijo heterogéneo de giros históricos. Uno de ellos, el de la memoria, implica traer a la actualidad, como un relámpago del pasado, las figuras errantes o relegadas de nuestra historia. Entre ellas está el magonismo y su promesa de actualidad, la vigencia de su rabia y los alcances de un programa político y social al que siempre se le está

arrinconando por lo “peligroso” de sus ideales: la defensa irrestricta de las clases trabajadoras, de los desposeídos, la redención de “los de abajo” y el fin de “los de arriba” como clase explotadora. Las figuras de Ricardo y Enrique Flores Magón como el eje de una memoria que necesariamente implican a otros nombres, obras y procesos. Una de estas figuras de los relegados del anarquismo es sin duda la de Lázaro Gutiérrez de Lara. Abogado, juez, militante, escritor de artículos y novelas; “activista” del magonismo en los Estados Unidos hasta 1911, su imagen siempre perturbadora y también sumamente contradictoria (Ricardo Flores Magón, en el número 26 de *Regeneración*, del 25 de febrero de 1911, denuncia el paso de Gutiérrez de Lara al maderismo) es parte de esta historia política y narrativa de los relegados del anarquismo en función de la imagen homogénea y simplificadora de la Revolución Mexicana que se impone al final de la misma.

La publicación de esta novela ayudará a profundizar en la figura de Gutiérrez de Lara: participante en el movimiento estudiantil de 1892; crítico acerbo de la aristocracia porfirista y del mismo Porfirio Díaz (“El déspota se bambolea”, escribe en *Regeneración* en diciembre de 1910); patriota del nacionalismo que dio lugar a una de las tendencias de la Revolución Mexicana; agudo analista de la realidad social mexicana bajo la formulación de la “lucha de clases”; apologista del pasado indígena precolombino en clave un tanto idealizada; defensor, como afirma

Claudio Lomnitz en la introducción de esta novela, de las “víctimas del ‘progreso’ porfirista”; prisionero y perseguido político de la dictadura; novelista de la cárcel del porfirato, una cárcel ampliada, presidio de toda una sociedad que comienza a roer las cadenas de la dictadura. Como afirma Ramón Martínez Ocaranza cuando habla de José Revueltas: “La tierra es una cárcel. Y México es su celda más simiesca y horrible. Porque encarcela a sus hombres más justos y sabios, con las bendiciones grotescas de una mitología llena de ternura”.

En Cananea, “el pueblo de la segregación” (Lomnitz), Gutiérrez de Lara adquiere la materia prima de su novela: la desigualdad que conduce a la muerte, el despojo permanente de la vida a través del trabajo semi-esclavizado; la más honda explotación, la prostitución como el síntoma del intervencionismo de frontera de los Estados Unidos hacia México; la disolución atroz de la justicia y del honor, la prisión como la culminación ideológica de la dictadura porfirista. Escrita en 1907, la novela *Los bribones* es una novela realista, con vocación de verdad, justicia y denuncia; combina su forma de narrar con la eficacia con la que presenta la experiencia misma de Gutiérrez de Lara en juzgados y cárceles; todo esto de una manera indirecta, es decir, por momentos se advierte la cercanía con personajes y situaciones históricas concretas, siempre bajo el ropaje de lo “indirecto”, del trabajo que tenía que hacer un lector de esa actualidad de 1907 para entender los cruces entre

realidad y narración. Es por lo anterior que el subtítulo de la novela es fundamental para comprender la estrategia narrativa y política de Gutiérrez de Lara: *novela mexicana de actualidad*. ¿Cuál es esa actualidad de 1907?: “el mar de podredumbre” de Cananea; la corrupción de toda la vida alrededor de las minas; el poder absoluto de “Su Majestad EL REY DEL COBRE”.

No sólo estamos ante la novela de un militante, de un abogado de los obreros de Cananea y de un testigo que acumula su indignación para transformarla en testimonio novelado: estamos ante un texto artístico que es al mismo tiempo un texto de denuncia, una novela política en el sentido más amplio de este subgénero literario. En este sentido, Gutiérrez de Lara va a ser el precursor olvidado de la gran novela política mexicana del siglo xx: su frecuencia histórica pertenece más a la tradición de la narrativa de presidido de José Revueltas, o del mismo Ramón Martínez Ocaranza, que a la de los narradores de la Revolución, como José Vasconcelos o Martín Luis Guzmán. Sin embargo, el gran referente de su narrativa de denuncia es Ricardo Flores Magón: el anarquismo es la primera casa libertaria de este sorprendente y relegado narrador.

No está de más mencionar que la publicación de la novela *Los bribones. Novela mexicana de actualidad*, de Lázaro Gutiérrez de Lara, por el sello editorial de la Cámara de Diputados y la Casa del Hijo del Ahuizote, es parte de una larga deuda de memoria que la sociedad

mexicana tiene con el legado de las figuras del magonismo, con los liberales anarquistas de finales del siglo xix y de comienzos del siglo xx; una deuda con este pensamiento libertario que es parte de la matriz de las conquistas obreras del siglo xx y que será fundamental en el proceso de restitución de derechos de todas y todos los mexicanos que necesariamente el Estado mexicano deberá emprender en el amanecer del siglo xxi; una memoria del magonismo que nos exige no volver a olvidar nunca más en nuestra historia las palabras de Ricardo Flores Magón: “Mi ideal es que el hombre llegue a poseer todo lo necesario para vivir sin tener que depender de ningún amo”.

Diputado Hirepan Maya Martínez
Coordinador del Órgano Técnico
Consejo Editorial de la Cámara de Diputados

INTRODUCCIÓN*

EL GUÍA DE JOHN TURNER. EL PASADO DE LÁZARO

En cierto sentido, Lázaro Gutiérrez de Lara era un ejemplo de la explosiva mezcla de políticos a los que la dictadura porfiriana había orillado a exiliarse. De su natal Monterrey, había llegado por primera vez a la Ciudad de México cuando tenía dieciocho años, en 1889.¹ La rama de la

* Extracto de *El regreso del camarada Ricardo Flores Magón* (trad. de Jorge Aguilar Mora, México, Ediciones Era, 2016), que se reproduce con permiso del autor.

familia de Lázaro estaba en decadencia. Su padre había heredado un pedazo de las propiedades familiares y murió cuando Lázaro era joven, dejando a su esposa una magra herencia, que ella manejó con mucho cuidado para poder mandar a sus hijos a la escuela.² De hecho, la pequeña familia Gutiérrez de Lara se mudó a la Ciudad de México para que el mayor de los hermanos pudiera inscribirse en la Escuela Nacional de Jurisprudencia.

Aunque Lázaro no cayó preso durante su participación en el movimiento estudiantil de 1892, al año siguiente, en junio, fue expulsado de la escuela por haber publicado un artículo que él describía como una crítica de “las ridiculeces de nuestra vulgar aristocracia”.³ Lázaro señalaba que la élite mexicana había perdido su patriotismo, dejando al país completamente a merced de la invasión extranjera. Decía: “Un pueblo expuesto a la opresión es un cadáver; y un cadáver no puede ser un soldado”. El artículo se publicó después de que Joaquín Baranda, el ministro de Educación, prohibiera la insubordinación estudiantil, incluidos los ataques en la prensa.⁴ Y la expulsión de Lázaro sucedió poco después de la clausura de *El Demócrata*, a raíz de sus artículos sobre la rebelión de campesinos en Tomochic.

Lázaro venía de una familia distinguida. Su bisabuelo, Bernardo Gutiérrez de Lara, había nacido en Revilla (ahora Ciudad Guerrero, Tamaulipas), se había unido al movimiento de independencia de Miguel Hidalgo, en el

que recibió el grado de coronel. En 1811, había cabalgado desde Natchitoches, Luisiana, hasta Washington, D. C., para convencer a James Monroe, secretario de Estado, de que apoyara la independencia de México. En efecto, Bernardo fue el primer mexicano que visitó la capital estadounidense en busca de apoyo a la libertad mexicana.

Entonces era otro mundo: no había frontera entre Nueva España y Estados Unidos; sólo un vasto territorio intermedio habitado por una mezcla de pueblos indígenas y de colonos. El diario de viaje de Bernardo describe un paisaje irreconocible ya para su bisnieto Lázaro, quien atravesó todos esos mismos lugares cien años después.

El 12 de noviembre de 1811, por ejemplo, Bernardo pasó la noche en casa de una pareja de indios. Estos indios usaban “una camisa de fina holanda que les llegaba a los pies, sin nada más”. Sin embargo, a Bernardo “le agradó ver la destreza con la que manejaban el cuchillo y el tenedor”. Unos días después, tras cruzar las negras aguas del río Bear, Bernardo pasó la noche en la casa de un indio rico “cuyas habitaciones de esclavos parecían como una pequeña aldea”. Para la época en que Lázaro cruzó Estados Unidos, todas esas tribus estaban ya encerradas en reservaciones, si es que no exterminadas, y ya no existían indios ricos, dueños de esclavos.

Otras diferencias entre ambos países surgieron quizás menos rápidamente. Así, a Bernardo le impresionaron los precios una vez que cruzó el río Cumberland: “Una arroba

de tabaco superior vale un dólar; un par de pantalones hechos con una especie de algodón que duran mucho tiempo los he visto venderse por un dólar y medio; un fino pañuelo a tres o cuatro reales. En cambio, la comida para los hombres y los animales era muy cara”.⁵

Bernardo logró finalmente llegar a Washington, donde fue recibido por el presidente, así como por varios miembros de su gabinete, para muchos de los cuales Bernardo era el primer mexicano que conocían. Cien años después, tras haber pasado por la cárcel y sufrido la persecución de la policía estadounidense, Lázaro fue convocado por el Congreso a Washington para testificar en contra de la deportación de los refugiados políticos mexicanos a ese mismo país al que Bernardo Gutiérrez de Lara supuestamente había liberado. La lucha de México por la libertad (*Mexico's Fight for Freedom*) —el título de uno de los libros de Lázaro— era para éste un asunto de familia.

UN AZTECA

El orgullo familiar de Lázaro estaba imbricado en la historia de México, una historia que, para Lázaro, sólo tenía dos tipos de actores; los héroes y los traidores. El abismo entre el bien y el mal era tan profundo en México que él no lo podía pensar sino en términos raciales; “La historia de México es la historia de una lucha de clases en la cual las clases en contienda —los amos y los

trabajadores— tienen sangre, tradiciones y psicologías distintas”.⁶ Y Lázaro continuaba:

todo lo malo que conocemos como mexicano es obra de una pequeña, parásita sección originalmente extranjera de la nación; y todo lo bueno que conocemos como mexicano (y del que el mundo en general sabe muy poco) —las artes, las artesanías, la poesía, la amabilidad y buena fe, la lucha heroica por la democracia— es obra de la clase trabajadora de las razas nativas.⁷

No sorprende, pues, que cuando Lázaro se presentó ante un público estadounidense proclamara orgullosamente que “la sangre de los conquistadores españoles corre por mis venas, pero es muy escasa. Yo soy casi azteca puro”.⁸

Los amigos estadounidenses de Lázaro creían en esta afirmación, y la repetían. Ésta es, por ejemplo, la descripción que hace Ethel [Duffy Turner] del hombre que por primera vez la puso en contacto con el idioma español: “De Lara tenía una personalidad muy impresionante. Era tranquilo y exaltado al mismo tiempo. Alto, de sólida complexión, con una cara hermosa, pero más bien pesada, siempre usaba una corbata negra Windsor con un moño bastante suelto, a la manera de los artistas de la época. Rechazaba tener la menor huella de sangre extranjera; según él, su origen era azteca puro”.⁹

El México de Lázaro estaba dividido en dos castas, los amos y los trabajadores; dos razas, la española y la india; y dos partidos, traidores y patriotas. Sin embargo, los traidores habían tratado de encubrirse usando la noble causa de la república. “Si se tiene estos simples hechos en mente”, decía Lázaro a sus lectores estadounidenses, “se podrá desenredar con facilidad el laberinto de la historia mexicana”. Esta era la historia de “una lucha por la expresión racial y la libertad económica por parte de un pueblo oprimido, en general muy talentoso, de natural gallardía, de maravillosa gentileza y amabilidad humanas —una lucha emprendida en contra de la clase de amos más depravada y sedienta de sangre que el mundo ha contemplado”.¹⁰

Para subrayar el origen y la dignidad de gran nobleza de los trabajadores mexicanos, Lázaro le insistía a su público estadounidense que las grandes razas originarias de México —los aztecas, los toltecas, los zapotecas y los mayas— “no eran indias”. Con ello quería decir que eran civilizadas; y lo eran mucho más que los españoles, a quienes veía como miembros de una raza degenerada, la peor de Europa, porque “mientras España agotaba su sangre más noble en la incesante lucha contra Mohammed, el resto de Europa guardaba la suya para el enriquecimiento de la sociedad, y dejando para los perros de la guerra sólo los desperdicios sociales”.¹¹

Lázaro se hacía eco de ese modo de las ideas eugenésicas de la época y se apropiaba de ellas al mismo tiempo que

invertía su evaluación de la raza hispánica y la india.¹² Esto no deja de recordar la influencia del rector de la universidad de Stanford, David Starr Jordan. Éste, que en esa época era un figura pública importante en California, se oponía a la entrada de Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial por razones eugenésicas, casi idénticas a las que Lázaro exponía para explicar la inferioridad de la raza hispánica: entrar en ese tipo de guerras significaba perder la crema y nata del acervo genético de la nación.¹³ En efecto, Lázaro tenía ideas raciales que podían resultar convincentes para los reformistas progresistas estadounidenses.

La grandeza de la civilización precolombina era una prueba de que el pueblo mexicano se podía gobernar a sí mismo. Esto explica que, cuando ya era un conocido agitador, orador y organizador sindical, Lázaro siguiera tomándose el tiempo para dar conferencias sobre las civilizaciones precolombinas, como la que dio sobre el antiguo arte mexicano en El Paso, Texas, en marzo de 1915, en uno de los momentos más agitados de la Revolución. En esa ocasión, declaró a la prensa que “su objeto al dar la conferencia en cuestión es destruir la opinión existente entre la mayoría de los americanos de que el pueblo de México no puede gobernarse a sí mismo”.¹⁴

Lázaro se consideraba parte de un linaje de patriotas que se habían comprometido con la denuncia de los traidores desde la época de la Independencia. Estaba orgulloso de que su bisabuelo hubiera participado en la captura y

ejecución de Agustín de Iturbide el hombre que había usurpado la lucha de los patriotas para declararse Agustín I, emperador de México. Lázaro era de un noble linaje, al que una “aristocracia de pacotilla” había robado su legítimo liderazgo, “intercambiando el patrimonio de la nación por un plato de lentejas”. Esto identificaba a Lázaro como un típico miembro de la generación de 1892, cuyos integrantes se veían como los guardianes de la tradición iniciada en México por los grandes héroes Miguel Hidalgo y Benito Juárez, en contra de la traición de una serie de individuos que culminaba en la persona del tirano Porfirio Díaz.

Por otro lado, las alusiones estridentes a la identidad indígena, como las de Lázaro, eran más comunes en Estados Unidos que al sur de la frontera. En la Ciudad de México, la declaración de Lázaro de poseer sangre de “puro azteca” hubiera provocado reacciones de asombro. Después de todo, él era de Monterrey, que nunca había sido conquistada por los aztecas. Además, el nombre, la posición, el comportamiento, la riqueza, la educación y la situación política de su famoso ancestro: todo en fin señalaba su origen europeo. Bernardo Gutiérrez de Lara era un auténtico criollo. Finalmente, la apariencia y la conducta mismas de Lázaro bastaban para distinguirlo de aquellos a los que en México llamaban indios. En esa época, ser indio significaba ser campesino; significaba haber asistido muy poco o nada a la escuela y vivir en una comunidad más bien cerrada. Francisco Bulnes, a pesar

de la violencia de su racismo, ofreció una caracterización del indio muy aceptada y usada: “El indio es desinteresado, estoico, sin ilustración; desprecia la muerte, la vida, el oro, la moral, el trabajo, la ciencia, el dolor y la esperanza. Ama cuatro cosas seriamente: los ídolos de su vieja religión, la tierra que le da de comer, la libertad personal y el alcohol, que le procura fúnebres y sordos delirios”.¹⁵ No había nada ahí que se pareciera a un estudiante de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, una institución que en la época se consideraba una verdadera catedral de la ciencia positiva, los valores liberales, el trabajo duro y la moralidad. No sorprende, entonces, que nada de lo que publicó Lázaro en los periódicos mexicanos lo mostrara como un azteca.

Sin embargo, visto desde la frontera, este tipo de objeción a la manera en que se presentaba Lázaro hubiera podido parecer un poco pedante. Lo verdaderamente importante era que la historia de la familia de Lázaro y la del país eran una y la misma. Si la élite porfirista era Esaú, entonces la oposición era Jacob. Eran ellos los guardianes de la fe, los verdaderos patriotas. En la identificación con los “aztecas” estaba cifrado el sentido de la devolución del poder político a un linaje olvidado.

Después de recibirse en la Ciudad de México, Lázaro se fue al norte. Primero aceptó el trabajo de juez en Parral, Chihuahua. Sin embargo, por razones que aún desconocemos, dejó ese puesto y se pasó a la práctica privada para

defender a las víctimas del “progreso” porfirista. Se mudó al estado vecino, Sonora. En Arizpe y en Ures defendió a los indios yaquis del distrito que estaban siendo despojados de sus tierras y deportados a Yucatán. Sobre este tema, sólo tenemos las notas que escribió Ethel:

Lázaro Gutiérrez de Lara se pasó un tiempo en la región yaqui manejando las causas legales de indios despojados de sus tierras. En algún momento de 1906 [...] estaba parado en el muelle del puerto de Coatzacoalcos, cerca de un vapor mexicano que había llegado de Veracruz. Entonces oyó que una mujer gritaba: “¡Caballo Negro, hola, Caballo Negro! ¡Vengan, vengan, ahí está Caballo Negro, el abogado de Arizpe!”

Lázaro vio entre las cubiertas como a unas cien mujeres y niños. Estaba entre caballos y cerdos, con los que había estado compartiendo el viaje.

Al principio no vio a la mujer que había gritado el nombre que los yaquis le habían dado. Estaba terriblemente demacrada y no la reconoció. Entonces ella le dijo su nombre. Había sido una campesina, pequeña propietaria en Baviácora, condado de Arizpe, Sonora. Esta gente había vivido pacíficamente por años en ese lugar. De pronto, un pelotón de soldados les cayó encima y se los llevaron arrastrando, sólo por el delito de ser yaquis. Las esposas estaban con sus hijos recién nacidos [...] ¿dónde estaban sus maridos? No lo sabían. Esta gente no podía creer que estaban yendo a Yucatán donde trabajarían sin pausa hasta morir.¹⁶

En Arizpe, Lázaro también publicó, por poco tiempo, un periódico, *El Porvenir*, pero no tardó mucho en mudarse un poco más al norte, a Cananea, atraído seguramente por las oportunidades económicas que estaban apareciendo en ese lugar.

En Cananea, en 1903, Lázaro defendió a algunos rancheros a los que estaba expulsando de sus propias tierras el dueño de la Cananea Copper Company, el tristemente célebre William Greene, quien había acumulado cerca de medio millón de hectáreas en la región.¹⁷

A la defensa de uno de esos rancheros, una viuda, debió Lázaro su primera y breve temporada en la cárcel de Cananea, acusado de haber robado leña al coronel Greene con valor de treinta dólares, acusación que sería reactivada cinco años después por el gobierno mexicano como parte de un intento de extraditar a Lázaro y vengarse por la ayuda que le había dado a John Kenneth Turner.

Finalmente, también en Cananea, Antonio de Pío Araujo, periodista local y líder del Partido Liberal Mexicano [PLM], contrató los servicios legales de Lázaro. Aquél estaba en la cárcel de Cananea con falsos cargos, todo debido a la sospecha de la compañía de que había sido él quien había enviado información sobre Cananea a *Regeneración* en San Luis, Misuri, la cual en efecto se había publicado.¹⁸

CANANEA

En una ocasión, Porfirio Díaz llamó a la Ciudad de México “el balcón de la República”. Sólo desde ahí, y no desde la provincia, se podía observar el panorama político de México. Sin embargo, eso lo había dicho cuando él era apenas un candidato presidencial. Para 1903, el “balcón de la República” se había convertido en una pasarela para que la élite corrupta de México atrajera a los inversionistas extranjeros. Acicalada con la última moda de París, la Ciudad de México se había convertido en el aparador de una tienda. Era más fácil contemplar los problemas del país desde Cananea, un pueblo que apenas tenía siete años de fundado. A sólo cuarenta kilómetros de la frontera con Arizona, Cananea podía simbolizar todo lo que estaba mal en el “nuevo México”.

El horrendo pueblo de minas de cobre, con sus profundas galerías boquiabiertas que contemplaban las vanidades de la época con sus cuencas vacías, era como un *memento mori* de la idea de progreso porfirista. La causa del bochorno era que, aunque los sueldos de los mexicanos en Cananea llegaban como a la mitad de lo que ganaban los estadounidenses, y éstos, para empezar, acaparaban los mejores trabajos, los sueldos seguían siendo de los más altos en el país. Incluso empleados de oficina con años de educación —como Esteban Baca Calderón y Manuel Diéguez que eran maestros de escuela—

se sentían atraídos por el trabajo manual de las minas debido a los buenos salarios. Cananea era una especie de monumento al despojo relativo, a unos cuantos pasos de la frontera estadounidense.

Más aún, Cananea era un nuevo tipo de lugar. Era el pueblo de una compañía estadounidense. Para 1900, una línea de tren comunicaba la mina con la nueva población de Naco, Arizona: apenas cuatro años después de que se creara la Cananea Consolidated Copper Company y años antes de que Cananea se conectara con ninguna ciudad mexicana.¹⁹ Para 1901, se creó la municipalidad de Cananea, y para celebrar el hecho se trató de dar una apariencia más civilizada a los campamentos de mineros que había crecido como hongos desde el primer asentamiento en 1896. Para ello, Cananea también necesitó recurrir a la compañía, que proveyó a la nueva municipalidad con los servicios de luz y de teléfono, y donó el terreno para que se construyera la plaza del pueblo y el edificio municipal. La Cananea Copper Company también donó los terrenos para el matadero e incluso para el cementerio del pueblo.²⁰ Toda la empresa pertenecía al “coronel” William C. Greene y a los otros accionistas de la compañía.

Para dominar Cananea, Greene creó dos compañías, una en México (la Cananea Consolidated Copper Company) y otra en Estados Unidos (la Greene Consolidated Copper Company). Como la primera supuestamente era mexicana y tenía a un exgobernador de Sonora (y entonces

vicepresidente de la República), Ramón Corral, como uno de los socios, sus derechos eran los de una compañía mexicana, interpretados de una manera muy elástica por Greene y por el gobernador de Sonora, Rafael Yzabal, quien les permitía a los empleados de la compañía administrar la municipalidad a su antojo. Durante los años en que Lázaro Gutiérrez de Lara vivió en Cananea, entre 1903 y 1906, el tesorero de la compañía, Ignacio MacManus, ciudadano estadounidense de origen, era el presidente municipal de Cananea.

La preocupación y la indignación por Cananea iba más allá del tema de la soberanía territorial: concernía prácticamente a todos los aspectos de la vida social. En términos de los derechos laborales, Cananea era una monstruosidad. Los mexicanos eran ciudadanos de segunda clase en su propio país. Los editores de *Regeneración*, desde San Luis, Misuri, se quejaban: “El pueblo tiene que sufrir la insolencia de tres mil yankees que hay en Cananea, y la suciedad repugnante de dos mil chinos que tienen acaparado el comercio de abarrotes; unos y otros se dedican a llevar su vida parasitaria e innoble”.²¹

Más aún, los trabajadores mexicanos en las minas de cobre de Arizona tenían mejores condiciones que en México, y los mineros se conocían, porque a veces procedían incluso del mismo pueblo. El ingeniero de minas estadounidense Ralph Ingersoll hizo un comentario muy incisivo en relación con este contraste, aunque se basaba

en una experiencia de 1919, no de 1905. Lo expresó en forma muy vívida: “Para entonces, el cobre, que era la savia vital de la comunidad, estaba más muerto que las glorias de Egipto, y todo el mundo parecía muy ocupado en empantanarse en los recuerdos de aquella época”.²² Aun así, el contraste que Ingersoll señala en relación con “la superación de la raza mexicana” ya estaba operando al inicio de la era del cobre en Sonora:

En el sur, en México, no se hizo ningún intento de cambiar la condición del peón: se le toma tal cual es. Se le alimenta, se le da dinero para que compre alcohol y se le soportan sus defectos, aunque no sin exclamaciones de enojo. Del otro lado de la frontera, en el norte, en campamentos que sólo emplean mano de obra mexicana, donde una ciudad mexicana es transplantada literalmente de su propio territorio al nuestro, se hacen constantes intentos de elevar el nivel de vida. Me dijeron que sólo tarda cuatro años la americanización del mexicano —enseñarle a bañarse todos los días, a que duerma en cuartos limpios bien ventilados, y que domine, en lo posible, su feroz apetito por los licores.²³

Así pues, no sólo se consideraba inferiores a los trabajadores mexicanos en ambos lados de la frontera, también México en su conjunto era juzgado inferior a Estados Unidos, puesto que las condiciones colectivas de trabajo en Estados Unidos incluían cierta “americanización” a

través de medidas como la planeación urbana, la higiene, la ley seca, etcétera, que no existían o existían en grado mucho menor en el lado mexicano.

Las descaradas desigualdades entre los trabajadores mexicanos y los estadounidenses demostraban que aquéllos eran despreciados con la complicidad de su propio gobierno, lo cual generaba la peor especie de degradación de los mexicanos en México y estimulaba la emigración de mexicanos a Estados Unidos, donde de nuevo eran considerados como ciudadanos de segunda clase. Por ello, Práxedes Guerrero, quien muy pronto se convertiría en uno de los líderes principales del PLM, no dejaba de acusar a los mexicanos de ser pasivos e insistía en una solución mexicana a los problemas de México: “El pueblo mexicano tiene que lavar la mancha porfirista de su país”.²⁴

Por su parte, los editores de *Regeneración* pensaban que la sordidez urbana en Cananea era producto de la discriminación, no su causa ni su justificación: “Los trabajadores mexicanos que en busca de bienestar se dirigen a Cananea pronto quedan decepcionados. Tienen que vivir en sucios jacales de madera por lo que se les cobra una renta de seis, doce, quince y veinte pesos al mes. Los cuartos mejores, que solamente se encuentran en una congregación separada, están destinados al uso exclusivo de los *yankees* que abundan en el mineral”.²⁵ En resumidas cuentas, al ser parte de un enclave, parte de un pueblo privado en manos de una compañía y, para colmo, cerca de la frontera

internacional, los trabajadores locales se encontraban en un terreno de distinciones odiosas que dejaban muy claro que los mexicanos eran racialmente inferiores y que México en su conjunto era también inferior a Estados Unidos.

Estas distinciones avivaban las tensiones entre los trabajadores mexicanos y los estadounidenses en Cananea, y en cualquier otro enclave parecido a éste. Las tensiones estallaban con el miedo de los trabajadores de Estados Unidos de que la dirección podía sustituirlos por trabajadores mexicanos. Después de todo, éstos eran más baratos. En consecuencia, los sindicatos de trabajadores estadounidenses especializados eran muy cerrados, y los sentimientos racistas de los trabajadores estadounidenses hacia los mexicanos podían ser incluso más violentos que los de los mismos patrones.

El historiador Jonathan Brown, que ha estudiado las tensiones raciales entre los trabajadores estadounidenses y mexicanos de este periodo, cita el diario de 1911 de Gordon Campbell White, un ferrocarrilero calificado y con estudios, que estaba asignado a la estación de Empalme, Sonora: “Me inclino a calificar a los mexicanos de la siguiente manera: 70 por ciento hijos de puta, 80 por ciento sifilíticos, 90 por ciento ladrones y putas, 85 por ciento indios puros, 95 por ciento idiotas, 97 por ciento mil años lejos de la civilización real. Y que Dios se apiade del 3 por ciento que resta”. Brown muestra que el racismo contra los mexicanos era más fuerte entre los

supervisores y los trabajadores calificados, quienes creían que podían proteger sus empleos y privilegios degradando a los mexicanos.²⁶

Una segunda causa de tensión entre los mexicanos y los estadounidenses en Cananea tenía que ver con el comportamiento público. Las fuentes de la tensión iban desde las faltas de respeto (reales o supuestas) en el intercambio cotidiano hasta las diferencias de trato en los comercios; desde el desigual acceso a la justicia hasta la proliferación de usos que corrompían —según se decía— la vida pública. En el México de la primera década del siglo xx, todos los grupos del panorama político estaban de acuerdo en el efecto degradante que producían en el pueblo mexicano el alcohol, la relajación de la moral y la falta de higiene. En lo único que no estaban de acuerdo era en quién tenía la responsabilidad. Para los que estaban cerca de Porfirio Díaz, era la degradación racial y la depravación de las clases bajas; para la oposición, era la corrupción de las clases políticas. Sin embargo, la responsabilidad tenía que atribuirse o distribuirse como fuera.

Si se veía desde Cananea, los principales responsables de la degradación de las condiciones en México eran los políticos mexicanos, y no costaba mucho trabajo acusar al gobierno de negligente. Por eso *Regeneración* se quejaba en 1905 de que “no una, sino infinidad de quejas hemos recibido de Cananea, Sonora, relativas a la complicidad de las autoridades con los tahúres y con los empresarios

de prostíbulos, complicidad que ciertamente no aprovecha al pueblo, pero que sí sirve para repletar los bolsillo de todos los parásitos”.²⁷

El escándalo de la prostitución y de las casas de juego no era sencillo, pues estaban implicados en él los diversos aspectos de las relaciones entre los mexicanos y los estadounidenses. Para empezar, en México se regulaba la prostitución y las casas de juego eran ilegales. La existencia misma de numerosas casas de juego en Cananea, incluido Proctor, un enorme establecimiento que estaba abierto día y noche, señalaba la connivencia de las autoridades locales, si no es que de las estatales y federales también. No obstante, en sí eso no era muy escandaloso pero como Cananea era el pueblo de una compañía extranjera, y a su presidente municipal lo consideraban un gringo, la connivencia en este caso constituía una humillación nacional.

Más aún, las peticiones y las quejas de la gente decente de Cananea no obtenían ninguna respuesta. Los comités de ciudadanos habían ido primero a ver al presidente municipal de Cananea, luego al gobernador de Sonora y finalmente se habían dirigido al mismo Porfirio Díaz, pero todas sus diligencias fueron ignoradas. ¿Por qué? Según *Regeneración*, se debía a que el dueño de las casas de juego era Pedro Alvino, un protegido del general Luis Torres, exgobernador y uno de los potentados de Sonora.

También implícita en este caso de degradación estaba la complicidad entre las autoridades mexicanas y los

capitalistas estadounidenses: los funcionarios mexicanos le dieron al coronel Greene mano libre para extraer la riqueza de la tierra y la sangre de los trabajadores. A cambio de ello, las autoridades tenían libertad para despojar a los trabajadores mexicanos de sus sueldos duramente ganados, tentándolos con el juego, el alcohol y la prostitución: “Todo lo que ganan los trabajadores después de un mes de fatigosa labor va a pasar a la mesa de los tahúres. Los sueldos de los empleados siguen el mismo camino [...] produciendo la miseria, la desolación y la ruina de las familias y del comercio del infortunado mineral”.²⁸

Así pues, *Regeneración* denunciaba cómo las autoridades mexicanas les daban concesiones a los capitalistas estadounidenses en vez de desarrollar la industria minera de México: “Cananea es un rico mineral que hubiera hecho la felicidad de muchos miles de personas, si Porfirio Díaz no tuviera empeño en poner en los puestos públicos a individuos que, por su inmoralidad, llevan a la ruina a las más florecientes poblaciones”.²⁹

En septiembre de 1906, apenas dos meses después de que aplastaran la huelga minera de Cananea, la Junta Organizadora, exiliada en San Luis, Misuri, inició su primer levantamiento armado. Para preparar esa rebelión, Ricardo [Flores Magón] mandó instrucciones a Tomás Espinosa, a quien la Junta había nombrado jefe de la Revolución en los pueblos de Cananea, Nacozari y Douglas. En sus instrucciones, Ricardo decía:

No hay que perdonar a [Isidro] Castañeda, ni a [Arturo] Carrillo, ni a [Pablo] Rubio [jefe de 1ª instancia, jefe de la policía y síndico], pero hay que cuidarse de una cosa: no atacar a los americanos. Debemos ante todo despojarnos de nuestros gobernantes: ya habrá tiempo después de sujetar a los extranjeros. Lo que se necesita es que se evite de cualquier modo la intervención de los Estados Unidos. Los gobernantes son la causa de todos nuestros males y a ellos hay que colgar.³⁰

Las casas de juego y la prostitución también aumentaban las tensiones entre los mexicanos y los estadounidenses por otra razón: las reglas de urbanización y de zonificación. Como todos los pertenecientes a compañías extranjeras, Cananea era un pueblo con segregación, lo cual no se daba en las ciudades mexicanas tradicionales, donde los ricos con frecuencia vivían pegados a los pobres y también muy cerca de los extranjeros. La segregación de la colonia estadounidense en Cananea significaba también que la prostitución estaba necesariamente circunscrita a los barrios mexicanos.

Los reformistas sociales como Luis Lara Pardo ya habían expresado su preocupación por el alto número de prostitutas en la Ciudad de México.³¹ Sin embargo, la situación en Cananea era mucho más escandalosa, no sólo por la cantidad de prostitutas, sino porque éstas trabajaban en el centro del pueblo, creando un violento contraste entre

el sector estadounidense de casas muy bien cuidadas y la degradación de la zona mexicana. Y todo esto lo manejaban el presidente municipal y sus compinches.

El efecto visual de este contraste entre la virtud y el vicio representados por los sectores estadounidense y mexicano, respectivamente, está descrito en *Los bribones* de Lázaro Gutiérrez de Lara, una novela escrita en 1907, poco después de que él huyera de Cananea y se exiliara en Estados Unidos. La novela termina con la heroína, Luisa, despojada de su esposo, de su hogar y de su reputación, pero no de su honor. Sale tambaléandose de la cárcel donde ha estado mucho tiempo encerrada con acusaciones falsas. Es de noche y Luisa no sabe a dónde ir, indecisa entre dos alternativas imposibles:

A su izquierda y hundiéndose en una cañada, el laberinto de callejuelas de la población del vicio, sobre las que flotaban las ondas de un mar de podredumbre [...] se extendía el dormir de un cansancio enfermo, provocado por el agotamiento que causan la degradación y la renuncia moral. A su espalda, sobre las “homes”, se tendía pesadamente el sueño y su quietud y su calma se circundaban en el reducido y estrecho límite de un egoísmo frío y hostil para la pobre mujer.³³

A Luisa no le queda ninguna posibilidad honrosa excepto la de rechazar a toda la “sociedad” local. Lo único

sano en Cananea son los trabajadores, y sólo los trabajadores pueden vencer toda esa corrupción:

Del fondo de las minas emergía la fuerza misteriosa y omnipotente del trabajo. Allí había músculos que se contraían en un esfuerzo superhumano que era una lucha real y efectiva y de cada contracción de aquellos nervios musculados, brotaba la creación portentosa de una resultante transformada en riqueza, en energía, en materia útil y rica; y del alma fuerte y sana y viril de aquellos músculos fuertes y sanos, emergía también una onda de fuerza sana y buena que era como la promesa de una redención.³⁴

LOS BRIBONES

Antes de mudarse a Sonora, Lázaro fungió brevemente como juez de segundo circuito en Parral, distrito de Guerrero, Chihuahua. Aunque no sabemos cómo consiguió el puesto o por qué lo dejó, sí sabemos lo que sentía sobre ese trabajo. En su novela *Los bribones*, la obsesión central de Lázaro es la justicia o, para ser más precisos, la falta de justicia. Por ello, en la novela se le presta mucha atención a la ley, a los abogados, a las condiciones de las cárceles y a los jueces, incluso a los jueces de segundo circuito, que había sido precisamente el trabajo de Lázaro.

Los bribones es una obra de denuncia basada en hechos reales. Lázaro sabía muy bien que su crónica reveladora no se publicaría sin consecuencias:

Tal vez haya alguno que dude lo que se narra en esta novela, pero si desea asegurarse de que esto es verdad, puede creer que no le costará mucho trabajo en convencerse que, lo que aquí se escribe es real y verdadero [...] es probable que el autor de esta novela sea el más perjudicado por las persecuciones que tal vez tenga que sufrir, pero para él [...] venga lo que venga.³⁵

Uno de los personajes principales de la novela —Isidoro Castañeta— era una clara referencia al juez de Cananea en esa época, Isidro Castañeda. Los cambios minúsculos, que Lázaro hizo en los nombres de los funcionarios corruptos de Cananea son, quizás, huellas de un impulso legalista para evitar posibles acusaciones de difamación en México, si Lázaro trataba de romper su exilio y de regresar a su país, o incluso para evadir una demanda por libelo en Estados Unidos, en el caso de que el gobierno mexicano decidiera tomar la vía legal para vengarse.

Lázaro comienza su descripción del juez con un estudio fisiognómico que lo presenta, para el lector de la época, como un animal, un degenerado, un alcohólico:

[B]oca de labios flojos y colgante el inferior, bigote cano y sucio, caído en mechoncillos pegados y convexos a la boca

regularmente fruncida, nariz roma y boluda avanzando siempre hacia adelante como si husmeara continuamente, presentaba yemaciones rojas y azuladas, signo patognómico de pródromos de inveterado alcoholismo, sus ojos desaparecían detrás de unas gafas de miope; frente ancha por la calvicie, formándole en la parte superior de la cabeza, los pocos pelos que tenía, un sucio y roñoso arco semicircular que lo asimilaba a ciertos simios de cabeza prolongada hacia arriba y hacia atrás.³⁶

Es deliberado, sin duda, este cuidado en mostrar a un ejemplar humano corrupto (“degenerado”) ejerciendo la función de juez. Como la mayoría de sus camaradas, Lázaro estaba convencido de que el gobierno se esforzaba conscientemente en escoger funcionarios por su crueldad, servilismo, mezquindad y egoísmo. Las feroces opiniones de su generación sobre el carácter de los jueces mexicanos venía del movimiento de 1892. *El Demócrata*, por ejemplo, llamaba irónicamente a los jueces los honrados y se burlaba de su idea de la honestidad y de la imparcialidad.³⁷ Desde la generación de 1892 en adelante, es consistente la crítica acerba de la justicia en México.

En el Manifiesto del Partido Liberal del 23 de septiembre de 1911, Ricardo Flores Magón lo dijo con mucha claridad: en el actual sistema de propiedad privada, los que ganan todos los concursos y se llevan todas las ganancias son

no los más buenos, ni los más abnegados, ni los mejor dotados en lo físico, en lo moral o en lo intelectual, sino los más astutos, los más egoístas, los menos escrupulosos, los más duros de corazón, los que colocan su bienestar personal sobre cualquier consideración de humana solidaridad y de humana justicia.

De acuerdo con la relación de Lázaro, la carrera de Castañeta podía servir de ejemplo paradigmático. Había comenzado en los burdeles de Cananea, donde trabajaba atrayendo clientes, haciéndoles luego beber hasta que perdieran la conciencia y finalmente robándoles lo que traían. Posteriormente, Castañeta se dedicó a engatusar menores para prostituirlos, a crear una red de prostitución y a satisfacer el apetito sexual de “ricos degenerados”, lo cual causó tanto escándalo que Castañeta tuvo que salir temporalmente de Sonora y refugiarse en Baja California. A su regreso, Castañeta reanudó sus relaciones con la prostitución y volvió a chicanear, pero ahora también se consiguió un puesto de escribano, lo cual le permitió entregarse a diversas artimañas legales. Además, se dedicó a publicar una hoja informativa sólo de escándalos públicos. Gracias a esta combinación de “logros” —provisión de favores sexuales, manipulación de los procedimientos más simples para tergiversar la ley y participación en la vida pública a través del chantaje, del ridículo y de la extorsión—, terminó por recibir la atención de un importante general, quien a su vez lo recomendó al gobernador de Chihuahua.

Después de sus servicios —no mencionados— en esta ciudad, el gobernador le confirió el título de abogado (porque, a diferencia de Lázaro, Castañeta nunca estudió leyes). Finalmente, se fijó en él el dueño de las minas de Cananea (al Coronel William Greene nunca se le menciona en la novela, porque en este caso usar incluso un seudónimo hubiera podido ser muy arriesgado legalmente: Greene ya había demandado a *Regeneración* por calumnias). Así pues, éste, el dueño estadounidense de las minas, le pidió al gobernador que nombrara juez a Castañeta.

En resumen, para Lázaro el puesto de juez era insostenible, porque sentía que había una política muy deliberada y efectiva de corromper la ley. No sorprende pues que haya renunciado a su puesto o que lo hayan despedido.

La explicación más plausible es que Lázaro consiguió el puesto de juez de circuito de Parral gracias a sus relaciones de la Escuela Nacional de Jurisprudencia en la Ciudad de México, y que una vez en el puesto entró en conflicto con las autoridades locales a las que tenía que servir. El resultado fue que dejó el trabajo y se mudó a Sonora, donde publicó un periódico y abrió un bufete de abogado, y luego se fue a Cananea, donde se instaló como abogado, pero también como explorador de yacimientos minerales. Un periódico de El Paso da a entender que Lázaro hizo un importante descubrimiento:

Gutiérrez Lara, un abogado de Sahuasipa, ha descubierto una vieja mina de oro de fabulosa riqueza que, según la tradición, ya se trabajaba hace más de trescientos años, a treinta millas al sur del pueblo de Sahuasipa, en el estado de Sonora.

El señor Lara estaba explorando una de las numerosas cuevas en las montañas del Santísimo cuando se topó con un rico saliente de oro. Desde hace mucho, los habitantes de esa región han mantenido la creencia supersticiosa de que las cuevas del Santísimo están habitadas por seres sobrenaturales, y por esa razón han sido poco exploradas.³⁸

Es dudoso que el hallazgo de Lázaro haya sido muy importante, pues nunca se hizo rico; pero sí vendió una propiedad minera para poder sobrevivir cuando se tuvo que exiliar, a fines de 1906. Esos ingresos también le sirvieron para publicar su novela, esa denuncia de la corrupción en Cananea que, como mucha de la literatura de oposición escrita por los miembros de la generación de 1892, se imprimió en el lado estadounidense de la frontera.

“EL PUEBLO ERA EL SACRIFICIO”. INICIO

Un día a fines de agosto de 1908, cerca de las 7:00 p.m., Lázaro Gutiérrez de Lara y John Kenneth Turner se dirigieron, por separado, a la estación de la Southern Pacific en Los Ángeles. Se fueron en secreto. Ninguno se arriesgó

a comprar un boleto. En vez de eso, se montaron “en el vestíbulo de un tren de pasajeros que iba de Los Ángeles a El Paso, que era un recurso de los más atrevidos *hoboes*”. Su partida en secreto y la pobreza del medio de transporte que escogieron iban de acuerdo con las circunstancias. Ambos estaban estrechamente vigilados.

El gobierno mexicano buscaba todos los medios posibles para neutralizar a los miembros clave del Partido Liberal que vivían en Estados Unidos, y Lázaro era uno de los más conocidos agitadores del partido. Y no sólo los mexicanos estaban vigilados. También lo estaban sus aliados en Los Ángeles. Ya lo sabían.

Así lo contó Ethel: “Cuando llegaron a El Paso, se rasuraron, se bañaron, se cambiaron de traje, dejaron el papel de vagabundos para convertirse, uno de ellos, en agente de compras para una gran casa importadora y exportadora de Nueva York, y el otro, en intérprete”.³⁷

John se presentó como un inversionista estadounidense que estaba interesado en comprar una hacienda en el trópico mexicano, quizás una plantación de henequén en Yucatán o un campo tabacalero en Valle Nacional, o incluso quizás invertir en el caucho del Istmo. Lázaro tenía el papel de traductor y ayudante de John. Sus disfraces no eran muy difíciles de llevar. John había leído lo suficiente sobre agricultura tropical para poder hacer preguntas inteligentes a posibles vendedores. En todo caso, sabía de economía agrícola, pues había crecido en Stockton

y en Fresno. Hacerse pasar por millonario debió ser un poco más difícil, pero era un hombre educado, seguro de sí mismo y de capacidades bien adquiridas, desde deportes hasta conocimientos académicos y sobre política. Estas cualidades, además de su talento de actor, le permitieron hacer el papel con tal convicción que se le abrieron las puertas, incluso entre los más celosos y suspicaces grupos de hacendados mexicanos.

El papel de Lázaro, a su vez, no estaba muy alejado de lo que en realidad estaba haciendo en la expedición: traducir, explicar, guiar. Como dijo Ethel, Lázaro era el verdadero guía de John. Para cuando emprendieron el viaje, Turner tenía apenas cuatro o cinco meses de estudiar el español, y Lázaro había sido su maestro desde el principio. La parte más complicada del papel de Lázaro consistía en que era bien conocido en algunos círculos, pues venía, en efecto, de una familia distinguida y había estudiado en las instituciones de más prestigio en la Ciudad de México, la Escuela Nacional Preparatoria y la Escuela Nacional de Jurisprudencia, y además había trabajado en varias oficinas de gobierno.

¿Cómo evitó Lázaro que lo reconocieran? No lo sabemos a ciencia cierta. Es posible que haya cambiado su cabello, que se haya rasurado el bigote, o que haya dejado su estilo romántico y poético de vestir. Lo que de seguro evitó fue dejarse ver en el norte de México, donde había vivido entre 1901 y 1906, y donde se volvió un fugitivo de la justicia.

Lázaro no llevó John a Cananea, por ejemplo, a pesar del interés de éste por conocer la represión porfirista de aquella huelga (John de hecho escribió sobre ese episodio, basándose en conversaciones con Lázaro y Fernando Palomares, sostenidas en Los Ángeles). Lázaro tampoco llevó a John por el territorio yaqui, a pesar de sus contactos en esa zona. Y no pararon en Monterrey, lugar de origen de la familia de Lázaro y donde el gobernador Bernardo Reyes tenía un intenso interés personal en mantener aplacados a los revoltosos de la frontera.

En fin, Lázaro redujo el riesgo de ser reconocido a un solo lugar, que no podían eludir, la Ciudad de México. No sabemos lo que hizo exactamente para evitar que lo reconocieran. Hasta cierto punto, Lázaro contaba con su hermano, el doctor Felipe Gutiérrez de Lara, quien alojó al par de agitadores en la Ciudad de México. También es posible que la policía de la capital no estuviera muy interesada en Lázaro. A éste lo buscaban en la lejana Sonora y por actividades en una huelga de que se había hablado dos años antes.

Esta interpretación de la estrategia que usó Lázaro para protegerse de los grandes peligros parece corroborada — aunque indirectamente — por los reportajes de John. En *Barbarous Mexico*, el libro engendrado por este viaje, hizo algunas observaciones sobre todo lo que transcurrió antes de su llegada a la Ciudad de México. Sólo una estampa se destaca, pero es muy importante:

Fue en un vagón de segunda clase del Mexican Central, en dirección sur. Eran seis los de esa familia, y de tres generaciones. Parecía que, desde el imberbe pelinegro muchacho hasta el abuelo de barba blanca, a los seis les habían arrancado hasta la última gota de alegría. Nosotros éramos un animado grupo, sentados al lado de ellos —cuatro eran mexicanos, felices de regresar a casa para unas vacaciones después de una temporada de trabajo asalariado en Estados Unidos. Cantamos un poco y tocamos el violín y la armónica.⁴⁰

Turner hablaba de la doble imagen de una incompleta familia de rancheros de Chihuahua que viajaban al sur y que estaban a punto de venderse como esclavos, en contraste con un grupo de alegres trabajadores mexicanos que regresaba a México de Estados Unidos a visitar la casa familiar. La anécdota da a entender que tal vez Lázaro se unió al grupo de trabajadores migrantes. Aunque Lázaro y John tenían boletos de primera clase, el hecho de que Lázaro se hiciera pasar por asistente de Turner le servía para desplazarse libremente al carro de segunda clase e incluso para invitar a su (supuesto) patrón a que lo acompañara. Lázaro tenía una educación y una distinción familiar muy superiores a las de la mayoría de los migrantes mexicanos, pero había sido obrero y había convivido con obreros desde su llegada a Estados Unidos, de tal manera que establecer relaciones en ese nivel no le era nada difícil. En efecto, en el viaje a México, Turner anduvo sin trabas

entre el compartimento de primera clase y el de segunda, e hizo entrevistas como le convino.

En *Barbarous Mexico*, Turner no relata conversaciones de tren con inversionistas estadounidenses, aunque es muy probable que las haya tenido. Ese tipo de encuentro era la materia básica en los libros de viajes de los estadounidenses a México en esos años. Las conversaciones con estadounidenses en el tren mexicano tienen una función muy importante en el reportaje que hizo John Murray sobre la situación en México, ya que no tuvo oportunidad de observar directamente las condiciones de las haciendas. Ocurre así: un pasajero estadounidense primero interrogó con suspicacia a Murray antes de ofrecerle un revelador punto de vista:

—¿Usted no se opone al peonaje? ¿O sí?

Se inclinó hacia mí y estudió mi rostro.

—No, claro, si rinde —contesté lentamente.

Con una mirada de alivio y de satisfacción ante mi respuesta, bajó la voz y en un tono confidencial me hizo esta admirable confesión: “Toda riqueza viene del trabajo (esto me sorprendió un poco, pues parecía el comienzo de un discurso socialista); y aquí, en México, usted puede comprar el trabajo más barato del mundo. El gobierno mexicano les ha advertido a los patrones que no suban los sueldos — y una advertencia de Díaz aquí es una orden”.⁴¹

Escenas como ésta son muy comunes en los libros de viajes estadounidenses. El hecho de que no aparezcan en el reportaje de Turner indica tal vez que en efecto no le sucedió. Es posible que Turner y Gutiérrez de Lara hayan viajado en segunda clase, cantando junto con los viajeros migrantes. Pero es improbable. El viaje de Ciudad Juárez a la Ciudad de México tardaba varios días, y los trenes como los barcos daban ocasión para una socialización bastante compleja, tanto entre las élites como entre la gente del pueblo. Así pues, lo más probable es que Turner haya conocido a inversionistas y administradores de hacienda estadounidenses en el tren y que haya tenido tranquilas e informativas conversaciones con ellos; conversaciones que no mencionó en su libro porque, a diferencia de Murray, fue muy hábil para observar de primera mano las condiciones reales de las haciendas. No había ninguna razón para perder tiempo hablando de oídas, cuando de lo que se trataba era de presentar testimonios directos.

En fin, la presencia de Lázaro en la expedición se puede escuchar incluso desde el principio de la misión informativa de Turner, en el tren a México, donde John fue capaz de socializar libremente con los migrantes y trabajadores mexicanos, en vez de mantenerse exclusivamente en primera clase con los viajeros que sólo hablaban inglés.

Una segunda diferencia entre el reportaje de Turner y el de Murray se da a la llegada a la Ciudad de México, y en este caso también se debe atribuir a la presencia y la

guía de Lázaro. El viaje de Murray, que se había realizado apenas unos meses antes, les había ayudado a John y Lázaro a planear su estrategia. Murray se había enfrentado con dificultades que estos dos intentaban evitar: se había presentado en México como turista, una estrategia que lo volvió un tanto sospechoso ante los inversionistas estadounidenses en las haciendas tropicales.

Por otro lado, escondida en el forro de su chequera, Murray traía una carta de presentación escrita y firmada por Ricardo Flores Magón. Según Murray (cuyo español en la época muy probablemente no era mejor que el de Turner) la carta decía: “El portador del presente documento es el Sr. John Murray, periodista Americano de avanzados [sic] ideals [sic]”. Ésta era la deformada versión de la primera línea de Ricardo. La carta supuestamente concluía con: “su hermano que no desmayo [sic]. R. Flores Magón”.⁴²

Antes de salir de Texas, rumbo a México, Murray había tenido la precaución de quemar todos los panfletos sindicalistas, los periódicos y la correspondencia que traía. Sin embargo, no dejó una lista cifrada de contactos potencialmente comprometedores, con sus direcciones en la Ciudad de México. Por lo tanto, había corrido el riesgo de que la policía lo registrara en el tren a la Ciudad de México, porque como él mismo explicó acertadamente: “Si la agencia de detectives Furlong, que había estado siguiendo a todos los miembros de la Junta mexicana

por todo Estados Unidos, sabía ya de mi relación con los enemigos de Díaz, el lugar más adecuado para detenerme hubiera sido en la frontera”.⁴³

Murray también se había sentido en peligro al llegar a la Ciudad de México. Como la mayoría de los turistas estadounidenses, se había instalado: en un hotel sobre la Alameda Central, pero había necesitado tener mucho cuidado con la carta de presentación de Ricardo y con su lista de contactos. Murray se sentía vigilado y veía espías y policías por todos lados:

A la primera linterna apenas me volví a verla —al gendarme con su revólver en la sombra no lo vi—, pero cuando otra y otra y otra en el centro de todos los cruces principales se hacían señas unas a otras, vi de qué se trataba. Era el ojo militar de Díaz encendiéndose en la noche por temor de que se colara la Revolución y lo sorprendiera en la oscuridad.⁴⁴

La situación de Lázaro y John en la Ciudad de México fue muy diferente. Ellos llegaron a la casa del hermano de Lázaro, y no a un hotel, y gracias a Lázaro no necesitaban casi de cartas de presentación ni largas listas de contactos clandestinos. No había pues tanto peligro para John, incluso en el caso de que lo cacheara o lo interrogara la policía. Por su lado, Lázaro sabía que en la Ciudad de México lo podían reconocer sus antiguos compañeros de escuela o los amigos de la familia, pero probablemente no

la policía. Las posibilidades de que un antiguo compañero de escuela lo delatara no eran muy grandes, dadas las formas de sociabilidad del México porfiriano; además de que a Lázaro lo habían enjuiciado por su actuación en la lejana Cananea, y no por la vida que había llevado en la Ciudad de México. Más aún, Lázaro contaba con Felipe y otros amigos que podían avisarle en el caso de que sintieran que algún lugar era peligroso. También había guías sustitutos que podían hacerse cargo de John, si lo más prudente era que Lázaro permaneciera en casa. Una vez que dejaron la Ciudad de México hacia el sur, Lázaro quedó libre de cualquier peligro de ser identificado. En Veracruz, en Yucatán o en Oaxaca, que era adonde ahora se dirigían, nadie lo conocía, ni la gente en la calle ni la policía.

EL CAMINO A YUCATÁN

Uno de los primeros artículos que publicó John Kenneth Turner de la serie “Barbarous Mexico” —fruto inicial de su viaje— en el *American Magazine* incluía un mapa de la ruta que seguían los prisioneros yaquis hacia Yucatán: del puerto sonoreense de Guaymas a San Blas, Nayarit, y de ahí a pie a San Marcos, Jalisco, donde abordaban un tren que paraba en Guadalajara, la Ciudad de México y Veracruz. En este puerto, los yaquis eran embarcados con destino final en Progreso, Yucatán, tras una parada en Coatzacoalcos. Los yaquis que estaban destinados a los

campos tabacaleros de Valle Nacional dejaban el tren entre la Ciudad de México y Veracruz, cerca de Tehuacán, y de ahí tomaban otro ferrocarril, más pequeño, que a través de la montañas los llevaba a El Hule, Oaxaca, y a la muerte. John y Lázaro siguieron el mismo itinerario, aunque la historia que John cuenta comienza en el punto más lejano de su viaje, en Yucatán, en vez de seguir la lenta y gradual inmersión en “el corazón de las tinieblas” de México.

Armando Bartra, en su estudio sobre Turner, nos recuerda las estaciones en las cuales John y Lázaro tuvieron que parar después de tomar el Ferrocarril Mexicano a las 7:00 a.m. en la estación Buenavista de la Ciudad de México: en la mesa central atravesaron San Cristóbal, Tepexpan, San Juan, Otumba, La Palma, Ometusco, Irolo, Apan ... y horas después, en el descenso hacia el Golfo, Maltrata, Nogales, Orizaba, Sumidero y Fortín... hasta la parada final en Veracruz.⁴⁵ Pero Turner no menciona ninguna de esas estaciones. La ausencia de descripciones con detalles pintorescos de la travesía en *Barbarous Mexico* es sin duda un rasgo deliberado. Los lugares por los que pasó Turner después de su salida de la Ciudad de México eran dignos de un público estadounidense sentado cómodamente en su sala: las pirámides en San Juan Teotihuacán, las extrañas y coloridas haciendas pulqueras del estado de Hidalgo, y la dramática bajada hacia la vegetación del trópico desde Cumbres de Maltrata... Estas imágenes pertenecían a los recursos básicos de los libros de viajes por

México, y por esa misma razón Turner los usa muy de vez en cuando. Lo que había motivado fundamentalmente su reportaje, como lo anunciaban los redactores del *American Magazine*, era que “las verdaderas noticias de México no atraviesan la frontera”. En Estados Unidos, decían, “se ha construido un gran mito Díaz-México a través de una muy astuta labor de influencia en el periodismo”. México, continuaban, tenía sus Siberias tropicales, que se necesitaba dar a conocer al público.

Por ello, Turner no tenía intención de detenerse en lo curioso o pintoresco de su viaje. En vez de eso, comenzó con una exposición de la geografía y de la demografía de la esclavitud tal y como la encontró en Yucatán. El extremo de México, su “Siberia”, era el lugar donde comenzaba el reportaje de Turner; y su exposición partía de ahí en dirección contraria, hacia la Ciudad de México, hacia Porfirio Díaz, y finalmente hacia la complicidad y el apoyo estadounidenses a la esclavitud en México.

Aquí encontramos la ciudad de Mérida, una hermosa ciudad moderna que posee una población de 60 mil habitantes: rodeándola, sosteniéndola, vastas haciendas de henequén donde las filas de gigantescas plantas verdes se extienden por millas y millas. Las haciendas son tan grandes que cada una tiene su propio pueblo, con una población de entre 500 y 2 500 habitantes, según el tamaño de la hacienda. Los dueños de estas grandes haciendas son los principales esclavistas

de Yucatán; los habitantes de estas pequeñas ciudades son los esclavos.⁴⁶

Típico John Kenneth Turner: va directamente al grano. Aunque, en otro sentido, la trayectoria de Turner fue bastante sinuosa. Comenzó con lo escondido, la Siberia mexicana en Yucatán; y allí descubría lo que era siniestramente familiar para el público estadounidense. Me refiero aquí a dos cosas: primero, Turner encontró la esclavitud en los extremos mexicanos – una esclavitud que era parte tan integral de la conciencia estadounidense como lo es el totalitarismo para la nuestra. En efecto, la esclavitud era central en la constitución ética de la generación de Turner. La esclavitud mexicana, tan mañosamente escondida y al mismo tiempo tan decisivamente apoyada por las clases dominantes de Estados Unidos, era para el lector progresista de este último país como el regreso de lo reprimido: la tradición esclavista reaccionaria de Estados Unidos desplazándose más al sur, encubierta ominosamente por una dictadura que ellos apoyaban con enorme entusiasmo.

Sin embargo, había todavía una segunda cosa que Turner encontró en Yucatán y que los estadounidenses de su generación habían reprimido: la vívida escena final del rastro de lágrimas (*trail of tears*) de los indios estadounidenses, representados aquí por los yaquis.

EL FIN DE LA NACIÓN YAQUI

Turner siguió el rastro de la nación yaqui hasta su último destino, la esclavitud en Yucatán. No pudo comenzar su peregrinaje en el territorio yaqui, porque su guía, Lázaro tenía una orden de detención en su contra. De otra manera, Lázaro y John hubieran podido tomar el tren desde Los Ángeles a Tucson, y desde ahí a la región yaqui en Sonora, y seguir los trenes y los barcos con los cautivos hasta los puntos clave en el sur, Guaymas y Guadalajara, y luego hasta Yucatán.

Para la época del viaje de John y Lázaro, los residentes estadounidenses de Arizona ya habían comenzado a preguntarse qué pasaba con los yaquis. Hasta mediados de la primera década del siglo xx, los residentes de Arizona apoyaron abiertamente la guerra de las autoridades de Sonora contra los yaquis, a quienes se veía como obstáculos para los exploradores de minas, los rancheros y los comerciantes de Estados Unidos. Sin embargo, para mediados de esa década, las opiniones comenzaron a cambiar y a ser menos positivas. El cónsul de Nogales, Albert Morawetz, escribió un informe terrible al secretario de Estado, Francis Loomis, el 23 de septiembre de 1904, donde le decía cómo el gobernador de Sonora, Rafael Izábal, había usado el asesinato de dos estadounidenses a manos de indios yaquis para destruir a un rival político, Carlos Johnson, terrateniente estadounidense que había

ganado una demanda en contra del gobernador. El cónsul explicaba así la situación:

Hay mucho capital estadounidense invertido en Sonora, en las minas y otras empresas que están en esa parte del estado que se ha vuelto insegura por la rebelión de los yaquis. Muchas de las empresas han dejado totalmente de funcionar por la manera en que el gobernador trata de suprimir la rebelión. No sólo hay muy pocos indios verdaderamente hostiles que hayan sido aprehendidos, si los hay; lo peor es que los métodos del gobernador obligan a los pacíficos, que son muchos y que son los mejores trabajadores y mineros de la región, a unirse a los rebeldes, si no son antes ahorcados o deportados a Yucatán.⁴⁷

Con respecto a la represalia que el gobernador en persona tomó en contra del rancho de Johnson, Morawetz resumió la situación en los siguientes términos: “Estoy convencido de que se ha torturado y colgado a trece indios inocentes, y que a los culpables no los agarraron”.⁴⁸

Unos meses después, los rebeldes yaquis mataron a cuatro estadounidenses más. El cónsul Morawetz escribió esta vez un informe más amplio y más general:

Se ha colgado, fusilado y deportado a muchos indios [después de los cuatro asesinatos], pero los han recogido de las diferentes haciendas y pueblos, y no los han traído de las montañas, donde en verdad están los indios rebeldes.

El gobierno mexicano afirma que los indios que fueron castigados y que eran asalariados proveían de fondos a los indios rebeldes para comprar armas y municiones, y que por ello eran tan culpables como los que de veras cometieron los asesinatos y los robos. Esto puede ser cierto en algunos casos, pero estas medidas no han logrado hasta ahora que disminuya el número de rebeldes; y por lo contrario, la opinión general es que han hecho que muchos indios pacíficos se incorporen a las filas rebeldes.

Hasta la fecha nadie ha seguido y aprehendido a ningún indio después de que cometiera un delito; ningún indio se ha defendido con las armas para evitar su arresto. Estoy convencido de que el gobernador de Sonora no tiene el deseo, ni sus tropas tienen el valor o las necesarias cualidades militares, para seguir y pelear contra los verdaderos autores de los delitos. Si continúan las presentes condiciones, una gran cantidad de capital estadounidense tendrá que ser abandonado o habrá muchos más muertos.⁴⁹

A fines de 1905, era cada vez más claro que el gobierno de Sonora estaba decidido a exterminar precisamente a los yaquis pacíficos. A veces el gobernador, así como sus amigos y su familia, usaban la guerra contra los yaquis como pretexto para destruir a los terratenientes rivales como Carlos Johnson. A veces ellos mismos mataban para hacer luego la farsa de supuestamente encontrar culpables que amenazaban las inversiones estadounidenses; y a veces

simplemente ocupaban las tierras yaquis. Además de estos alicientes, las escoltas mexicanas que protegían a los estadounidenses en Sonora recibían cinco dólares diarios por cabeza, de tal manera que se beneficiaban de esta forma de chantaje. La corrupción en las altas esferas era todavía más evidente. En noviembre, el cónsul Morawetz resumió así la desesperada situación:

Durante muchos años, un triunvirato ha controlado este gobierno: Rafael Izábal, el actual gobernador; el general Luis E. Torres, comandante de la zona militar, y Ramón Corral, ahora vicepresidente de México. Estos tres se han alternado el puesto de gobernador en los últimos veinte años. Lo que hizo uno, sea lo que sea, es siempre defendido, sancionado y ratificado por los otros dos. Me han dicho que se han quedado con millones de dólares del dinero que se envía para la compra de raciones, forraje para los caballos y otras provisiones, y que por lo tanto no tienen ningún deseo de disminuir sus ingresos acabando con esta rebelión yaqui.⁵⁰

La brutalidad y la corrupción de esta guerra contra los indios había finalmente comenzado a cambiar la opinión en Estados Unidos a favor de los yaquis y en contra del gobierno mexicano y del sonoreño. Sin embargo, la política yaqui del gobierno sonoreño contaba con el apoyo oficial de Estados Unidos. Por ejemplo, el cónsul estadounidense en Hermosillo, Louis Hostetter, le informó al

Departamento de Estado que había hablado con el general Luis Torres, comandante de las tropas federales en Sonora, quien le había comunicado que él y el gobernador Izábal estaban “altamente complacidos de las medidas que ha tomado nuestro gobierno para impedirles la entrada a los yaquis a Arizona protegidos por las leyes de inmigración, de tal modo que si se llevan a cabo, los disturbios yaquis seguramente se acabarán muy pronto”.⁵¹ Más aún, no había duda de que tanto el Departamento de Estado como el cónsul de Hermosillo estaban enterados del sentido exacto de “los disturbios yaquis seguramente se acabarán muy pronto”. Así pues, en otra carta, el cónsul Hostetter escribió, con tono aprobatorio: “[los agentes del] gobierno mexicano están haciendo todo lo que pueden para agarrar a los yaquis. A los que resultan culpables de andar levantados en armas se les castiga, y al resto se les embarca rumbo a Yucatán, pues la intención es dejar esta zona libre de todos los yaquis”.⁵²

Aun así, también estaba creciendo un sentimiento de solidaridad con los yaquis en el lado de Arizona. Para 1908, más o menos cuando John y Lázaro estaban preparando su plan para exhibir al gobierno de Díaz frente a la opinión estadounidense, ese sentimiento en la frontera había alcanzado tanta intensidad que incluso algunos de los yaquis broncos, como se llamaba a los yaquis rebeldes, recibieron apoyo local. En efecto, en uno de los momentos en que se declaró que la guerra yaqui había terminado, en mayo

de 1908, una asamblea de notables de Arizona se mostró indignada por el hecho de que Estados Unidos hubiera accedido a la petición del gobierno mexicano de extraditar a dos jefes rebeldes yaquis, los hermanos Matus.⁵³

La convivencia pacífica con los yaquis broncos refugiados en Arizona aumentó la simpatía fronteriza por los yaquis en general. Ya desde 1901, se había establecido en Nogales, Arizona, una colonia de refugiados yaquis. La colonia de Tucson, que llegaría a ser notablemente más grande, empezó apenas unos años después. Para 1909, la comunidad era tan grande que su “barrio libre” era conocido coloquialmente como “el pueblo yaqui” y los yaquis de la ciudad pudieron celebrar aquí sus tradicionales fiestas de Pascua. Según el antropólogo Edward Spicer, los primeros yaquis que llegaron a Tucson “eran broncos o, al menos, simpatizaban con ellos”.⁵⁴

Para los habitantes de Arizona estaba claro que estos yaquis no eran esa fuerza temible que describía el gobierno de Sonora. Una anécdota, un poco anacrónica pero de cualquier manera reveladora, ilustra esto último. En 1917, un grupo de yaquis de Tucson respondió a una petición de ayuda de sus hermanos de sangre, de nuevo acosados y perseguidos, esta vez por las tropas revolucionarias del gobernador de Sonora, Plutarco Elías Calles. Al grupo de Tucson lo detuvo la caballería de Estados Unidos cerca de la frontera; los encerraron y los juzgaron por violación de las leyes de neutralidad. Éste fue el primero y

el último intento de los yaquis de Tucson de organizar una expedición armada. El *Arizona Daily Star* hizo la siguiente crónica:

El “ejército de liberación” yaqui —ocho adultos y un niño— fue desbandado ayer en la corte federal y prometió que, si la corte consideraba deseable tratarlos con indulgencia, ellos regresarían a los campos y a los ranchos de donde habían salido y que no volverían a pensar en México, ni en las atrocidades que, se decía, el gobierno mexicano estaba cometiendo contra las gentes de su tribu.⁵⁵

El grupo no era precisamente una gran amenaza militar y, en efecto, a todos los soltaron tras prometer que regresarían pacíficamente a Tucson. Esto quiere decir que muchos residentes de Arizona compartían las preocupaciones de Turner en relación con el destino de los yaquis:

Junto con miles de estadounidenses que han vivido durante años en el suroeste y cerca de la frontera con México, yo sabía algo de los sufrimientos de los yaquis en su estado natal [...] de los métodos de exterminio que usaba el ejército, de las voces indignadas de muchas personas íntegras de Sonora y finalmente de la orden general de deportación dada por el presidente Díaz.

Pero ¿qué les esperaba al final de esa ruta al exilio? La respuesta siempre era vaga, imprecisa, insuficiente. Incluso

los mexicanos bien informados de la capital de su país no sabían decirme. Después de que los exiliados yaquis partían del puerto de Veracruz se cerraba el telón detrás de ellos.⁵⁶

Sin embargo, lo que Turner encontró en Yucatán y Valle Nacional iba más allá de lo que los habitantes de la frontera habían imaginado. No solamente la oligarquía de Sonora se llenaba sus propios bolsillos con el presupuesto militar y provisión de las tropas; también estaban haciendo otro negocio para aumentar sus ganancias, que era vender yaquis y otros indios (pimas, ópatas, pápagos, seris, cualquiera que se pudiera confundir con un yaquí). Más aún, Turner demostraba que, en contra de la impresión del cónsul Morawetz, la élite de Sonora no le estaba ocultando nada del comercio de esclavos a Porfirio Díaz. En efecto, él era el cómplice principal de la trata de esclavos en México.

La preocupación de Turner por los yaquis tuvo eco en los sentimientos del público estadounidense más allá de la frontera de Arizona. La razón era que, como la esclavitud, el caso de los yaquis designaba un reciente pecado del pasado estadounidense —el exterminio de los indios— y repetía con el mismo horror ese capítulo de la historia en un momento en que el público estadounidense pedía una oportunidad para redimirse.

Es interesante observar que *Barbarous Mexico* de Turner se publicó apenas año y medio antes del “descubrimiento” de Ishi, el último sobreviviente de los indios

yahi de California. En la época de los reportajes de Turner, California estaba sumergida en una especie de sensación melancólica de que sus orígenes se le estaban yendo de entre las manos. Por el poder de la modernización, el pasado indígena se estaba volviendo algo que era necesario rescatar, en vez de exterminar. Después de rescatarlo, a Ishi le pusieron una casa, lo estudiaron e incluso lo preservaron para la posteridad en la Universidad de California.⁵⁷ En México, en cambio, con el fin de obtener ganancias de la manera más indigna y venal, se estaba matando a indios como los yahi: “Fui a Yucatán para presenciar, si era posible, el último acto en la dramática vida de la nación yaquí. Y lo presencié”, escribió Turner.⁵⁸

El corazón de las tinieblas de México —la esclavitud, el exterminio de los indios yaquis y mayas— era perturbadoramente familiar para los lectores de Turner, porque con él revivían los pecados de Estados Unidos y se volvían actuales de una forma ajena que era fácil de condenar. México les ofrecía a los estadounidenses la oportunidad de redimir los pecados del pasado y de impedirles a sus contemporáneos —fueran simples aventureros o dueños de los grandes trusts— la exportación de esos pecados. México, como decía la *International Socialist Review*, se había vuelto “la colonia esclavista de nuestros capitalistas”.⁵⁹

UN ESCLAVO ES UN ESCLAVO

Si la esclavitud mexicana estaba escondida a plena vista, ¿por qué Lázaro y John tuvieron que ir tan lejos para encontrarla? ¿Y qué hizo John para probar que en efecto la había encontrado? Las respuestas a estas preguntas están íntimamente imbricadas.

Como hemos visto, Turner utilizó una estrategia opuesta a la de la mayoría de los escritores de viajes. Más que describir el avance lento y cada vez más exótico hacia “el corazón de las tinieblas”, él se desplazó con celeridad a su epicentro: “¡Esclavitud en México! Sí, la encontré. Y la encontré primero en Yucatán”.⁶⁰

Turner declaró sin ambages que en Yucatán había cerca de cincuenta grandes “reyes” esclavistas, ocho mil esclavos yaquis, tres mil esclavos coreanos y entre cien mil y ciento veinticinco mil esclavos mayas. A continuación, sin pausa, estableció el hecho de que los esclavos eran en efecto esclavos y los amos, amos. Lo hizo sin apelar a los sentimientos humanitarios de los lectores y sin describir las terribles condiciones de vida de los esclavos ni la maldad de los amos. Lo hizo dejando de lado los sentimientos para hacer un análisis económico.

Turner empezó definiendo sus términos: “La esclavitud es la posesión del cuerpo de un ser humano, una propiedad tan absoluta que el cuerpo puede ser transferido a otra persona, una propiedad que da al dueño un derecho de

quedarse con los productos de ese cuerpo, hacerlo morir de hambre, castigado a voluntad, matarlo con impunidad”.⁶¹ Después señalaba que todos los trabajadores en las haciendas de henequén de Yucatán eran comprados y vendidos, y todos tenían un precio estándar. Esto último, el precio estándar, significaba que las transacciones monetarias que se requerían para la transferencia de una persona que se suponía era un “peón endeudado” a la posesión de un “patrón” diferente no estaban determinadas por la deuda del individuo, sino por su valor como trabajador en tanto mercancía.

Con este hecho, y con él nada más, se establecía que esas personas eran, en sentido estricto y técnico, esclavos; y que los supuestos patrones eran en realidad propietarios. Por supuesto, el hecho económico de que hubiera un precio estándar para un esclavo iba acompañado del resto de la degradación conectada con la institución de la esclavitud. Los esclavos yucatecos no recibían sueldos en dinero. Es cierto, las tiendas de raya de las compañías llevaban la cuenta del valor de los frijoles de que se habían provisto o del alojamiento, pero entre el patrón y su supuesto empleado no se intercambiaba ninguna cantidad de dinero. En vez de eso, los amos –que no eran otra cosa– conservaban a sus esclavos por la fuerza, a veces encerrándolos bajo llave durante la noche. A falta de cualquier tipo de incentivos económicos para incrementar la productividad, los capataces frecuentemente les

infligían castigos corporales. Los amos tenían incluso un derecho de facto de matar a sus esclavos sin temor a ser procesados judicialmente.

La clave del análisis de Turner fue que los peones yucatecos eran esclavos porque tenían un precio fijo —400 pesos de plata mexicanos en la época en que Lázaro y John visitaron las haciendas. “‘Éste es muy buen momento para comprar’, me dijeron una y otra vez. ‘El pánico ha bajado los precios. Hace un año cada hombre estaba a 1000 pesos’.”⁶² La existencia de un precio fijo, aunque no ignorada, no era tan claramente visible para los viajeros porque los “tiburones esclavistas”, como Turner llamó contundentemente a los enganchadores, operaban con discreción. En general, servían a un reducido número de hacendados y no divulgaban su presencia.

Por esta razón, Turner no pudo entrevistar a ningún enganchador en Yucatán. Le dijeron que ellos no hablaban con nadie en quien no confiaran de antemano. Fueron los dueños de las haciendas y el presidente de su asociación, don Enrique Cámara Zavala, quienes le dieron el precio de los esclavos, deseosos de compartir esta información porque querían atraer la posible inversión de Turner. La crisis económica que siguió al pánico de 1907, desatado por un fallido intento de Wall Street por acaparar el mercado de las acciones de la United Copper Company, les había afectado bastante. Y ahora estaban deseosos de hacerse con dinero en efectivo.

Para cuando John y Lázaro viajaron de Yucatán a Valle Nacional, en Oaxaca, Turner ya había aprendido a presentar sus falsas credenciales con tanta convicción que finalmente tuvo la posibilidad de entrevistar a un enganchador. Esta persona, a la que Turner llama el señor P., quizás por miedo a ser demandado por difamación en las cortes de Estados Unidos por agentes del gobierno mexicano, era pariente de Félix Díaz, sobrino del mismo don Porfirio y en ese entonces jefe de la policía de la Ciudad de México. La conexión política es importante, ya que muchos esclavos enganchados eran vagabundos y migrantes indigentes que los jefes de policía de las ciudades del centro de México agarraban en redadas y luego vendían a las haciendas tropicales, que además recibían por añadidura subsidios del gobierno para el transporte por tren.

Así transcribe Turner lo que dijo el señor P.:

El hecho de ser cuñado de Félix Díaz, así como amigo personal de los gobernadores de los estados de Oaxaca y Veracruz y de los alcaldes de las ciudades del mismo nombre, me hace la persona más adecuada para proveerle lo que usted quiera. Estoy listo para suministrarle todos los trabajadores que quiera, hasta cuarenta mil cada año, hombres, mujeres y niños, y le cobro cincuenta pesos por cada uno.⁶³

Probar la existencia de la esclavitud mostrando que el precio de un peón no dependía de una supuesta deuda

individual, sino que era de hecho un precio estándar, de acuerdo con la edad y el sexo, pero nada más, había sido un enorme desafío. Como la esclavitud era ilegal en México, no había subastas públicas, de tal manera que Turner, para que no hubiera ni la menor sombra de duda sobre el mecanismo que operaba detrás del precio estándar, tuvo que ir a regiones cuyas economías estuvieran determinadas por una sola actividad, dependiente del trabajo esclavo. Por eso Turner tuvo que ir desde el extremo norte de México hasta la punta suroriental. Ahora bien, una vez establecida la existencia de la esclavitud como un hecho, Turner quedaba libre de describir las horribles condiciones en las que mantenían a los esclavos y los alcances del fenómeno.

EXTREMOS MEXICANOS

John y Lázaro sabían desde el principio que tenían que introducirse en un tipo específico de hacienda, de preferencia en Yucatán o en Valle Nacional, si querían realmente tener éxito en su misión propagandística. No obstante, si Yucatán y Valle Nacional eran de alguna manera excepcionales, ¿era adecuado usar estos lugares como puntos de partida para una condena global de Díaz y de su régimen? La esclavitud en el trópico mexicano era un fenómeno muy particular, parte de un circuito internacional de producción tropical que dependía estrechamente de diferentes modalidades de trabajo esclavo.

La producción de tabaco en el tristemente famoso Valle Nacional es quizás el ejemplo más directo de esta conexión. Los tabacaleros aquí eran en su mayoría cubanos que se habían mudado a México durante la larga guerra de Independencia cubana. A estos hacendados les importaba mucho la esclavitud y su relación con el éxito de la industria tabacalera. La producción de tabaco en los famosos campos cubanos de Vuelta Abajo había comenzado a declinar en la década de 1880, a raíz de la abolición de la esclavitud. E. Schenetz, un ingeniero alsaciano que montó la Compañía de Tabacos Mexicanos en Oaxaca, escribió a fines de la década de 1890:

La abolición definitiva de la esclavitud en Cuba precipitó a la crisis social. Fue preciso pagar caro para retener a los negros [...]. Los residentes en Vuelta Abajo se han dado cuenta perfecta de esta triste situación y empezaron a emigrar a México [...]. Un hombre libre no es capaz de encargarse de más de 20 000 plantas, y el negro menos aún [...] pues está perfectamente probado que el esclavo liberto trabaja poco, desde que no lo fuerzan a trabajar.⁶⁴

Los hacendados cubanos de Valle Nacional decidieron explotar un tipo de esclavitud diferente del que habían tenido en Cuba: un sistema basado no en la posesión de esclavos africanos por generaciones, sino más bien en la constante reposición de sus trabajadores, enviados desde el

centro de México por los agentes del gobierno. Los campos tabacaleros de Valle Nacional se volvieron la cárcel central de los deudores mexicanos así como la solución para la vagancia y para la resistencia política.

Había otros productos tropicales relacionados con la esclavitud. En el primero que se piensa es en el caucho. Apenas cuatro años antes del viaje de Lázaro y John a México, se habían revelado y condenado internacionalmente las terribles condiciones de esclavitud reinantes en el Congo. La explotación del caucho en el Istmo de Tehuantepec también dependía casi completamente del trabajo forzado y del sistema esclavista. Para el café se usaban formas de coerción laboral, aunque eran diferentes de las utilizadas en las haciendas de tabaco y de caucho, donde se obtenía trabajo del esclavo todo el año. Las cafetaleras de la región del Soconusco en Chiapas dependían del trabajo estacional. Al igual que los trabajadores del tabaco y del caucho, los del café también pasaban las noches encerrados en gallineros durante los meses de trabajo y las condiciones laborales eran deplorables. Sin embargo, tenían la ventaja de mantener un sistema de migración estacional procedente de los pueblos de las tierras altas; se les sacaba todo el provecho posible, pero permanecían hasta cierto punto libres.

Si las condiciones internacionales de la agricultura tropical crearon métodos de coerción laboral y esclavitud, ¿tenía razón Turner de condenar al régimen de Díaz como

la causa de estas condiciones? La tenía, y éstos eran sus argumentos: era cierto que Yucatán era un extremo de México, geográficamente y en términos de la explotación laboral, pero era un extremo que revelaba algo fundamental de lo que Turner con mucha habilidad analizaba como “el sistema Díaz”.

Turner describió la esclavitud como un extremo del sistema de peonaje, un sistema que amenazaba a toda la población campesina y a una buena parte de los artesanos.⁶⁵ Aunque las fuentes de las estadísticas de Turner no se conocen —aparentemente fueron cálculos aproximados en juicios muy generales a partir del estudio de los informes y censos oficiales—, sus afirmaciones sí reflejan fielmente una realidad palpable: la vulnerabilidad de las clases bajas mexicanas, y en especial el campesinado, ante los diferentes procesos de desplazamiento, coerción laboral, pauperización, atomización y muerte prematura. Turner siguió a estos desplazados no sólo en las haciendas yucatecas, sino también en las calles y en las casas de vecindad de la Ciudad de México, así como en otras zonas obreras y sus alrededores.

Sin embargo, más allá de estos puntos generales, los hallazgos de Turner en Yucatán y Valle Nacional revelaron de otra manera, más sutil, la existencia de un sistema que involucraba a toda la sociedad mexicana. Turner demostraba, sin lugar a dudas, que eran agentes del gobierno quienes se encargaban de que el sistema funcionara y,

además, dependiera de ellos. Los dueños de las haciendas estaban supeditados a los jefes políticos para dar una validez legal a la posesión de sus peones endeudados, así como para recibir protección en caso de revueltas locales. Pero también a los jefes de policía de las ciudades y a los oficiales del ejército para la provisión de mano de obra. Algunos hacendados recibían incluso subsidios de transporte para el traslado de los esclavos en tren.

En efecto, todo el aparato represivo del gobierno de Díaz se podía ver como una máquina de extracción que beneficiaba a los inversionistas y a los políticos a expensas de las masas mexicanas e, indirectamente, del trabajador estadounidense, al cual no podía sino beneficiarle el mejoramiento de las condiciones en México y el debilitamiento del poder de los grandes rubber barons, dueños de gran parte de México: los Rockefeller, los Guggenheim, los Hearst y muchos más.

El progreso de México se construyó gracias a la esclavitud de los mexicanos. La deportación y la masacre de yaquis benefició a los terratenientes estadounidenses y mexicanos del Valle del Yaqui y a los políticos mexicanos corruptos. La explotación de los mayas en Yucatán, a los hacendados de esta región, pero también al *trust* del cordaje, que compraba sus productos. El capital estadounidense era cómplice de Porfirio Díaz, en un feliz estado matrimonial que tenía un vergonzoso secreto: en el caso del supuesto milagro del desarrollo progresista

de Porfirio Díaz ocurría, como lo dijo Turner, que “el pueblo era el sacrificado”.

...

[Años después, en 1918] por la época en que Ricardo, Librado [Rivera] y Enrique [Flores Magón] fueron sentenciados, el gobernador de Sonora y jefe militar de las operaciones, general Plutarco Elías Calles, le había enviado un telegrama al presidente Venustiano Carranza en estos términos: “Hónrome participar a usted que hoy fue aprehendido por teniente coronel Camargo el famoso agitador Lázaro Gutiérrez de Lara al pretender entrar a Sonora por distrito de Altar. Ya ordené fuera pasado inmediatamente por las armas. Respetuosamente. El jefe de las Operaciones Militares”.⁶⁵

Lázaro había desaparecido desde los primeros días de enero, y desde el mismo día de su ejecución, el 18 de enero de 1918, comenzaron a circular los rumores de su muerte. Las cartas alarmadas de la esposa de Lázaro, Hattie; de su hermano, el doctor Felipe Gutiérrez de Lara, quien entonces vivía exiliado en San Antonio, y de numerosos sindicalistas hicieron que el gobernador de Arizona, George W. P. Hunt, enviara una nota indagatoria a su colega de Sonora. Gutiérrez de Lara estaba de hecho en buenos términos con el gobernador Hunt, porque era uno de los vicepresidentes de la State Federation of Labor de Arizona y había sido un actor decisivo en las recientes y duras huelgas de mineros mexicanos en Metcalf y

Morenci. Por su lado, Hunt era un bicho raro en la política de Arizona: estaba a favor de los obreros y no veía con malos ojos a los mexicanos.⁶⁶ Una fuente dice que la respuesta a Hunt vino de uno de los subordinados de Calles, y que era un lacónico “mensaje siciliano”: “De Lara fue ejecutado cuando cruzaba el distrito de Altar. El general de Lasa le envía a usted un amable saludo de parte del general P. Elías Calles”.⁶⁷

¿A qué había ido Lázaro a México? En los periódicos fronterizos que dieron la estremecedora noticia de su ejecución se pueden encontrar dos versiones diferentes, aunque no incompatibles. Según el *Heraldo de México* de Los Ángeles, Lázaro había decidido ir a México en una especie de misión diplomática, que él mismo se había atribuido, para

establecer una mejor inteligencia entre aquel y este pueblo, labor que creía posible llevar a cabo por medio de la tribuna y conferencias públicas así como por entrevistas con los hombres de negocios y profesionales, buscando un ensanchamiento y afirmación de las relaciones comerciales entre los dos países, especialmente entre el sur de California y la costa oeste de México.⁶⁸

Más cercana a la verdad, quizás, sea la declaración de Felipe Gutiérrez de Lara a *La Prensa* de San Antonio, en la cual dijo que el viaje de su hermano a Sonora “se había

hecho con el propósito de tratar con los obreros de aquel estado asuntos relacionados con las huelgas, que efectuaban algunos centros mineros de Arizona”.⁶⁹ En Cananea y en otras minas de Sonora, Lázaro tenía contactos que venían desde su participación en la huelga de 1906; además, su actuación como líder tanto en la *Western Federation of Miners*, que había sostenido duras huelgas en 1915, 1916 y 1917, como con los huelguistas mexicanos que habían sido deportados de Douglas en 1917 indicaba que Lázaro tenía la capacidad de intentar la coordinación de movimientos obreros en México.

Sin embargo, Lázaro escogió un momento muy peligroso para realizar su misión. En el lado estadounidense, desde el caso de los Mártires de Texas, en 1913, se había endurecido la vigilancia para impedir que atravesaran la frontera personajes que podían causar problemas. Además, el gobierno de Estados Unidos estaba ya en buenos términos con Carranza y, por lo tanto, se hallaba menos dispuesto a tolerar la actividad política de individuos independientes e imprevisibles como Lázaro. Aunque la situación en Estados Unidos era muy poco propicia para él, fue en el otro lado, el mexicano, donde no dudaron en apretar el gatillo. Cuando Lázaro cruzó la frontera, Sonora estaba pasando por momentos muy turbulentos: el gobernador Calles, sin tropas suficientes, combatía una rebelión de los yaquis y hacía todo lo posible por evitar una ruptura de su alianza con los sindicatos locales.

Justo el mismo día en que Lázaro, un misterioso colega ruso y su guía cruzaron el desierto de Altar a Saric, Sonora, Calles le había enviado un telegrama a Carranza afirmando que la situación local había empeorado a tal grado que se estaba volviendo insostenible: “Según partes que he estado rindiendo a la Sría. de Guerra considero de absoluta necesidad en los actuales momentos declarar el estado de sitio en Sonora suspendiendo garantías individuales, sin esta medida la situación se hará difícil”.⁷⁰

Al declarar la ley marcial en contra de una huelga general, Carranza había suspendido, desde 1916, los derechos de los sindicatos obreros, que habían sido sus aliados decisivos cuando peleaba contra Villa el año anterior. Aunque como agente de Carranza en Estados Unidos había hecho propaganda a favor de la Revolución en un momento en que el gobierno de Wilson apoyaba a Pancho Villa, Lázaro estaba ahora actuando como agitador sindicalista independiente, con relaciones y recursos en Estados Unidos que podían, muy probablemente, romper el frágil equilibrio en Sonora. Ya antes, con Madero, Lázaro había tenido que huir del mismo gobierno que él había ayudado a instalar, y había terminado dos veces en la cárcel. Ahora, se enfrentaba a un enemigo implacablemente más práctico. El 18 de enero de 1918, sin ninguna ceremonia ni formación de causa, un pelotón de fusilamiento ejecutó a Lázaro Gutiérrez de Lara.

El único testimonio —indirecto— que tenemos del hecho se debe a Ethel, quien lo recogió cuando ya era una

anciana: “Según lo que le dijeron a Ethel D. Turner en la casa del Lic. Rafael Trujillo de Los Ángeles, la esposa del Lic. Trujillo estaba en Saric en aquel momento. Ella vio cuando Lázaro marchaba, escoltado, hacia el cementerio. Ella lo siguió y cubrió su cadáver con un paño blanco”.

NOTAS

- ^{1.} Gracias a su declaración en la corte de Los Ángeles se ha podido establecer el hecho de que Lázaro nació en Monterrey: cf. 18 de octubre de 1909, sre, leg. 343, exp. 2/14.
- ^{2.} L. Gutiérrez de Lara, “Story of a Political Refugee”, cit. p. 2.
- ^{3.} “Presentimiento”, *Diario del Hogar*, 2 de junio de 1893. Para la protesta del periódico por la expulsión de Lázaro de la escuela de Leyes, véase “Expulsión de uno de nuestros compañeros”, *El Diario del Hogar*, 16 de junio de 1893.
- ^{4.} “¡Baranda vuelve por su fama!”, cit.
- ^{5.} Elizabeth Howard West, “Diary of José Bernardo Gutiérrez de Lara, 1811-1812, Part 1”, *American Historical Review*, vol. 34, n. 1, octubre de 1928, p. 65.
- ^{6.} Lázaro Gutiérrez de Lara y Edgcumb Pinchon, *The Mexican People: Their Struggle for Freedom*, Doubleday, Nueva York, 1914, 5.
- ^{7.} *Ibid.*, p. 6.
- ^{8.} L. Gutiérrez de Lara, “Story of a Political Refugee”, cit., p. 2.
- ^{9.} Ethel Duffy Turner, “Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal”, documento mecanografiado, cap. 5, EDT-Bancroft.
- ^{10.} L. Gutiérrez de Lara y E. Pinchon, *The Mexican People: Their Struggle for Freedom*, cit., p. 6.
- ^{11.} *Ibid.*, p. 10.

12. La influencia de Andrés Molina Enríquez, sobre todo, viene también a la mente. Véase Claudio Lomnitz, “Once tesis acerca de Molina Enríquez”, en Emilio Kouri (comp.), *En busca de Molina Enríquez: Cien años de Los grandes problemas nacionales*, El Colegio de México, México, 2009, pp. 65-78.
13. Para una exposición amplia de la eugenesia en California, véase Alexandra Stern, *Eugenic Nation: Faults and Frontiers of Better Breeding in Modern America*, University of California Press, Berkeley, 2005.
14. “De Lara dará una conferencia sobre arte antiguo mexicano”, *La Prensa*, 6 de marzo de 1915.
15. Francisco Bulnes, *El porvenir de las naciones latinoamericanas ante las recientes conquistas de Europa y Norteamérica (Estructura y evolución de un continente)* [1899], Pensamiento Vivo de América, México, 1945, p. 41.
16. Ethel Duffy Turner, “Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal”, documento mecanografiado, cap. 4, sin foliación, EDT-Bancroft.
17. Los rancheros dirigieron la siguiente que al gobernador de Sonora, el 13 de agosto de 1903: “Los suscritos, propietarios de los ranchos Ojo de Agua, Las Peñitas, Los Nogales, Los Ajos, cercados con alambre de púa por la cananea Consolidated Copper Company, sin ningún derecho, nos prohíben de los elementos más necesarios, y viendo que en este estado nadie tiene garantías, mandamos ocuroso por telegrama a los ministros de Fomento y Justicia, no tuvimos contestación y habiendo leyes vigentes que garantizan el derecho del hombre a usted, le pedimos en nombre de la justicia dicte sus breves órdenes a fin de que cesen cuanto antes los abusos y vejaciones”.
18. “Los pícaros se confabulan”, *Regeneración*, 8 de julio de 1905.
19. Ya en 1902, Lázaro hablaba de que se debía construir una línea de tren hacia el sur, que uniera Sonora con el centro de México y así garantizara el control de México en la región. Véase Lázaro Gutiérrez de Lara e Ignacio Corella, “Los ferrocarriles en el estado de Sonora”, *El Porvenir*, 23 de marzo de 1902, citado en M. Tinker Salas, *In the Shadow of the Eagles: Sonora and the Transformation of the Border During the Porfiriato*, cit., p. 246.
20. Christine Mathias, *At the Edges of Empires: Race and Revolution in the Mexican Border Town of Cananea, 1899-1917*, tesis de licenciatura, Department of History, Yale College, New Haven, 2007.
21. “La labor de la tiranía: Cananea se hunde”, *Regeneración*, 11 de febrero de 1905.
22. Ralph Ingersoll, *In and Under Mexico*, The Century Company, Nueva York, 1924, p. 4.
23. *Ibid.*, pp. 116-17.
24. Práxedes Guerrero, citado en Ward Albro, *Morir de Pie. Vida, época y escritura de Práxedes G. Guerrero*, trad. de Diego Flores Magón, Cámara de Diputados-Casa del Ahuizote, 2017, p. 89.
25. “Nuestro falso progreso: la esclavitud del obrero”, *Regeneración*, 1 de marzo de 1906.
26. J. Brown, “Foreign and Native-Born Workers in Porfirian Mexico”, cit., pp. 793 y 804.
27. “El juego en Cananea”, *Regeneración*, 28 de enero de 1905.
28. *Ibid.*
29. “La labor de la tiranía: Cananea se hunde”, cit.
30. Ricardo Flores Magón a don Tomás D. Espinosa, 2 de agosto de 1906, Archivo Digital Ricardo Flores Magón, en <http://www.archivomagon.net/ObrasCompletas/Correspondencia/Cor95.html>
31. L. Lara Pardo, *La prostitución en México*, cit., pp. 18-20.
32. “Juego y prostitución”, *Regeneración*, 18 de febrero de 1905.
33. Lázaro Gutiérrez de Lara, *Los bribones: Novela*, Imprenta de El Popular, Los Ángeles, 1907, p. 204.
34. *Ibid.*, p. 206.
35. *Ibid.*, p. 141.
36. *Ibid.*, pp. 18-19.

37. “Los honrados”, *El Demócrata*, 11 de abril de 1893.
38. “Find: A Sonora Mine Fabulously Rich”, *Tucson Daily Citizen*, 21 de abril de 1904.
39. Ethel Duffy Turner, “On the Life of John Kenneth Turner”, p. 2, EDT-Bancroft.
40. J. K. Turner, *Barbarous Mexico*, cit., pp. 111-12.
41. J. Murray, “Mexico’s Peon-Slaves Preparing for Revolution”, cit., p. 646.
42. *Ibid.*, p. 643.
43. *Ibid.*, p. 644.
44. *Ibid.*, p. 652.
45. Armandro Bartra, “John Kenneth Turner, un testigo incómodo”, *Luna Córnea*, n. 15, mayo-agosto de 1998, pp. 80-81.
46. J. K. Turner, *Barbarous Mexico*, cit., p. 13.
47. Albert Morawetz a Francis Loomis, Departamento de Estado, 23 de septiembre de 1904, tema: la revuelta yaqui en Sonora. Despachos de los cónsules de Estados Unidos en Nogales, 1889-1906, rollo 4, vol. 4, 2 de enero de 1903 a 26 de julio de 1906, National Archives Microfilm Publications.
48. *Ibid.*
49. *Ibid.*
50. Albert Morawetz a Robert Bacon, Departamento de Estado, 3 de noviembre de 1905, rebelión de los indios yaquis en Sonora. Despachos de los cónsules de Estados Unidos en Nogales, 1889-1906, rollo 4, vol. 4, 2 de enero de 1903 a 26 de julio de 1906, National Archives Microfilm Publications.
51. Louis Hostetteter (cónsul, Hermosillo) a Robert Bacon, subsecretario de Estado, 20 de abril de 1906. Despachos dirigidos al Departamento de Estado por funcionario consular en Hermosillo. Despachos de los cónsules de Estados Unidos en México, Archivos del Departamento de Estado, National Archives.
52. Louis Hostetter al señor A. F. Call, 2 de enero de 1906. Despachos dirigidos al Departamento de Estado por funcionario consular en Hermosillo. Despachos de los cónsules de Estados Unidos en México, Archivos del Departamento de Estado, National Archives.
53. “Border People Are Jubilant: Rejoice with All Sonora Over Settlement of the Yaqui War”, *Tucson Citizen*, 4 de junio de 1908.
54. Edward Spicer, *Pascua: A Yaqui Village in Arizona*, University of Chicago Press, Chicago, 1940, p. 150.
55. Citado en *ibid.*, p. 22.
56. J. K. Turner, *Barbarous Mexico*, cit., p. 37.
57. Para un estudio y un relato de esta historia, véase Orin Starn, *Isbi’s Brain: In Search of America’s Last “Wild” Indian*, Norton, Nueva York, 2004.
58. J. K. Turner, *Barbarous Mexico*, cit., p. 37.
59. “Editorial: Mexico, Our Capitalists’ Slave Colony”, *International Socialist Review*, enero de 1911, p. 364.
60. J. K. Turner, *Barbarous Mexico*, cit., pp. 12-13.
61. *Ibid.*, p. 16.
62. *Ibid.*, p. 17.
63. *Ibid.*, p. 107.
64. Citado en A. Bartra, *El México bárbaro*, cit., pp. 288-89.
65. Este documento procede de los archivos de la Defensa, pero fue reimpresso en Carlos Macías Richards, *Vida y temperamento: Plutarco Elías Calles, 1877-1920*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995, pp. 231-32.
66. Marjorie Haynes Wilson, “Governor Hunt, the ‘Beast’ and the Miners”, *Journal of Arizona History*, vol. 15, n.2, verano de 1974, pp. 119-38, disponible en <http://www.library.arizona.edu/exhibits/bisbee/doc/jahwils.html>.
67. “De Lara Killed in Zaric, Mexico”, *Arizona Labor Journal*, 8 de febrero de 1918.

- ^{68.} “Cómo fue la muerte del Lic. Gutiérrez de Lara”, *El Heraldo de México*, Los Ángeles, 14 de febrero de 1918.
- ^{69.} “Se ha confirmado la muerte de Lázaro Gutiérrez de Lara”, *La Prensa*, San Antonio, 2 de marzo de 1918.
- ^{70.} Ethel Duffy Turner, “Lázaro Gutiérrez de Lara”, EDT-inah, doc. 59.

NOTA DEL EDITOR

Lázaro Gutiérrez llegó a Los Ángeles, California, en el otoño de 1906. Trabajó de lo que pudo y escribió *Los bribones*. Una imprenta de esa ciudad publicó la obra al año siguiente, sin cambiar una coma del manuscrito, escrito y entregado con urgencia, como para potenciar el efecto político del relato a meses del desenlace trágico de la huelga de Cananea: su razón de ser es la denuncia. La movilidad, precariedad y persecución del autor, como exiliado político, explican igualmente la crudeza de la edición original. Se presenta aquí una versión que resuelve descuidos que dificultaban la lectura. Considero que el filo de la novela se agudiza con las adaptaciones realizadas. Se facilita la percepción de las cualidades literarias del texto, se rompe el cerco que lo confinaba a un círculo estrictamente erudito y se abre al lector la opción de una confiada entrega imaginaria.

**Los bribones.
Novela mexicana
de actualidad**

CAPÍTULO I

Desde muy temprano, el Magnate mandó a sus principales empleados a reunirse en su despacho particular, con objeto de tratar asuntos de importancia. Aquella mañana de junio, en que un sol de brillo luminoso y candente penetraba en haces esplendorosos dentro de la pieza, urdía, pensativo, proyectos que agrandaran sus empresas o que salvaran las dificultades que siempre y a cada paso brotaban ante sus atrevidas especulaciones. Desde el interior de aquella pieza amueblada confortable y sobriamente, las miradas se extendían, a través de las ventanas, por sobre la ondulante e inmensa llanura que se ampliaba, en una tonalidad

verde amarillenta de pasteles maduros, confundiéndose en la vasta lejanía con los azules fondos de las tierras que servían de línea divisoria con la Nación vecina. Por la ventana del lado opuesto, la vista abarcaba de un golpe el conjunto admirable y atrayente de la naciente población, que hormigueaba pululando en las calles, trepando por las vías que ascendían al lomerío, encausada en largos y rectos claros que bordeaban las casas del vecindario de obreros. Las oficinas de la compañía, edificadas con ladrillo rojo en blocs de dos o tres pisos, se enhilaban en la calle principal. Sus techos inclinados recortaban el miraje en cuadriláteros, y trepaban en las estribaciones de la montaña hacia la cordillera, en cuyo seno, de riquísima formación metálica, se sentía hervir la multitud minera. Después de los edificios, en una brusca elevación del terreno, las gigantescas fundiciones del mineral, de techos arreglados en longitudes cónicas, daban paso a las chimeneas por las que brotaba el humo blanquecino, cargado de sulfuros de la materia fundida, en bocanadas densas que se elevaban por el aire: volutas que giraban hasta difumarse en el azul del cielo. La gran chimenea de treinta y cinco metros de altura crujía por las expansiones del humo, y se destacaba de entre las otras, como una madre corpulenta y formidable. Erecta audazmente, circular, brillaba al sol su cubierta de placas de acero de los talleres de Westinhouse; por su interior corría con espantable ruido el humo, saturado de corpúsculos metálicos en ignición, que emergía de los hornos donde

se refinaba el cobre, y luego, dando un paseo circular en una caverna de ladrillo refractario, dejando oír al exterior furiosos bramidos, abandonaba toda su riqueza metálica, finalmente recogida y vuelta a la refinación.

Como aditamento de la fundición, continuaba la *powerhouse*, y escalonándose, posterior a ella, las sierras minerales: se cubría su superficie de casitas de operarios, y sus cañadas se hundían desde la cumbre, y se ensanchaban al descender el valle. Al trepar, la vista alcanzaba los peñascos de color rojinegro, que ascendían como torres truncadas, rompiendo la línea ondulante o angulosa de las cumbres de la sierra, prolongada en la vasta extensión del horizonte.

El Magnate a veces lanzaba una mirada sobre aquel panorama, y sus ojillos carnosos y melancólicamente duros chispeaban con fulgores de dominio y ambición. Desde muy joven, cuando llegó de las regiones del Norte, buscando un campo apropiado a sus inclinaciones aventureras, y acariciando nebulosamente en su cerebro una vida de opulencia y de dominio (aspiraciones que se fundían en su naturaleza), presintió en aquellas llanuras y en aquellas montañas un campo espléndido para sus luchas. Primero, las transacciones ganaderas le dieron oportunidad de comprar ganado en pequeña escala y aumentarlo por medio del merodeo y la “cuatrería”. En aquellos tiempos, se podía echar encima a los apaches todos los robos que los blancos cometían y, como no había las cuarentenas actuales, podía

mandarse el ganado a los mercados de San Francisco o Kansas City. De este modo había hecho buenos negocios. Más tarde, contrajo matrimonio con la viuda de un ganadero de Arizona, y continuó como *cowboy* del ganado de su mujer: la dejó en la miseria, disipando los novillos en el juego, las mujeres y el whiskey. El *cowboy* empezó a hacerse célebre desde que un día, en un rancho de Tombstone, se agarró a balazos con dos compañeros de cuatreras, un mexicano y un americano, que eran tenidos por los más audaces y valientes; en la lucha, salió triunfante, con la muerte de sus contrarios, y, desde entonces, los demás *cowboys* tenían a honra estrechar su mano, y en las correrías “cuatreras” que emprendía en compañía de aquella gente, era él quien, con gustosa anuencia de los otros, se llevaba la mejor parte en el reparto del ganado recogido.

Sus peripecias le habían hecho conocer aquellos cuantiosos y ricos depósitos naturales de cobre, y concibió la idea de ser el jefe de una grande explotación minera. Varias veces habló con el viejo General mexicano que, después de una vida azarosa de guerra y de política, explotaba en pequeña escala las minas de cobre. El viejo guerrero adivinó en el joven “gringo” un hombre de audacia y capacidad, y tal vez tuvo la intención de asociarlo en sus empresas mineras, pero, lleno de orgullosa honradez, ante las intrigas que presintió, desechó el intento. Su muerte dejó aquello abandonado, y entonces, el atrevido aventurero emprendió, con un empuje que le valió el

éxito, la adquisición de las minas y la organización de una compañía que él, como Presidente, explotaba ahora en escala vastísima: extensos, cuantiosos y ricos depósitos de cobre nativo. Una población de más de veinte mil almas acusaba el éxito admirable del antiguo *cowboy*, convertido ahora en un millonario, y a quien el periódico de la localidad apellidaba:

“Su Majestad EL REY DEL COBRE”.

Casi se veían coronados sus esfuerzos y satisfecha su ambición; toda la comarca ganadera le pertenecía; sus valles de pastoría se dilataban hasta más allá de la línea divisoria; sus vaqueros herraban hasta quince mil becerros al año y, dominando el inmenso valle, la ciudad minera se agrupaba como un trono, en los primeros escalones de la Sierra de cobre. Desde allí, podían las miradas del Amo envolver todo el dominio, cuando tornaba de sus correrías financieras en Estados Unidos y Europa; porque ahora, ya millonario, empleaba sus actividades y su incomparable energía en orejear millones, lo mismo que en sus buenos tiempos de *cowboy* orejaba becerros. Sus campos ya no eran las llanuras fronterizas. Sus reales estaban asentados ahora en el corazón del mundo, en la Ciudad Luz, en París, donde sus rápidas y audaces intrigas y maniobras le habían dado ya le brillant succès de algunos centenares de millones de francos, sacados a accionistas inocentes, a los que había hecho creer que los ríos mexicanos se deslizaban dulce y poéticamente sobre arenas de oro...

Sin embargo, aquella mañana del mes de junio, el Rey estaba inquieto; su cara carnosa y sanguínea había perdido el aspecto ordinario de ruda franqueza, iluminada siempre por una especie de cortesía rústica. Impaciente, esperaba a sus hombres, dando pasos por la estancia. Hacía crujir el piso con su corpulencia. En la diestra tenía una carta. En una de sus esquinas se distinguía un membrete de tres renglones cortos, en letra cursiva de color azul, que decía:

CORRESPONDENCIA PARTICULAR
DEL CIUDADANO GOBERNADOR
DEL ESTADO DE

La espera se prolongó un rato más. Primero, se escuchó el rodar de un carruaje en el arenoso pavimento de la calle, y después, golpes discretos en la puerta del despacho.

—*Come in* —dijo el Rey.

Se abrió la puerta, y entró un hombre excepcionalmente delgado, vistiendo cazadora. Su pantalón formaba profundos pliegues en los muslos (denotando menguadas carnes), abrochado en los laterales del corvejón, de rótulas protuberantes. Las polainas inglesas de color alazán le ajustaban hasta los zapatos. Un fieltro de anchas alas ocupaba su mano izquierda. Representaba unos sesenta años, aunque era de mucha menor edad; una profunda dispepsia lo decrepitaba prematuramente y daba a su cara —de nariz

prolongada, de bigote gris semicaído sobre la boca, y en la que dominaba una flacura rayana en consunción— un aspecto de profundo disgusto que a veces se trocaba en desdeñoso desprecio. Sin embargo, un detalle quitaba todo este carácter a su fisonomía: la expresión sumisa de sus ojos de perro aporreado y hambriento. En general, su mísero aspecto desdecía por completo el traje vanamente varonil que portaba: era el Superintendente de la Compañía.

Detrás de este personaje, se destacó la figura rechoncha y vulgar de un hombre de regular estatura, cara de huevo rosado, semicalvo, sonriente y de ojillos vivaces y amables: era el Cashier del Banco de la Compañía y, al mismo tiempo, Presidente Municipal de la Población.

El Rey se adelantó a ellos y extendió su diestra para el shake hands.

—*Hello!, hello!, Cashier. Hello!, Manager. Are you well?*

—*We are all right. Thanks.*

—*Well, well, well.* ¿Y el Juez?, ¿y el abogado Robleda? ¿Por qué no vinieron?

—Creo que llegarán luego —dijo el Cashier.

—Siempre hay que esperar a estos hombres. No entienden que se les paga dinero para que sirvan de algo —dijo el Manager. Sus ojos de perro aporreado y hambriento se tornaron duros por el desprecio que le inspiró lo que acaba de decir.

—Yo pienso lo mismo, pero no hay remedio —explicó con ruda franqueza el Rey.

—En efecto, en efecto. No puede haber remedio —insinuó suave y sonrientemente el Cashier.

—Permita Usted —dijo Ojos de Perro al Rey— que le diga lo que creo. Con la influencia que tiene sobre el Gobernador, podría conseguir que se nombre de Juez a un “blanco”, en lugar de este *damn mex*, borracho y bueno para nada. También creo que el abogado puede ser mandado al infierno, y traer a un *American lawyer*. Es decir, personas con quienes no se necesite usar espuelas.

—Lo haría, si pudiera, y si no lo hago, es por que conozco mis negocios. *That's all*.

El Rey tenía razón: aquel par de borrachos, como Ojos de Perro llamaba al Juez y al abogado, habían sido los mejores agentes para sus combinaciones de ganado. Borrachos y todo, pero le eran útiles, y esto era lo práctico, en cuestión de negocios.

—Bueno, entre tanto, hablemos.

El Rey se acomodó en su asiento, junto al escritorio colocado frente a una de las ventanas, mientras el Manager, Ojos de Perro, apoyaba su escuálida persona en una cabecera del mismo escritorio, y el Cashier se sentaba frente a ellos, masticando su puro, y haciéndolo pasar (extendiendo y frunciendo los labios) de una comisura a otra de la boca. Un bigotillo canoso se erizaba a ras del belfo.

—*Well* —dijo el Rey—, ya ustedes están al tanto de mis propósitos, y espero que pongan todo el cuidado posible para que las cosas salgan bien. *Understand?* Sobre todo es

necesario ir con energía, y vigilar a Robleda y al Juez para que hagan bien lo que tienen que hacer. Yo sé bien que estos *mex* se emborrachan cuando más se los necesita, y por eso les encargo a ustedes que no los dejen solos un momento, hasta que mis instrucciones estén bien cumplidas.

—Estamos listos a todo —dijo el Cashier.

—Además —dijo el Rey—, necesitamos hacer las cosas de modo que pueda yo, cuando sea preciso, estar en *New York*: tener listos los documentos oficiales de las autoridades mexicanas que comprueban que se está robando a la Compañía en gran escala, pero que los ladrones ya están en la cárcel. Justamente aquí tengo una carta confidencial de mi amigo el Gobernador, en la que me autoriza para que haga, con toda libertad, lo que crea conveniente a mis propósitos. Léala usted, Cashier.

—¡Magnífico! —exclamó—. Con esa autorización para que nosotros y el Juez procedamos con entera libertad, podemos llevar todo perfectamente a cabo.

La cuestión era la siguiente. El Magnate tenía que rendir su informe anual a la Junta Directiva de la Compañía, que radicaba en *New York*. En sus propias operaciones especulativas (cuyo carácter conocemos) había invertido cantidades considerables de dinero de la Compañía, cuyo empleo no podía justificar, porque eran extrañas a la empresa. La verdad, la cuestión suponía un éxito brillante. Gran parte de esas cantidades habían aumentado sus propios millones. Trataba, sin embargo, de poner en

práctica una de sus geniales combinaciones: justificaría ante la Junta Directiva de *New York* que la desaparición de los millones se debía a una de tantas fatales dificultades porque atraviesan los negocios, principalmente en un país como México, donde lo mismo se puede ganar que perder mucho. Su propósito firme era conservar la Presidencia, y seguro lo lograría, como lo había logrado otras veces, en que se habían atravesado al paso iguales o peores dificultades. La principal dificultad para sus intentos se presentaba ahora, con la pérdida de esas cantidades: podía servir de pretexto a algunos accionistas, que no lo querían, para tratar de echarlo de la Presidencia. Había que resolver la cuestión en sentido favorable para él.

—Bueno —dijo el Cashier—, yo creo que la cosa es segura. De aquí a cuando usted tenga que rendir su informe a la Junta Directiva, le prometo obrar con toda la eficacia posible. ¡Oh!, esté usted seguro, Señor, que todo saldrá bien. Indudablemente que todo saldrá bien —el buen hombre levantaba su labio superior por un lado, sonriendo, y se frotaba las manos con satisfacción.

El proyecto, que ya debían conocer de antemano el Cashier y Ojos de Perro, debía ser bueno. El Manager aprobó sumisamente con sus ojos caninos.

—Usted se encargará de que el Juez y Robleda anden pronto —dijo el Rey dirigiéndose al Cashier—. Y usted —dijo al Manager— escogerá a los que vayan a la cárcel: debe cuidar que en realidad parezcan ladrones.

—*All right, Sir* —dijo éste último—. Pero yo desearía que usted me diera un consejo o una indicación para ello.

—La cuestión es muy fácil —contestó el Rey—: ordene usted al Jefe del Departamento mercantil, por ejemplo, que haga regalos de cierto valor a varios de los dependientes, principalmente a las muchachas, y después, que vaya el Juez a casa de esos empleados y les pida explicaciones sobre la procedencia de los objetos. Como contestarán que sólo son regalos, nadie será capaz de aceptar esa explicación, y de este modo, aparecerán realmente como ladrones, y será justo que se los lleve a la cárcel. Es todo.

—¡Oh!, ¡oh! ¡Es admirable! —exclamó realmente emocionado el Cashier. Ojos de Perro aprobó con firmeza lo dicho por el Rey.

En la parte exterior del jardín inglés del opulento *home* del Rey (donde estaba el despacho), platicaban dos hombres, babeando al mismo tiempo sendas naranjas, que uno de ellos sacaba de la bolsa de su sobretodo de verano, cuya parte delantera llegaba casi al suelo, y la posterior se alzaba hasta las corvas: el hombre se inclinaba hacia adelante, con el pecho hundido y la espalda encorvada.

Desde su asiento, mirando por la ventana (por donde entraban bocanadas de primavera), el Cashier adivinó la presencia de los hombres, y se acercó al vano. Su fisonomía se había modificado tan luego los divisó, y después de avisarle al Rey quiénes eran, les lanzó un “chst” imperioso: sus ojitos se habían vuelto duros, y en su cara, antes

tan suave y risueña, se retrataban ahora el desprecio y la altanería. Al escuchar el “chistido”, los hombres dejaron caer las naranjas que chupaban, rápidamente se limpiaron los residuos de la fruta que colgaban de sus bigotes y se dirigieron apresurados al despacho del Magnate, a cuya puerta tocaron, vacilantes y trémulos.

Ojos de Perro les abrió sin decir palabra, y entraron, tímidos y torpes, tropezándose uno con el otro y sin acertar a separarse, como bestias acobardadas. Es indispensable hacer la presentación de estos dos personajes.

El uno, Isidoro Castañeta, era el Juez de Primera Instancia del Partido Judicial creado en aquel lugar a voluntad del Rey, no hacía mucho tiempo. Castañeta era un tipo de cuerpo de regular estatura, desmedrado de hombros, edad como de cincuenta a sesenta años. Vestía desaliñadamente y usaba un sombrero viejo, parecido al de los turistas. Lo más notable de su fisonomía era la boca de labios flojos (colgante el inferior), bigote cano y sucio, caído en mechoncillos pegados y convexos a la boca regularmente fruncida; la nariz, roma y boluda, avanzando hacia adelante como si husmeara continuamente, presentaba yemaciones rojas y azuladas, signo patognomónico de inveterado alcoholismo; sus ojos desaparecían detrás de unas gafas de miope; tenía la frente ancha por la calvicie, y los pocos pelos que le quedaban formaban, en la parte superior de la cabeza, un sucio y roñoso arco semicircular, que lo asimilaba a ciertos simios de cabeza prolongada hacia arriba y hacia atrás.

Su historia era curiosa, y él mismo la contaba con cierto orgullo en sus largas y cotidianas francachelas alcohólicas, rodeado de sus “hijitas”, como llamaba a las “perdidas” predilectas, después de haberse fastidiado hasta... del juego (primero hacía lo peor).

Había pasado su juventud en un Puerto del Pacífico. De ahí partían sus correrías a Sinaloa, la Baja California y Chihuahua. En unión de algunos de su misma fibra esperaba (en aquel Puerto) la llegada de rancheros que venían a negocios o a paseo. Aquellos que caían en sus garras de seguro conocían incontinenti los lugares más inmundos de la población, donde los embrutecía, en unión de mujeres de la peor ralea, a fuerza de prostitución y embriaguez. La víctima podía dar por cierto que amanecería sin un centavo y con algo puerco que llevar —por ejemplo, un recuerdo de su inmunda estupidez— a la esposa ranchera, quien tendría que curar las consecuencias de los indecentes trabajos de Castañeta. Tuvo que pasar una buena temporada en la Baja California, a consecuencia de haber intervenido como principal agente en la corrupción de niñas de diez a doce años, que él conseguía para saciar los criminales apetitos de viejos ricos degenerados. Ejercía esta clase de industrias al mismo tiempo que era escribiente de un juzgado. Más tarde, logró “caerle” bien (por su descarada picardía y su bellaca bufonería) al viejo General, quien, por aquel tiempo, fue el héroe absoluto y favorito de la región fronteriza. La mejor gracia que empleó para ser soportado por el Guerrero fue la publicación de un periodiquillo llamado El

Torete, cuya literatura distópica y virulenta hizo reír a unos y emberrenchinar a otros. Su tiempo pasó entre triquiñuelas de tinterillo y camándulas de burdel, hasta que, ya en los últimos tiempos, un gobernador de Chihuahua, gigante de cuerpo y enano de lo demás, lo “fabricó” abogado en pago de “valeduras”, porque “este Castañeta es riata y no se revienta, y güeno pa arreglarle a uno cualquier tapao cuando se ofrece”—decía el prohombre para justificar el título profesional con que lo agració. Volvió al campo de sus hazañas juveniles, pero ya autorizado como un Vallarta o un Pallares; tomó más altos vuelos en los métodos de sus combinaciones y triquiñuelas, aunque no abandonó sus especulaciones antiguas, porque ya no era posible: lo llevaba en la sangre. Por fin, después de alzas y bajas, aunque no podía nunca bajar moralmente, por siempre estar en lo más bajo, el Magnate, por indicaciones de Robleda, le ordenó al Gobernador del Estado que lo nombrara Juez de Primera Instancia de sus propios dominios.

El otro individuo era el abogado de la Compañía, Petrucio Robleda. Es indispensable concluir el retrato físico y moral que ya tenemos empezado de este buen chico: De una edad como la del Juez, tenía un cuerpo que parecía más alto, pero agobiado por un hundimiento del pecho que lo obligaba a jorobarse; de hombros angostos, piernas delgadas y zambas, vestía un traje oscuro de tela corriente, de notable abandono y suciedad, y zapatos rotos. Cuando levantaba la cabeza, casi siempre gacha, dejaba ver su fisonomía: sus ojos hundidos no se atrevían a mirar de

frente, y parecían juntarse en el nacimiento de la nariz, que se prolongaba sobre la boca floja y lacia. Un bigote entrecano y sucio colgaba sobre la boca, notándose más aquella mañana su “porquería”, debido a escurrimientos nasales que no se cuidaba de limpiar con la necesaria pulcritud. Su pasado era fuerte. Los habitantes de un pueblo del Río de... temblaban al referir que, candidato en unas elecciones para Presidente Municipal, un pobre viejo octogenario y medio loco, después de haber ingerido algunos tragos de “chicote”, gritó algunas tonterías contra Robleda, quien salió electo. Su primer acto autoritario fue dar una paliza al viejo atrevido y hablador, que quedó con las piernas rotas. El poco tiempo que sobrevivió al “tan merecido castigo” tuvo que andar a rastras. ¡Oh!, por eso el Señor de Robleda debía llamarse, como en aquel cuento, “El Justiciero”.

En ese pueblo, que tendrá mil almas, Robleda se dedicó a la carrera de Jurisprudencia, y allí se “autograduó” de abogado. Después de este acontecimiento, llegó a la cabecera del Distrito, donde obtuvo el empleo de Juez de Primera Instancia, que desempeñó honestamente durante doce años (lapso que prueba su honestidad por más que alguien piense otra cosa). En toda esta temporada tuvo algunos merecimientos. De todos, el más conocido fue quemar con gusto los títulos y documentos otorgados por los Reyes de España, y mamotretos en que estaba escrita la historia antigua de la Intendencia Septentrional. Aunque pasajero, este fue uno de sus goces. Los pergaminos y papelotes ardieron por más de

quince días. Sucedió también que, desde los primeros días del desempeño de sus funciones, agradó al Señor Juez una mujer del pueblo (he aquí los romanticismos de Robleda) agraciada y buena, casada con un labrador de oficio: lo que se llama un buen hombre del pueblo. Nuestro Robleda, de pasiones fuertes, concibió una terrible por aquella mujer; hombre al mismo tiempo de grandes y fecundos recursos, no tardó en hallar la manera de hacerla suya. Sucedió que un ranchero se quejó del robo de una sarta de chiles colorados, Robleda inició la averiguación criminal consiguiente, y como cayeran vehementes sospechas sobre aquel buen labrador, lo mandó aprehender y lo encerró en la cárcel. A los cuatro o cinco meses, la pobre mujer se atrevió a rogar al Señor Juez que favoreciera a su marido. Los abogados cuestan mucho dinero, y los pobres, que no lo tienen, se ven obligados a permitir que sus mujeres se ocupen de sus asuntos. Después de la primera entrevista, vinieron otras, y por fin... la mujer fue la querida de Robleda. El hombre murió de tuberculosis, en la cárcel, nueve años después, sin haber logrado que lo sentenciaran, y soportando en todo aquel tiempo el peso de su deshonra, todavía más cruel que el de su prisión. Tratándose de Robleda, y por la respetabilidad que se merece, apenas nos atrevemos a pensar que esto sea malo; en cambio, prueba el triunfo de los conocimientos jurídicos que tan honradamente poseía, y que le daban el gran poder con que dominaba a los hombres y... a las mujeres.



En la brillante claridad de aquella mañana de primavera, de esa primavera tardía de las regiones del Pacífico, se sentía flotar blanda y dulcemente un aliento de vida que se infiltraba en la sangre, adormeciendo el cuerpo en un tenue ensueño, de vaga voluptuosidad. Un airecillo sutilmente cálido penetraba al aposento en bocanadas de embriagadora dicha.

Luego de que nuestros dos héroes se repusieron en algo de la poco amable acogida que les dieron Ojos de Perro y Cashier, los dos alargaron torpemente la mano al mismo tiempo, saludando al Magnate, en cuyo rostro se dibujó vagamente su antigua expresión franca y bonachona. El Cashier tuvo la cortesía de levantarse, pero los ojos de Ojos de Perro se volvieron más despreciativos todavía.

—Señor —dijo el Juez Castañeta, adoptando un aspecto de ranchero inocentón. Adelantó entonces la cabeza, que ladeaba graciosamente (este era su gesto característico). La sonrisa que fluctuaba en su boca abierta podía desarrollarse rápidamente en una carcajada de adulación, y sólo esperaba, en aquel momento, que el Magnate dijera algo que la motivara para soltarla a todo trapo—. Señor, he recibido un recadito de Robleda esta mañana para venir a verlo, y aquí me tiene usted como siempre, incondicionalmente...

—Sí, Señor —dijo el abogado Robleda—, yo le dije a Castañeta —el hombre hablaba quedo y tartajeando

las palabras—, le dije que usted quería que lo viéramos —entretanto, los dos permanecían de pie.

—Pues, Señores —habló el Rey—, por circunstancias muy especiales, necesito que ustedes dos, de acuerdo, hagan una investigación pronta, y que salga buena, para averiguar algunas cosas que están pasando aquí. ¿Entienden?

—Y muy fuertes —añadió el Cashier.

El Juez abandonó por un momento su fingido aspecto de bobo.

—Pues ya sabe Usted, Señor, que estoy aquí a sus órdenes, como siempre —dijo interrogativamente.

—Y quiero que ponga usted en este —continuó el Rey— más atención y cuidado que el que ha puesto en otros negocios. No me conviene que emplee usted tanto tiempo ni tanto dinero como lo ha hecho antes. —Luego, cambiando intempestivamente de tono, prosiguió—. Porque tú te emborrachas como un marrano, y por esas borracheras te pones bruto, y entonces no sirves para nada. —Luego, dirigiéndose a Robleda con voz irritada y despreciativa— Tú también eres un borracho sucio, y además eres flojo, perezoso. Dime ¿cuánto dinero me cuestas?

Robleda se mascaba los bigotes de un modo asqueroso.

—Pero, Señor —habló suplicatoriamente el Juez— que yo me emborracho es verdad, pero Usted conoce nuestro buen deseo de servirle. Ahora, es tiempo de decirle que por las órdenes que Usted me da, y que yo ejecuto lealmente, no me han escaseado responsabilidades. ¡Ah!, pero yo

me río siempre de tales responsabilidades —cambiaba de tono, sonriendo, y daba a su voz una inflexión que quería significar heroica y decidida adhesión al Rey—. ¿Qué no ve Usted lo que le digo? He de ser buen amigo de Usted, aunque “estaque la zalea”.

—¿Qué dice? —preguntó Ojos de Perro al Cashier, quien le explicó en inglés, riendo burlescamente.

—Yo creo —dijo Ojos de Perro— que si hubiera que echar a estos hombres de aquí, se morirían de hambre.

—*I think so* —afirmó el Cashier.

La vergüenza andaba por las antípodas. Entretanto, el Rey permanecía pensativo, luego, dirigiéndose a los hombres, con lenguaje irritado, casi ordinario, les dijo:

—La cuestión es que tú y tú hagan lo que les diga el Cashier, como se debe, y pronto. ¿Entienden? Tengo que hablar a ustedes como se merecen, para que comprendan. También los “otros” me cuestan dinero: no tenían ni con qué comprarle enaguas a sus mujeres, y ahora tienen dinero, que yo les he dado —al decirlo, señalaba con coraje, y agitaba en la mano la carta de renglones azules—. A todos tengo que dar dinero, y en cambio ¿para qué me sirven? Son buenos para nada. Yo tengo más derecho a este país que nadie. Yo vine aquí cuando los mexicanos tenían miedo a los apaches, y yo fui el que guerreé con ellos. Por eso creo que nadie debe meterse en lo que yo haga aquí.

La torrentera megalómana se le desataba al Rey. Era su manía creer que él había conquistado aquella parte del

país a los apaches. Había empezado por contar esa historia, y como nadie lo contradecía, acabó por creérsela, y como los periódicos yanquis y los mexicanos por igual dieron en llamarlo “coronel”, llegó a la conclusión de que, si a México no se lo habían comido los franceses, era porque él lo había evitado. Su megalomanía se había afirmado desde un banquete en que el Jefe de la Zona y el Gobernador de aquel Estado fronterizo declararon ante algunos millonarios yanquis que era verdad cuanto expresaba el Rey en tal sentido. Aquel día, en aquel momento, al hablar de aquella manera, su rostro carnudo se tornó apoplético.

El Juez abría la boca, aparentando absoluta estupidez, y Robleda agachaba la cabeza, ocultando sus miradas.

—*Well* —siguió el Rey—, pueden irse.

Se levantó repentinamente, irguiendo su corpulencia. Repentinamente, dejó la grosería y volvió a su bonachonería de viejo *cowboy*. Dirigiéndose al Juez, prosiguió.

—Oye, tú. Tienes todavía quince días para emborracharte en compañía de tus muchachas, pero mucho cuidado *Hey! Great! Scott!* Ni un día más de los quince. Y tú, don Robleda, ya estás viejo, y cuídate el catarro. Lo tienes muy fuerte.

Todos rieron grandemente, felices de ver la tormenta pasar. Al Juez le sobraba saliva, que surgía de su boca en abundante chorro.

—*Well, well* —decía el Rey—, yo me enojo, pero pronto se va todo, y lo que recomiendo, por último, es que todos vayan de acuerdo.

Como daba la señal de despedirse, todos le tendieron la mano. El Juez se quedó atrás.

—¡Caramba!, ¿qué quieres? —le preguntó el Rey.

El Juez tenía semblante de pícaro compungido, y su nariz, de bello escarlata, se tornaba en violeta de Parma en las yemaciones prodómicas.

—Bueno. Pues quiero decirle... Vamos, quiero decirle, pues que... ayer me fue de los diablos en los gallos y..., pues perdí cuatro mil pesos. ¿Qué le parece?, y *orita* estoy *pelao*, y yo me dije: hombre, no tengas cuidado, *pos ¿pa* qué son los verdaderos amigos? Y además, si viera, Usted sabe lo que son las viejas, y ella es la que me ha dicho: Anda con el Rey; y aquí me tiene Usted. *Ora*, Usted sabe lo que hace conmigo. *Onde* Usted no me ayude, voy a tener a la vieja llore y llore...

—¡*God...*! Oiga, Cashier, dé Usted a éste dos mil *dollars* —Así era el Rey: magnánimo para quienes lo servían.

—Pase usted por el Banco —dijo el Cashier a Castañeta. La mirada de Perro parecía enferma de hidrofobia al mirar al Juez.

Terminaron de despedirse y dejaron solo al Rey, quien se entregó a nuevas combinaciones, ya que aquella le quedaba entendida, y pronto sería puesta en práctica por sus hombres.

CAPÍTULO 2

El Palacio Municipal, un edificio de ladrillo rojo, amplio y elegante, se construyó gracias a un empréstito de sesenta mil pesos, facilitado por el Rey en los tiempos del Presidente Municipal anterior, un doctor llamado Filiberto Prieto, a quien los rancheros de los alrededores llamaban Tordillo, nombre caballar que aludía de color de su pelo entrecano. En el Pueblo había un pseudoabogado que se distinguía por conocer de memoria y repetir cada vez que se ofrecía cada uno de los artículos de nuestro gran Código Civil. El tal abogadazo, llamado Castro, cuando se cansaba de repetir de memoria los artículos que

hemos dicho, y en sus momentos de culminante alcoholismo, se dedicaba a referir a grito pelado que el Doctor Tordillo había gastado en la construcción del Palacio sólo unos treinta y cinco mil pesos, y que se había robado lo demás. Esto es una costumbre (de robar los Presidentes Municipales) inveterada en nuestra querida, cuanto infortunada y mil veces sacrificada patria. A veces el abogado Castro embarraba también en estas inocentes raterías a nuestro buen amigo el Cashier, pero hay que dudar de esa mala lengua. Nuestro buen Cashier cargaba con una quiebra fraudulenta, de la que habían sido víctimas viudas y huérfanos, pero ésto no quita ni pone rey, y además... ¡ese mala lengua de Castro!

El salón destinado en Palacio a las sesiones del R. Ayuntamiento se concluyó al final, y ahora se trataba de inaugurarlo con la celebración de una fiesta de trascendencia: lo más significativo posible en cuestión de moral, que quedara grabada en imperecederos y gratos recuerdos en la memoria de aquella población, cuyo freno gubernativo jalaba ahora con sus dignas y honradas manos nuestro buen Cashier. Con su noble y autoritario carácter, ejercía sus funciones en el orden político y administrativo con las más amplias facultades, en el campo inmenso que nuestras sapientísimas leyes conceden a los que tan paternalmente manejan el freno del que hemos hablado, y que nosotros tan contentos y felices tascamos con nuestras rebeldes bocas. Nuestro Cashier había arreglado las cosas de tal

manera que la fiesta inaugurativa tendría que resultar espléndida y resonante. Veamos cómo.

Varias personas de las más respetables del lugar, en unión del Cura que administraba la parroquia Católica (y conseguía la gloria eterna para sus feligreses, aunque le costara los sacrificios de costumbre), habían notado —como si una espina picara sus corazones— la gran carencia de ideas religiosas de los habitantes del Mineral. El virtuoso Cashier era también de los que sentían el piquete de la espina. Hombre de ideas profundamente morales, naturalísimo era que se preocupara por aquella antirreligiosa situación de sus dominios. Hubo varios acuerdos entre los creyentes de rango. El Cura siempre estaba poseído de un entusiasmo casi rayano en divino frenesí, y sus sermones dominicales versaban indefectiblemente sobre el particular.

Por lo regular, las chicas del pueblo bailaban toda la noche de los sábados, y los domingos en la mañana comentaban en la iglesia, a la hora del santo sacrificio, entre risas y cuchicheos, ya conversaciones en voz alta, todos los incidentes noviazgueros de la noche anterior. Todo lo hacían sin cuidarse para nada del Curita ni de su misa. Al concluir esta, era de ordenanza que les echara una filípica, pero esto era lo más divertido para las muchachas, porque el buen hombre tenía el defecto de añadir “to-to” al final de todas sus palabras. Todos se morían de risa cuando decía: “Hermanos míos to-tó Jesucristo-to-tó no puede-to-tó ver que ustedes se estén-to-tó platicando

to-tó, en su santa Iglesia-to-tó, de sus novios-to-tó y de sus condenados amores-to-tó”. A los dos minutos de prédica, aquellas pícaras reventaban de risa o hacían coro al Curita, y más de cuarenta veces repetían, como una jaculatoria, el “to-to” del Cura.

Como decíamos, hubo varios acuerdos. El Cashier se manifestaba algunas veces vacilante en las determinaciones, cohibido por el cargo civil que desempeñaba, hasta que resolvieron celebrar la fiesta del modo siguiente (previa y respetuosa invitación al Sr. Gobernador del Estado y su muy respetable Secretario, que contestaron con la cortesía característica de los Señores Gobernadores y sus respectivos Secretarios): Inaugurar el Salón de Cabildos, y en él, fundar una asociación destinada a proteger e impulsar con mano firme y corazón denodado la sublime y hermosa religión. La asociación llevaría el nombre romanesco y medioeval de *Knights of Columbus* (Caballeros de Colón). El nombre en inglés se justificaba porque la mayor parte de sus miembros se expresaba en esta poética lengua, y además, era una especie de homenaje rendido al Rey, por tratarse de su lengua nativa. El Cashier era un hombre de diplomáticos recursos; con los *Knights of Columbus* contrarrestaba también la influencia de una Sociedad de protestantes a la que pertenecían varios empleados de su Banco, y que continuamente intrigaban para meterle zancadilla y quitarle el puesto. Con los *Knights of Columbus*, el buen Cashier satisfacía los tiernos impulsos de su católico

corazón, y ponía frente a luteranos intrigantes; esto es matar dos pájaros... En los acuerdos de la Sociedad tomaron parte las muchachas, e influyeron en el Curita para que la fiesta concluyera con animado baile. El Cura accedió, y quedó convencido de que se bailarían hasta el amanecer, y que un perpetuo lunch-champagne-whiskey estaría a la absoluta disposición de la concurrencia.

—¿Qué tal?, ¿eh? ¿Qué tal? ¡Qué tal! —decía el Cashier, restregándose las manos y mamando dulcemente de su puro.

Una alegría buena y santa —la alegría de las conciencias puras— iluminaba, con una sonrisa feliz y contagiosa, la fisonomía de aquellos “caballeros” y de las damas que en tan noble propósito los acompañaban, ya como damas consocias o esposas respectivas.

Los primeros, esforzaban sus heroicos y perínclitos corazones al sentirse paladines de la santa causa; embrazaban sus ideales para echarse de un brinco a la lid. Las damas de edad sentían en sus entrañas la infiltración embriagadora de sentimientos de distinción y de aristocracia que nunca antes habían conocido. Entre las de más abolengo y real orgullo estaban la Señora del Cashier, la de Robleda, la del Juez, una media docena de americanas que veían con cierto desprecio a las autóctonas; todas ellas, sin embargo, con la conciencia invadida por el concepto del noble papel que desempeñaban. ¡Esposas de los *Knights of Columbus*! Esto no era cualquier cosa. Las Señoras “miembras” también

de la sociedad, de corazones ardientes y miradas como brasas, se alegraban más que todo por la perspectiva del baile, ¿y el buen Cura? Oh, el virtuoso sacerdote-to-tó... pero ya nos ocuparemos de él.

Llegó por fin la noche de la inauguración (pocos días después de lo que dejamos narrado en el primer capítulo). La aristocracia de la población estaba ansiosa por ver realizarse un acto que a la vez era una fiesta de alegría y les daba más carácter. Ocuparse de las cosas de Dios en esta mísera tierra siempre imparte algo de divino a los que emprenden la tarea. Estas buenas gentes no se lo decían así, pero lo sentían, y esto era suficiente.

Eran las ocho de la noche. Una temperatura suave y fresca invadía todo el edificio Municipal. El salón de Cabildos, una pieza amplia y bien ventilada, con sus seis grandes ventanas que daban al campo, aún abierto, sin otros edificios vecinos, podía albergar cómodamente a más de cien parejas. El techo, con papel tapiz blanco, estaba ornado con ligeros dibujos dorados *art nouveau*. En una cabecera había un templete levantado, con barandales de nogal de buen gusto. Al fondo, un dosel de terciopelo rojo, que caía en sendos y pesados cortinajes flecados, cubría la silla presidencial y cuatro asientos más, en ambos lados. El sitio del presidente era un poco más amplio y alto que los otros, que aquella noche inaugural ocuparían los *Knights* y quienes integraban el H. Ayuntamiento. Todo estaba alumbrado aquella noche a deslumbrar. Los focos de luz

eléctrica destellaban por todas partes, y daban espléndida nota de vida y alegría al recinto, todavía vacío.

Ya la sala de espera y el vestíbulo de las escaleras estaban llenas de invitados. Allí estaban el juez Castañeda con su “cónyuge”, como le decían, tan chispeante como siempre. El abogado Robleda y la Sra., una amplia ranchera que vestía elegantísima falda colorada de raso con volantes y listones negros y azules. Su noble cabeza ostentaba un alto peinado estilo Carlota, de Maximiliano, pero con un adorno que le daba un opulento aire de Condesa de Rembrandt: una inmensa y blanca pluma de avestruz encajada en el pelo del temporal derecho, que ascendía audazmente, tramontando la abultada coronilla y describiendo una graciosísima curva por la izquierda, hasta el omóplato. Un detalle encantador se destacaba en este peregrino adorno: una tarjeta que colgaba de un hilillo de la misma pluma y oscilaba a la altura de la oreja. En ambas caras de la tarjeta se leía en caracteres rojos, muy claros, lo siguiente:

The biggest Ostrich plume

ever seen in California.

Size... 39 inches.

Price... \$190.00 gold

Este exquisito detalle era nuevo en los anales de la elegancia. Robleda se mascaba los bigotes endurecidos por el flujo catarral, y de sus ojos brotaba, de vez en cuando,

cuando alzaba la mirada, una chispa fogosa de orgullo de saber tan bella a la esposa de su corazón.

La del Cashier, aristócrata también, hacía menos ostentación de elegancia. La de Castañeta seguía ídem, algunas más, una docena, y luego la gente menuda: dependientes de la Negociación, muchachas empleadas en el Banco y la Tienda de la Compañía, y como cuarenta o cincuenta más, pero todas ellas, guapas, alegres, fuertes y robustas muchachas fronterizas con ganas de divertirse siempre, a toda costa. Los varones viejos y jóvenes abundaban más que las hembras, también con voluntad a toda prueba de divertirse y de bailar hasta con la de la pluma de avestruz.

Dieron las ocho p.m. El Cashier, abriéndose paso, ordenó ceremoniosamente al Jefe de Policía que abriera las puertas del salón, y después de secretarse con la orquesta, los músicos, ya prevenidos, con toda la fuerza de sus pulmones y sus dedos, emprendieron una ruidosa marcha. La concurrencia penetró al salón, con el Cashier y personas de respeto a la cabeza. Los muchachos guasonamente se apretaban en las puertas, al entrar, con las muchachas. ¡Ardor juvenil! Por fin, cada cual ocupó su asiento.

Nuestro querido Cashier se sentó al trono. A su derecha, se acomodó un joven yanqui, el preferido del Cashier, famoso por desaparecer veinticinco mil *dollars* de una Compañía minera de la que era Presidente, y una multitud de operarios, accionistas. Un señor irlandés ocupaba la derecha. Junto a él, estaba el Curita, quien se secretaba

con una ex joven literata de opulentas carnes, sentada a su sacro flanco. Más allá, las Sras. Robleda, del Cashier, de Castañeta, otras damas americanas, desdeñosas y descontentas de tener que codearse con las mex. Unas solteronas llamadas Rosas, y de complemento, los Sres. Ediles, en número de cinco, completaban el personal directivo. El resto del salón estaba lleno de respetables madres de caballeros yanquis, todos ellos *Knights*, los músicos, y la bullanguera juvenil, que ya en aquellos momentos aprovechaba cualquier motivo para armar borlote.

Concluyó la marcha. El Cashier se inclinó hacia un timbre. La ex joven literata de opulentas carnes se levantó y, acercándose al barandal del estrado, lanzó un discurso cuyo tema era la noble misión de los *Knights*. Celebró con entusiasmo rayano en delirio la demostración que allí se efectuaba: inaugurar, en un edificio de la Administración Pública, una Asociación destinada a defender la religión sacrosanta, divina, sublime y poética de nuestros nobles antepasados; elogió tan calurosamente al Curita que este se ruborizó hasta la tonsurada coronilla, a pesar de ser autóctono de pura sangre, y por esto, tener difícil la manifestación del rubor. El Cashier recibió también sus perfumadas flores, y también, acaso, se ruborizó. Por fin, concluyó la brillante pieza oratoria con un desenlace lleno de santa ira y furibunda indignación. Dijo la oradora que a pesar de la nueva aurora que lucía brillante y refulgente para la religión, y a pesar de la decidida protección de nuestras

autoridades por conservar el divino freno de esa misma religión en el hocico del pueblo, a pesar de los pesares, existía en México, en la misma Capital de nuestra idolatrada República, de nuestra libre y próspera Patria, existía, para abominación de propios y extraños, un “sinvergüenza”, un pillo, que era la condenación de nuestro país, que no tenía ningún derecho de vivir en este, nuestro adorado México... Allí se detuvo la oradora. Sólo el abogadazo Castro pudo entender que el pillo y el sinvergüenza podían ser don Juan A. Mateos o don Justo Sierra. Nosotros no salimos garantes sobre el particular. Concluyó la oradora, retirándose aplaudida y abrazada hasta el frenesí.

Quiso enseguida hablar el abogado Castro sobre las bodas de Camacho (tal vez sería don Sebastián), pero el Cashier no lo dejó. En cambio, tocó de nuevo la campanilla, y concedió el turno al telegrafista del lugar: un joven de maneras ostensiblemente afeminadas, que cantó con voz terriblemente nasal, acompañado al piano, una danza llamada “La Casita”. Cancioncita de amor, sencilla y significativa, que encuadraba divinamente con el carácter religioso de la fiesta, pues en esa cancioncita se promete a la novia llevarla al monte, donde los amantes se entregarán sin más testigos que Dios y el campo. ¡Lindo papel hacía representar a Dios el joven telegrafista! Llegó la hora solemne. El Cashier tocó la campanilla por tercera vez y, poniéndose todos en pie, comenzó a hablar. La emoción hacía que comprimera las palabras, con voz trémula:

—Pues, Señoras y Señores: Aquí... nos encontramos... nos encontramos... pues... reunidos... pues, porque debe inaugurarse este Palacio... No, digo... este salón, donde deben ser..., muy patriotas Señores..., los Señores “Municipios”... Pero, en fin. Como todo debe ir en orden..., pues entonces... inauguramos, con el favor de Dios..., la sociedad *Knights of Columbus*..., porque esta sociedad, pues... es para ayudar al Sr. Cura y... a Dios, dije. Y... bueno, yo les ruego... que sean siempre buenos católicos, apostólicos, romanos, y... bueno, ya está inaugurado todo, todo. He dicho. He dicho y...

El Cashier sudaba a chorros. Nunca las había pescado tan fuertes, pero el Espíritu, el Genio del Cristianismo, que inflamó a los mártires, soplabá en sus orejas, en aquellos momentos, con una ventolera de dos mil demonios, y esto lo volvía un héroe.

Luego que el Cashier “soltó” la palabra, el Maestro azotó furiosamente el aire con su bastón, a guisa de batuta, y los acordes marciales de nuestro glorioso himno nacional, el mismo que deleitó a s. a. Serenísima, nuestro gran Santa Anna, atronaron las paredes de la estancia y salieron por las ventanas como heraldos de la santa y noble idea que acababa de formarse en aquel momento, que debería ser imperecedero en las páginas de oro de nuestra historia. El Cura, aquel representante de Dios en el Mineral, con ademán hierático, se puso de pie, y alzando los brazos al cielo raso del salón de Cabildos, abrió los dedos de ambas

manos como abanicos, y lanzó sobre aquel conjunto de escogidos de Dios la bendición Papal. Todo era entusiasmo y alegría; los muchachos abrazaban a las muchachas; la Sra. Robleda se enjugaba las salobres lágrimas de sus ojos con los listones que adornaban su vestido, y al bajar y subir la altiva testa para disimular su emoción, la pluma se enderezaba gallardamente sobre aquella noble cabeza como una insignia de triunfadora gloria, y la tarjeta de los rótulos colorados bailaba sobre su oreja, agitada también por el santo entusiasmo de su dueña.

De nuevo, el Cashier tocó la campanilla. De entre un grupo de alegres chicos y chicas se desprendió una joven, vestida de blanco, ruborosa y semitímida. Un joven judío llamado Arnold (el menor) la seguía como caballero. Ambos subieron las gradas del estrado, y entonces se vio al Curita, diligente y galantemente coger un arpa que estaba en un rincón, y adelantarla hasta el lugar donde habría de tocarla la ruborosa joven. El joven judío concluyó por acomodar el arpa, y la joven, después de sentarse, colocó entre sus piernas aquel instrumento. La joven estaba guapa, pero se notaba en su fisonomía una sonrisa extraña y peregrina: en vez de elevar el labio superior al sonreír, bajaba el inferior, dejando la dentadura al descubierto. Ya se podrá imaginar el lector la extraña expresión de esta sonrisa, que no se movió de aquella cara. Esto no impidió que tocara una canción americana que se llamaba, según dijo, “Lágrimas tristes de una enamorada bajo la oscura sombra

de un viejo manzano”. En la faena se reventaron varias cuerdas, pero la canción concluyó con una nota prolongada, tan dolorida y llena de pasión sufriente, que todos se sintieron conmovidos hasta las entrañas. Fue nuestro Cashier quien lloró más tiernamente: aquella joven era su hija, y su educación le costaba ya alrededor de diez mil pesos, pagados a los colegios americanos (estos datos se recogieron de boca del Sr. abogado Castro): tenía razón de sobra el hombre. Sonriendo, con su extraña sonrisa, la joven hizo a un lado el arpa. El joven Arnold, con exquisita galantería, con dulces y apasionados cumplimientos le ofreció la mano para ayudarla a bajar los escalones del estrado. Al dulce apretón de mano que él disimuladamente le dio, ella correspondió con una elocuente mirada en que se leía todo un mundo de promesas, una de esas miradas llenas de femenina expresión que sólo saben usarse en *Southern California*.

Enseguida se puso de pie nuestro Cashier, entre los atronadores aplausos de la concurrencia, y con voz conmovida se dirigió a los *Knights*, la mayor parte americanos, confundidos con el resto de los asistentes:

—*Gentlemen: Do you promise, before God, our very, very... dear father... to be the... defenders of our sacred... religion?*

—*Yes, Sir! Yes, Sir!...*

—*You bet!...*

—*Sure!, sure!* —contestaron en distintos tonos los interpelados.

—*Well!, well!, that is all right!*— añadió el Cashier, satisfecho de su grande obra y de no tener que hablar más.

La concurrencia juvenil, impaciente por comenzar a bailar, se inquietaba y empezaba a armar alarmante guasa, pero la música, con formidable ruido de bajos y latones y explosiones de roncas armonías, lanzó repentinamente la marcha de Lohengrin.

La ardiente, la intrépida juventud no esperó más. Despejó violentamente el salón de asientos y adornos que podían embarazar el baile, y sin dar tiempo para que tomaran resuello los filarmónicos, obligaron a “romper” el baile. Era necesario, sin embargo, que la primera piezaailable fuera aún seria, de modo que el elemento respetable tomara parte, como era costumbre.

La orquesta, después del prelude, abrió fuego con un *two-steps* de compases como trancazos: no debía ser bailado sino marchado.

El Cashier invitó caravanescamente a la señora Robleda, tan arrogante y bella como nunca; le ofreció el brazo y la condujo al centro del salón. Detrás de ellos siguió Castañeta, con la esposa del Cashier; luego, el Doctor Tordillo con la literata; la mujer de Castañeta, por su parte, se colgaba del brazo del joven americano de los veinticinco mil *dollars*. Un joven doctor de cara rechoncha y bigotes chinescos daba el brazo a una viudita, y la hacía reír contándole historias de color subido, con el lenguaje y la entonación canallesca que usan los léperos

de Guadalajara, de donde era oriundo. Esta era su especialidad en cuestiones de galantería. Después, seguía el joven judío con la hija del Cashier; el telegrafista con una de las solteronas, y veinte o treinta parejas más, colocadas una tras otra, semejando una culebra que ondulaba caprichosamente. El Cashier rompió la marcha, y tras él, siguieron los demás. El buen hombre, como cabeza de aquella culebra, marchaba al compás de la música, describiendo las más imprevistas direcciones. La pluma blanca de su compañera ondulaba, erecta y nivea como estandarte triunfador: sobresalía entre todas las cabezas como pendón heráldico de su propia fuerza de mujer y la potente fuerza intelectual de su marido, el conspicuo abogado que, como apoderado de la compañía, representaba al capital, y por ende, al progreso, a la libertad, la civilidad, la tranquilidad y ¡la humanidad!... Todo esto acudía en aquel momento a la cabeza del Cashier, y a impulsos de ello, en un arranque de sentimental galantería, queriendo significar con una palabra la belleza de su pareja, y al mismo tiempo a su marido y su elegancia, le dio por nombre “la héroa de la Paz”. Este mote, que fue música celestial a los oídos de la Robleda, también hace palpitar de emocionante gratitud el corazón de quince millones de mexicanos, porque es el calificativo que le damos a nuestro querido Papá, que casi casi es también nuestra querida mamá, y resume, pudiera decirse, toda nuestra parentela. Bendito sea él, y Dios nos lo conserve por los siglos de los siglos.

CAPÍTULO 3

Todos seguían, pues, las evoluciones que marcaban el Cashier y la pluma blanca a la cabeza. Después de cinco minutos de ir en curva, en línea recta, en contramarcha, oblicuamente, etc., etc., los muchachos empezaron a aburrirse y protestar ruidosamente contra la marcha. Los viejos, que habían de ir, volver y tornar, se dispersaron, sin esperar a que la pieza terminara. Dejaron a la juventud dueña del campo, y continuó el *two-step* con el donaire especial y la delicadísima gracia que nos ha venido del Norte.

Amados lectores, ¿quieren ver el gesto que mejor caracterice la imbecilidad inexpresiva, la verdadera fisonomía de la estupidez? —Fíjense en el semblante de los que bailaban un *two-step*. Este fenómeno se explica, tal vez, porque toda la inteligencia se va en atender los pies, y la cabeza queda desalojada de su más noble facultad.

Cuando la juventud bailarina se apoderó del campo, los viejos se retiraron a formar el suyo aparte. Llegaron nuevos invitados.

Cuatro lindas dependientes de la tienda de la Compañía que habían llegado de Tucson hacía poco, y que tenían reputación de bailar con espiritual elegancia. Vestían con exquisito buen gusto; tres eran hermanas, morenas, con ese brillo especial en la mirada que denota el pasionalismo italiano. Eran oriundas efectivamente de la Campiña romana, venidas a América desde niñas, por quienes más de cuatro “gringuillos” se habían ya dado de *fighths* con los *greasers*. Se llamaban Marignano, y su padre era un viejo y

heroico soldado de Garibaldi que había llegado a Estados Unidos con su esposa a desempeñar un cargo consular. Venía a nuestra población de vez en cuando a ver a sus hijas, y tornaba a la ciudad fronteriza, del lado americano, donde vivía hacía muchos años.

Más tarde llegaron los esposos Álvarez, un matrimonio simpático: ella era una cubanita ligera, elegante y airosa. Cuerpo mignonado, fino y nervioso; una cabeza noble, coronada por una hermosa crencha rubia, peinada artísticamente; ojos verdes, ardientes y expresivos, nariz recta y firme; la boca, aunque insensiblemente grande, se llenaba de gracia al expresar verbalmente las ideas. El rasgo complementaba su belleza. Su nombre, Luisa, trascendía en ella como un ideal y suave perfume de lilas y jazmines, o evocaba el recuerdo de una pastorcita de Watteau. Aquella noche vestía un traje plissé gris-perla sencillo, de exquisito buen gusto.

Toda ella se movía en una atmósfera de simpatía tan atrayente, que nadie oponía resistencia. Educada en Europa, se expresaba con brillante corrección en francés; el inglés era su lengua materna, y el español brotaba de sus labios con la cadencia, gracia y tropical laxitud de las ardientes señoritas meridionales. El Sr. Álvarez, Enrique, como lo llamaban sus amigos, era un buen chico, de cuerpo bajo y robusto. No obstante, en su cara, la extrema amabilidad, la perenne sonrisa parecía encubrir más bien una debilidad de carácter. Era hijo de un antiguo diplomático

mexicano, y se había criado lleno de los mimos y de las mal entendidas delicadezas de la burguesía. Los defectos de los hijos de las familias ricas de México forzosamente afectaban su carácter. Falto de energía, de profunda debilidad moral ante la adversidad, siempre a la espera de la ayuda externa en los combates por la existencia.

Desde hacía seis años, su esposa lo había sostenido a lo largo de un periodo lleno de variantes más o menos desafortunadas, y el año anterior los dos habían comenzado a trabajar en la tienda, como dependientes, con un buen sueldo. Esperaban ahorrar lo bastante para mejorar su vida en un año, como más.

Junto a ellos, entraron algunas personas más. Entre ellas, dos americanas iguales, de edad indefinida, también dependientes de la tienda, que parecían viejas gemelas: secas, altas, duras de cara, de nariz larga, en la que se apoyaban los anteojos. Sus ojillos grises inquirían y registraban todo. Tenían los labios cerrados como con jareta, por lo fruncidos. Una de ellas se llamaba Priscila Brown y la otra, Lucy O'Neil. Se las tenía por rezadoras, y eran asiduas concurrentes de la Iglesia metodista. A todos sorprendió verlas ahí.

El baile se animó con este nuevo contingente. Las furiosas muestras de alegría con que fueron recibidos desagradaron a Luisa. Había presenciado aquellas manifestaciones grotescas desde su llegada al mineral, pero no podía acostumbrarse.

El Cashier se había refugiado de nuevo en el estrado con Castañeta, el Cura y el abogado. Abandonó por un momento a sus compañeros, y se dirigió a la Sra. Álvarez. La saludó con extrema cortesía.

—¡Ah! ¡Viejo verde! —dijo el lépero Castañeta— quién lo viera siempre tan serio y tan hipocritón. Miren ustedes cómo la chiquilla sí le llena el ojo. ¡Por San Pancho el de Magdalena! Si yo pudiera arrimármele, ¡jm!... —No dijo más, pero hizo un gesto tan canallescamente expresivo, que de los ojos siempre gachos de Robleda salió un chispazo de lujuria. El Curita sonrió beatíficamente.

Aunque Castañeta hablaba siempre amablemente con el Cashier, lo odiaba cordialmente, lo mismo que Robleda. Sólo la férula del Rey los obligaba a estar unidos. Tanto a Castañeta cuanto a Robleda les importaba poco la religión, y en el fondo, era grande su desagrado de estar allí. Mucho más contentos estarían en sus burdeles. Altos intereses, sin embargo, los obligaban a disciplinarse, a tascar por aquella noche el freno y resignarse. ¡Buenos estaban para andarse con aquellas zarandajas de los *Knights* y los *Columbus*!

El Cashier estrechó la mano de Luisa, y le rogó que se acercara a donde estaba su esposa, para hacer las presentaciones de rigor. Enrique Álvarez dejó a Luisa con la esposa del Cashier y se retiró a la sala de espera, donde varios americanos comentaban el suceso de aquella noche, y lo mezclaban con planes y combinaciones mineras.

Luisa se sentó junto a la mujer del Cashier, y se trabó luego en animada plática de vestidos, del baile, de los *Knights* y de la religión. A veces, el Cashier tomaba parte en la plática, sonriendo.

—No puede usted figurarse, Luisa, cómo tengo satisfecho mi corazón de cristiana con esto que acaba de pasar aquí. Tan necesario que es para la pureza de las costumbres profesar cualquier religión, pero, principalmente, la católica, que es tan sabia. ¿La he visto a usted en la Iglesia?

—Sí, Señora, aunque no vaya muy seguido. Siempre es grato para mí practicar algo.

—¡Oh! Yo y mi esposo estamos muy contentos con lo que acaba de pasar. Él me dice que los *Knights of Columbus* están extendidos por todo el mundo, y él cree que en la República van a echar hondas raíces. Tal vez, hasta el Sr. Presidente será algún día de los *Knights*. Mire usted, Luisita, yo creo que todo el mundo debe tener religión. La cuestión es que crea en algo.

—Señora —dijo Luisa—, lo que me parece extraño es que revuelvan estas fiestas profanas con la religión.

—Bueno —dijo el Cashier— eso es cuestión de gusto.

La esposa del Cashier se puso un poco seria por la observación, pero añadió.

—El Sr. Cura, con permiso del Ilmo. Sr. Obispo, está autorizado para que se celebren estas reuniones y, usted comprende, ellos saben mejor que nosotras de estas cosas.

—Señora —explicó Luisa, comprendiendo el disgusto de la Cashier— esto es nuevo para mí, pero en realidad es agradable y estoy contenta de que así sea.

—¿Dónde ha vivido usted antes? —le preguntó.

—He viajado mucho, Señora —dijo Luisa, con placer—. Muy joven, casi niña, estuve en Québec, en la Universidad. Tres años después, mi padre me mandó a París, donde estuve cuatro años. Fui muy feliz en esa época. En Inglaterra viví cinco años con una hermana de mi madre, que me quería con toda el alma. Puede usted creer que he sido muy feliz en mi vida. Mi tía Hattie, la hermana de mi madre, era la más dulce de las mujeres, y yo era su ídolo. Ahora, en estos tristes tiempos, cuando padezco, el recuerdo de los días dichosos me da fuerza para soportar los sombríos. También estuve en Italia, con mis padres. Tía Hattie no quería separarse de mí, y nos acompañó en ese viaje. No puedo explicarle a usted lo hermoso que es París. Fui tan feliz.

Hablaba enardecida por el recuerdo, con dúctil locuacidad. Sus ojos brillaban. La Cashier estaba pendiente de los labios de Luisa, y se sentía invadida por la simpatía que, como dominio, extendía sobre ella. El Cashier miraba a la muchacha con una expresión de tierno cariño que le había transformado el semblante. Podía llegar a ser un verdadero buen hombre, pero esta bondad efectiva, que solía presentarse de vez en cuando, se ahogaba en él por la pasión del *money maker*, que fríamente disipaba el inútil sentimiento del candor. Las delicadas facultades del

espíritu tienen que borrarse en las gentes de gobierno y de finanzas. En los primeros, la conmisericordia impediría que fusilaran sabrosa y periódicamente, y en las gentes de finanzas, la delicadeza los obligaría a la honradez, cosa estúpida en grado supremo.

—España —prosiguió Luisa— es la tierra de la vida novelesca. ¡Son tan amables las españolas, y tan francas, y hay tanta, tanta alegría, y tanta luz en aquella tierra! Yo quiero mucho a la gente española, la que habita en la Península: no a la que ha hecho sufrir tanto a Cuba. Me parece que las gentes a quienes traté en España son bien distintas de las que he conocido en mi País.

—Precisamente como son aquí los americanos. Vea usted, estos son burdos y mal educados, muy diferentes de los que uno conoce en Estados Unidos. Yo no sé por qué será. Tal vez se atonten luego que salen de su País —dijo la Cashier.

Luisa sonreía con agrado, pero el Cashier no era de ese parecer, porque cambió su expresión, y viendo a los bailarines, dijo:

—¿Ustedes no bailan?

—Hijo, ya estoy vieja para eso —le contestó su mujer.

—¿Usted ha viajado, Señora? —preguntó Luisa, procurando llevar la conversación por otro lado.

—¿Yo? Yo he vivido en Chihuahua, y conozco el Tucsón y Los Ángeles, pero me da dolor de cabeza cuando me encuentro entre mucha gente, y prefiero estar en mi casa, aquí, —contestó la interpelada.

La música seguía entretanto con los furiosos *two-steps*, y los bailarines ponían la cara de tontos al bailar. El entusiasmo iba in crescendo.

—¿Está usted contenta aquí? —preguntó la Cashier a Luisa.

—Usted comprende, Señora, tengo que aceptar mi situación. En lo que cabe estoy contenta. Se trabaja pesado, pero mi esposo y yo hemos ahorrado un poco, y es probable que en cuatro meses más nos vayamos a México, donde la familia de Enrique, que es de influencia, puede conseguir algo bueno para él.

—Es buen propósito —dijo el Cashier, notablemente preocupado.

—Diré a ustedes la verdad —dijo Luisa— estoy cansada de vivir en un medio social extraño para mí. Mire usted, señora, los dependientes, mis compañeros, tanto mexicanos como yanquis no son personas refinadas, y sobre todo... —no concluyó la frase, apenada.

—Yo, por mi parte, pienso lo contrario —dijo la Señora—, pues me parecen muy galantes y finos. Es verdad que algunas veces se atreven..., no diré que no, pero esto no tiene importancia. Además, son muy divertidos, y a veces son tan chistosos con sus historias...

Luisa sonrió, con ironía imperceptible, y luego siguió:

—Algo me desagrada, a veces, profundamente. Me pasa desde que estoy aquí. Es una sensación de miedo y de pena, que puede llegar a enfermarme. Algo como

un presentimiento, como desconfianza —al decir estas palabras, entrüsteció visiblemente—. ¿Cree usted en los presentimientos? —preguntó la Cashier.

Este se sobresaltó con la pregunta, y tartamudeó algunas palabras que indicaban que no tenía especial idea sobre el particular.

—Tonterías. Hace mucho tiempo que no exijo felicidad —continuó Luisa—, sin embargo, nunca me he sentido tan triste como aquí. Pasan por mí algunos días verdaderamente sombríos y deseo, ansío, cambiar esta situación.

La música seguía acompasando ferozmente ¡los melódicos *two-steps*!

En ese momento, pasaron frente a los conversadores las hermanas italianas, y las tres, simultáneamente, se inclinaron para besar cariñosamente a Luisa.

—La quieren a usted mucho, ¿verdad?

—Sí, son buenas amiguitas mías.

—Tuviera usted la bondad de decirme, ¿cuánto tiempo tiene usted de vivir en la República? —preguntó el Cashier.

—Unos cinco años, casi desde que me casé —contestó Luisa, un tanto extrañada por el modo del Cashier.

—Bueno, bueno, pero la cuestión es saber si usted es mexicana —el Cashier preguntaba con ansia, como impaciente por saber la contestación.

—Naturalmente. Mi marido es mexicano y yo también, porque tengo que seguir su nacionalidad.

—Pero su familia, la de usted, ¿es mexicana?

—No, Señor. Mi padre era francés, de ciudadanía americana, y mi madre, inglesa.

A Luisa le extrañó sobremanera aquel interrogatorio tan fuera de ocasión, pero no se detuvo a pensar sobre el particular, y por lo pronto no se preocupó por sacar deducciones de aquello. En cuanto al Cashier, como si hubiera ya concluido su negocio, pidió permiso para separarse de allí, y se dirigió a hablar con Castañeta.

Luisa se distrajo cuando la señora le preguntó si acostumbraba confesarse.

—Una vez al año.

—Será bueno que lo haga usted más seguido.

En ese momento, se acercó la hija del Cashier y, con su extraña sonrisa, dijo:

—Mamá, hazme favor de ver cómo está esta falda por detrás. Creo que se me ha roto —la joven venía del brazo del joven judío Arnold.

En el furor del *two-step* algunos broches de la falda se le habían caído. Luisa, diligentemente, compuso en un momento el desperfecto, y la joven siguió adelante, empeñada en el baile, y sonriendo, sonriendo...

La orquesta anunció un vals. El Doctor Tordillo se acercó al lugar que ocupaba Luisa, y la invitó a bailar. Ambos se lanzaron al torbellino del baile.

El Curita se había retirado, llevando en su evangélico corazón toda la sublime santidad de aquella noche, dulce como el beso de la mujer amada...

En otro extremo del salón, el Doctor de los bigotes chinescos junto con Arnold padre, el judío mayor, platicaba con algunas muchachas, entre ellas la viuda que ya conocemos, tres o cuatro solteras, y una respetable mamá llamada Doña Teodosia (Torosia le decían las gentes). Eran las dos de la mañana y el *lunch-champagne-whiskey* surtía sus efectos.

El Doctor de los bigotes chinescos contaba ahora chascarrillos capaces de ruborizar a Castañeta. Su voz era más aleperada, y aquello se traducía en carcajadas a todo trapo, lanzadas por el femenino corrillo. Doña Torosia, francota, corpulenta, ranchera y fronteriza, reía de un modo que hacía temblar la casa.

Hubo un momento de silencio, mientras se sorbía en pequeños tragos el champagne traído galantemente por Bigotes Chinescos. El Judío mayor hablaba en secreto con la viudita, como si le dijera palabras de amor (así hablaba siempre a todas ellas). La viuda no contestaba. Entonces se dirigió a ella en alta voz, con marcada modulación de marica:

—¡Ay!, ¡ay!, Güerita —así la llamaban sus amigas—, pero qué repugnantita se está haciendo usted, ¡válgame Dios!, eso ya pasa.

—¿Por qué?, Arnold. Dígame ¿por qué?

—Pos qué cree, que no me fijo en que ya no quiere decir palabra. ¡Está bueno! ¡Está bueno!

—Háblale, ¡por Dios!, Güera —dijo Doña Torosia—. Dile algo, aunque chulo, chulísimo.

—Eso dígaselo usted, doña Torosia —contestó la Güera.

—Y ¿por qué no se lo he de decir, pues? ¡Ay!, ¡ay!, ¡cómo es lindo!, ¡papasito lindo! —dijo la viejaza aquella, y al mismo tiempo le cogió la cabeza, lo atrajo hacia ella, y le chupó la boca en un espasmo salvaje y descarado de lujuria. Bigotes Chinescos lanzó una carcajada que era un alarido.

Doña Torosia chupaba la boca del judío, y repetía la operación. Luego le habló al oído, como queriendo decirle algo en secreto, pero que todo el mundo oía:

—Mira..., esta noche..., ¿sabes? Esta noche... vas, ¿eh? Yo te esperaré...

—El Judío se reía, y sus manos tocaban indecorosamente a la vieja, sin cuidarse de los demás, que reían gozando de aquel lascivo divertimento.

Los dos judíos Arnold habían llegado procedentes de la Sierra al Mineral. Al principio, no fueron aceptados, porque invirtieron en burdeles, y se asociaron comercialmente con mujeres que regentaban los establecimientos. Esto les dejó magníficos rendimientos, y el éxito abrió las puertas de esa buena sociedad. El Judío mayor era el capitalista en aquellos negocios, y los buenos miles de duros que se había ganado, y sus excepcionales aptitudes políticas, comenzaron a llamar la atención. Formaba ya parte del H. Ayuntamiento, y no tardaría el Rey, el Gobernador y el valiente militar Jefe de aquella Zona en fijar sus miradas en él, y elegirlo futuro Presidente Municipal del lugar, cuando el Cashier cumpliera su período, y fuera necesario,

con acatamiento de nuestras sabias leyes, elegir democráticamente a otro Presidente —justamente como cada cuatro años tenemos el gran placer de elegir y reelegir a nuestro adorado Presidente de la República. Exactamente el mismo, el mismo caso.

Ahora, la música tocaba unas cuadrillas, y dos filas laterales de bailarines se preparaban a desarrollar las evoluciones simbólicas del baile.

Todos hablaban en voz alta. El champagne, servido a pasto, abrillantaba los ojos, y las miradas lujuriosas de los bailarines penetraban en las bailarinas hasta no sé dónde...

Los Álvarez y el Cashier se habían retirado, escandalizados de los que allí pasaba, a pesar del sincero placer que debía causarle al Cashier el triunfo de su obra.

De vez en cuando, se escuchaban gritos salvajes, lanzados por los bailarines y coreados alegremente por las muchachas.

La música de las cuadrillas y las evoluciones de su danza dan idea de un rito primitivo, por más que se lo quiera pasar por caballeresco, y, naturalmente, las gentes se vuelven igualmente primitivas al bailar. Al ejecutar las marchas, los bailarines se apretaban las manos libremente, y algunos aprovechaban el tiempo esperando a su pareja para estrecharla con toda efusión y fuego.

Un muchacho que bailaba con una chiquilla de quince años había logrado que su pareja lo besara. Primero, disimuladamente; después, prolongada, descuidadamente,

chupándose lascivamente hasta fatigar los labios por el esfuerzo de la succión.

Castañeta se había reunido con su cónyuge, y le hablaba, enardecido lúbricamente por los recuerdos de la práctica de sus mutuos amores, en sus tiempos juveniles. Ella le pegaba de vez en cuando en la cara con su abanico.

Una de las solteronas Rosas se acercó a ellos: una jamona alta, de abultados senos, que miraba de un modo asaz provocativo.

—¡Allí viene la Chole! Vieja, mírala, parece toro en plaza. ¡Ah!, ¡hija! Si vieras pa lo que me cuadras.

—¿Pa qué?, tío.

—Mira, se lo voy a decir a la Vieja, y ella que te lo diga.

—Vamos a ver —dijo Chole.

Castañeta habló a la vieja en secreto. Metía al mismo tiempo las manos entre sus propias piernas, las restregaba pícaramente. A la Vieja le brillaban los ojos con lujuriosa malicia.

—No. No se lo digo —exclamó la Vieja, luego de oír el secreto.

—Sí, tía. Dígamelo —suplicó, con fingida y traviesa ansiedad, la jamona.

—A ver, arrímate, pues —le habló al oído durante un momento, con cuidado de cubrirse las caras con el abanico abierto. Inspirada en la misma picardía del viejo, la muchacha dijo:

—¿Eso? Eso quisiera usted, pero ya no puede, ya no puede. Újule —y se reía con todas sus ganas.

—¡Anda!, ¡anda!, ¡bribona! Si quieres hacemos la prueba, y verás... ¿Te gusta?

La muchacha rió más todavía. El viejo se había puesto de pie, y se repegaba desvergonzadamente a la muchacha, a quien hacía mucha gracia aquello, y procuraba unirse más estrechamente, a su vez, al viejo.

—¡Erria!, ¡viejo lépero! —le dijo su mujer, y lo iba a sacar de ahí cuando pasó el abogado Castro, ya bien repleto de champagne, de lunch, de whiskey, de bacanora, etc., etc.

—¡Guajay! ¡Guajay! ¡Ándale, Castañeta!, ¡métele al menudo, que ya se acaba! —le gritó con todas las fuerzas del gaznate.

A Castañeta no le gustó el dicho del abogado, y le contestó con una grosera insolencia, que hizo reír aún más a Castro. Con todo, se retiró prudentemente, por temor a las “trompadas” del Juez.

Los músicos soplaban bárbaramente los *two-steps*. Ahora, sin embargo, ya no se bailaban al estilo americano, sino que adoptaban la cadencia furiosa, unas veces, y otras llenas de languidez, de los bailes árabes.



Repentinamente, entre la algazara general, que había llegado al paroxismo, se escuchó una bofetada, seguida de un

grito femenino de dolor. Se comprendía que la cachetada había sido “bien dada”. El baile y la música se detuvieron, y se formó un corro alrededor de un joven de veinticinco y una muchacha como de veinte, de una delgadez rayana en raquitismo, que lloraba amargamente, y se cubría con el pañuelo el carrillo izquierdo, enrojecido por la cachetada que tan sonoramente se había escuchado. Frente a ellos, un muchacho como de veintidós años, robusto, de cara bestial, contraía furiosamente el entrecejo: había “pegado” la bofetada a la muchacha, su novia, por bailar con otro. El agresor se llamaba Pablo Rubín y era hijo del Comisario de Policía del Mineral. El corro se había formado en torno a estas tres personas. Todos hablaban a la vez, aturcidos, de lo que había pasado. El padre de la muchacha también estaba allí, sin embargo, por temor al comisario, nadie se atrevía a señalar al miserable, y todos fingían demencia. El padre de aquel bribonzuelo también estaba allí: gordo, con cara de asno, que hablaba antes de que su cerebro concibiera las palabras. Preguntaba también qué había pasado, fingiéndose más estúpido de lo que era en realidad.

—¿Quééééé... paaaaaasa? ¿Qué haaaaaa pasaaaaado?
—preguntaba. Naturalmente, nadie contestaba, porque era innecesario hacerlo. Luego, se dirigió al muchacho:

—¿Qué haaaaaa pasaaado, pues, Pabliiito?

—¡Qué importa!, ¡viejo vaina! – le contestó el “macho” aquel, poseído del más profundo y filial respeto.

El furor embargaba todavía al muchacho, cuando un americano de los bailadores se acercó al corrillo y se informó rápidamente de lo que había pasado. Sin esperar más, agarró brutalmente al Pabliiito por el pescuezo. Lo obligó a agachar la cabeza, lo empujó bárbaramente de un puntapié que le atizó por la trasera, lo arrastró fuera, cruzando toda el salón, con mano férrea. Todos callaron. El padre abrió el hocico para decir algo, pero se le cruzó el bozal. El bailarín americano lanzó a Pablito al suelo en el vestíbulo de la escalera; se levantó, y pronunció entre dientes un *God damn*. El yanqui, agarrándolo de los cabellos, le dijo en inglés:

—*Get away, and if you don't keep your words to yourself, I will break your head. Understand? Damn bastard!*

Pablito bajó la escalera acobardado.

Así, la inauguración del Salón de Cabildos y de la noble y caballeresca y cristiana asociación de los *Knights of Columbus* quedó cerrada con broche de oro.

CAPÍTULO 4

Por demás está decir que la brillante acción del “gringo” no tuvo consecuencia alguna, como podía temerse del exmo. Sr. Comisario, padre de Pablito, y del atentado a la divinidad de su familia. Nuestras respetables autoridades rinden pleitesía a los puños fuertes y los caracteres decididos. De esto se deriva que la mayor parte de las veces un asunto se arregle mejor pateando la venerable personalidad de un Señor Gobernador o de cualquier Jefecillo Político, que procurando obtener la justicia. No aconsejamos a nadie que emplee esta clase de recursos, porque hay otros más elocuentes todavía: tocar la delicadísima sensibilidad de

nuestras autoridades por el dinero. Sufren esta sensibilidad tanto el Viejo Ídolo que administra la felicidad de los dichosos mexicanos cuanto el último policía que se vende por una copa de mezcal. Todos conocen la galantería de nuestro valeroso, glorioso, anticuado y senil Cacique hacia los millonarios: los idolatra, los ama con entrañable y profunda pasión. En cambio, a los proletarios los quiere tanto, tanto, que los despacha a gozar de su Divina Majestad, cuando tiene oportunidad. Qué grande es la felicidad que embarga al autor de esta novela al escribir sobre estas cuestiones tan sublimes, tan llenas de honda ternura. ¡Oh, Dios de los Ejércitos!, conserva, conserva muchos años a nuestro viejecito querido y amado.



Se recordará la presencia de Priscila Brown y de Lucy O'Neil entre los asistentes al baile. Poco tiempo permanecieron allí. Cruzaron pocas palabras con algunos invitados. El Cashier les dirigió algunas atenciones, y las invitó a tomar una copa de champagne. Dos veces hablaron con Luisa. Se fijaron en ella con marcada atención. Luisa contestaba sus preguntas con una delicadeza no exenta de ironía, y ellas, después de hablar con ella, se secreteaban. Priscila elogió en algún momento el traje que Luisa llevaba aquella noche, y le preguntó si tenía más vestidos como ese.

—Sí —contestó Luisa.

—¡Oh! Usted debe tener también preciosas alhajas.

—Vean ustedes las que traigo puestas. Me agradan mucho las alhajas, y estaría contenta si tuviera más.

Luisa se acercó para que pudieran ver de cerca las magníficas “dormilonas” que pendían de sus orejas.

—Son recuerdos de mi madre. Creo que deben tener más de trescientos años en la familia.

Luisa daba detalles sobre la procedencia de las piedras preciosas con ese afán característico de la feminidad.

Las tías se retiraron al término del baile, y se despidieron sólo de Luisa, escandalizadas en su fanatismo protestante por lo que pasaba allí.



Al día siguiente, que era domingo, todo el mundo se dedicó al descanso. Luisa llegó a la casita de madera que ocupaba con su esposo, pero antes de acostarse, se preparó un poco de té, para reponerse de la velada. Sentía un cansancio extraño de la vida, desde que regresó del baile aquella noche. Ahora, se acentuaba.

A los pocos minutos, Enrique dormía profundamente, y su respiración acompasada y tranquila hacía más notable la quietud que rodeaba a Luisa. El hervor del agua en la tetera débilmente interrumpía el silencio o la rítmica respiración de Enrique. La luz de la madrugada se debatía tenuemente con las brumas de la noche, que imperaban

todavía sobre las cosas. Penetraba un oscuro claror a través de las vidrieras de la estancia. Luisa se había despojado del vestido y llevaba una camisa de noche sencillamente adornada con encajes. A la luz de la lamparilla de alcohol en que se calentaba la tetera, su cuerpecillo nervioso y fino traslucía el color rosado de la carne, llena de intensa vida. La ropa se plegaba sobre su piel como una vestimenta escultural. Su pelo caía ondulando por la espalda, y en su despejada frente formaba una onda que agudizaba, con su sombra, la luz de sus ojos verdes, grandes y expresivos... Sentada junto a una mesita de laca chinesca, cuidaba distraídamente la cocción de la bebida.

El entrecejo contraído y la vaga inmovilidad de su mirada delataban la acción de un pensamiento doloroso y tenaz. En su cerebro, pugnaba por tomar forma una idea que germinaba en miedo, en temor indefinido, todavía inconexo. Hacía esfuerzos inconscientes para darle forma exacta, perceptible y cierta. Parecía, sin embargo, que en las tinieblas en que se esfumaba apenas, vibraban también otras ideas, igualmente embrionarias, y en las que la palabra palpitaba con mísera energía. Trataba de darles el ropaje concreto de una forma sensible y determinada, pero el esfuerzo vano e involuntariamente contrario volvía a disolverlas en indecisas sombras.

En un momento, un enfriamiento tocó su corazón (más sensible que el tubo nervioso). El miedo penetró como una ráfaga precursora de desgracias. Se sintió débil, con

infantil, femenina debilidad. Echó sobre su marido una mirada implorante de auxilio, ante el presentimiento de un peligro adivinado, desconocido, y al verlo en el abandono de su sueño, laxo, sin nervio y casi sin alma, vio también su pasado marital. Unida a aquel hombre débil había tenido que resistir ella sola, por los dos, todas las contrariedades de la existencia, levantándolo siempre, soportando ella el peso de la irresolución de su marido, animándolo en su titubeo, cargando con la responsabilidad a cuestas, cuando él sufría los fracasos naturales y consecuentes de su enferma idiosincrasia. Ahora se vio sola ante aquella sombra funesta que apretaba su corazón. Se vio más sola que nunca. Se sintió abandonada. Sus brazos cayeron flojamente en los brazos de la silla; su cabeza se inclinó abatida, y la sombra del dolor que presentía, se intensificó en su pecho, que se dilató con pesadumbre. De su garganta escapó un sollozo, que empujó dos lágrimas en sus ojos...

El primer rayo de sol penetró por la vidriera. Disipó las brumas de la madrugada, y puso en vibración la vitalidad adormecida por la noche, que renacía en la madre tierra al calor que se extendía por todas partes e invadía las cosas suavemente, haciéndolas desperezarse.

Luisa apuró el té, corrió las cortinillas de la ventana, ocupó su lugar en el lecho y abandonó el cuerpo al cansancio y el alma a la reparadora inercia.

La casita en que vivían Luisa y Enrique estaba compuesta de dos piezas de madera. Una servía de recámara y la otra se utilizaba como cocina y era también donde guardaban los baúles, la ropa de lavar y una multitud de objetos de escasa utilidad. Esta pieza le servía a Luisa para lavar la ropa, cuando salía de su quehacer. Por lo regular, hacía el desayuno y la cena, y comían, al mediodía, en una fonda.

Recibían a las visitas de total confianza en la recámara. Apenas había espacio para sentarse. La cama, de encino, ocupaba casi todo el espacio. Las almohadas tenían cubiertas de encaje y el cubrecama de algodón, artísticos dibujos “renacimiento”.

A un lado de la puerta, unas cortinas de cretona disimulaban el guardarropa. En una pequeña repisa se guardaban los boletos que servían para comprar la leche, la carne y los demás comestibles. Todo esto arreglado minuciosamente, como en las mil naderías que adornaban las paredes de la estancia. Una tabla angosta, a guisa de consola, corría a lo largo de la pared. En armónico pendant, pequeños bibelots chinoscos que representaban graciosos y barrigones Budas ahí se colocaban. Mandarines microscópicos, de ojillos alegres y rasgados, iluminaban sus carillas con una sonrisa de felicidad perenne, enigmática y beatífica. A su lado, unos bebés de cabecillas redondas, rosadas, casi calvas, con un flequillo de pelo rígido, curvado sobre la frente, de rostros radiantes de alegría infantil.

Un caballero celestial, de anteojos circulares, de bonete adornado con una pluma de pavo real, sostenía en la mano un abanico de nacarados colorines, y se inclinaba en ceremoniosa reverencia ante una damisela también de sombrilla. Había un espejo ovalado, de tocador. En el marco, se enroscaba un Dragón. Abría sus mandíbulas, y del fondo de su garganta infernal dejaba escapar el hálito magnético de las serpientes. Seguía un híbrido conjunto de personajes: un mosquetero de porcelana, de formidable chambergo, que miraba petulante, con las puntas del bigote apuntando hacia arriba. Un Samurai de piernas robustas como las de un buey. Frente a él, dos pastorcitas Luis xv, con sus cabecillas inclinadas coquetamente a un lado. Seguía una jarra, con una onda marina y el relieve de una sirena art-nouveau. Había copias de pintores célebres. Una virgen de Murillo. Un *Worn-out* de Tom Feed, lleno de inmensa tristeza, que pintaba la siguiente escena: un pobre viejo bohemio, fatigado de tocar su violín por las calles, llegaba a su mísera buhardilla, cenaba una parca pitanza y acostaba a su nietecita en el frío camaranchón. Dejaba a los ratones la tarea de limpiar su escudilla. Se echaba finalmente en un sillón desvencijado. En el rostro arrugado, gastado por el hambre, envejecido y curtido por el eterno infortunio, ostentaba el desánimo. La chiquilla dormía profundamente, de la mano del viejo, que estrechaba con todas sus fuerzas, con la pasión egoísta de una vida que empieza, que pide imperiosamente energía a una vida que acaba, que se va...

Sobre el dorado crepúsculo, se destacaban los aldeanos del Angelus de Millet. Una preciosa acuarela de Ramos Martínez representaba la torre ruinosa de una Iglesia. Su brillante colorido, y la rica y poderosa variedad de sus matices, radiaba imperiosamente, llenos de vida.

Un zarape del Saltillo de brillantes colores en rombos y cuadrilongos servía de porter. Una lámpara pendía del cielo. Una enorme sombrilla chinesca también, casi cubría la cama.

Había rincones donde un par de duendes, en compañía de Puck, podrían planear sus travesuras. Un divancito, al lado de la ventana, debía servir para que dialogaran sus románticos amores el Caballero Jazmín y la Princesa Rosalía. En la tapa de una cajita japonesa nevaba el Fujiyama. Los brazos dislocados de Polichinela pendía de una cortina. En una rinconera, enmarcado en metal, el padre de Enrique miraba desde un retrato, adusto, de cara morena. La madre de Luisa figuraba en otro. La belleza se detallaba en sus líneas, dibujando una expresión de bondadosa altivez y de sólida fuerza. Algunos retratos de familia y amigos se intercalaban con cuadrillos o juguetes.

El piso estaba cubierto con deshechos de alfombras, combinados con tal esmero en sus uniones, que formaban un artístico conjunto.

En todo se notaba un alma femenina superior. La delicada configuración de tantos objetos, el ritmo del colorido y las proporciones, hacía brotar del conjunto una vibración

luminosa, como un caleidoscopio que impresionaba halagadoramente la vista...

La otra pieza, como hemos dicho, servía para guardar la ropa y lavarla. Dos grandes baúles, dos cajas de madera y dos o tres sillas, con un lavadero de metal y una estufa completaban la existencia.



Serían las once de la mañana cuando Luisa despertó. Perduraba un dejo de tristeza. Con las brumas del sueño disipadas, sin embargo, se sintió en buena calma, y saltó ligera del lecho. Un rato después, los dos comían en la mesa de la pieza interior, y ella se entregaba ya a una de sus charlas risueñas, infantiles, en las que, de vez en cuando, brillaban pensamientos llenos de luz o brotaba alguna frase chispeante.

Enrique bostezaba todavía, y escuchaba maquinalmente a Luisa, sin poner demasiada atención ni en sus palabras ni en los gratos mimos que le prodigaba, costumbre que surgía de su necesidad de querer, de vivir enamorada.

—Sí, ¡hombre! Todavía los amigos de tu papá tienen buena intención de ayudarte, y te ayudarán. No lo dudes.

—Bueno, y mientras consigo lo que quieres, ¿qué hacemos?

—Nos iremos a México. Con lo que tenemos ahorrado podemos vivir cuatro o seis meses, considerando lo que

tienes que darle a tu mamá. Yo entretanto puedo trabajar. En ese tiempo, estoy segura, conseguirás un empleo consular, no importa dónde: será un magnífico principio.

—Tú crees que todo es muy fácil, que sólo con pedir empleo se consigue —dijo Enrique con fastidio.

—Por Dios, Enrique, siempre que nos esforzamos para mejorar te llenas de desconfianza, y sin embargo, no nos ha ido mal. Yo tengo la seguridad de que al pedirle una posición a don Ignacio (se refería al viejo Ministro, amigo del padre de Enrique), te la dará, será cuestión de algún tiempo, pero te la dará, estoy segura. Mira —añadió mimosamente— podemos irnos a América del Sur, a Argentina. Tengo tantos deseos de conocer esos países, dicen que allá quieren mucho a los mexicanos. Allí será el comienzo de tu carrera. ¿Ya ves?, yo puedo ayudarte. ¡Oh!, si fueras Cónsul, yo arreglaría nuestros asuntos diplomáticos perfectamente, a consciencia. Sr. Álvarez, estudiaré Derecho Internacional, y hasta volapuk, para dejar contento al Sr. Ministro con nuestras funciones consulares. ¿Qué le parece a Usted, Excelencia?, ¿Sr. Embajador de la República Mexicana?

—No seas tonta. Sueñas sin sentido práctico.

—Mira, hijo, es bastante práctico trabajar once horas diarias, ganar lo que ganamos y vivir entre la gente con la que vivimos. Mis sueños podrían ser realidad con que tú pongas algo de voluntad.

—Anda, anda. Déjame ir.

—¡Enrique!, Quédate mejor a platicar. ¿Qué?, ¿no estás contento conmigo? Oye, anoche estuve bastante triste, y no quiero que me dejes sola. Todos están yendo a un juego de pelota, pero tú puedes pasarla aquí, o podemos ir a dar una vuelta juntos. ¿Te parece? Echaremos un paseo a las lomas. Oye, quiero decirte una cosa. Ya no quiero volver a los bailes que dan aquí. Es horrible. ¿Te fijaste en todo lo que pasaba anoche?

—Bien sabes que si vamos a esos bailes no es por gusto, sino porque fue el Cashier quien me invitó, y se empeñó en que fuéramos.

—¿El Cashier? Anoche me desagradó como no puedes figurarte ese viejo hipócrita. En compañía de ese Juez y de ese otro sucio Licenciado, o no sé qué, mortifican a las gentes del pueblo. Creo que el Manager prohibió a los comerciantes ambulantes vender en las calles, y ahora es necesario que le pidan permiso. No es buena gente ninguno de ellos.

—Más vale que te calles.

—Bueno, Enrique. Vámonos de aquí. Ya no quiero vivir aquí. Algo nos va a pasar. Estoy a disgusto. Déjame sola, pues, si te quieres ir. Hasta me parece que estoy enferma. Déjame sola —dijo, casi llorando—. Si pudiéramos irnos de aquí mañana, hoy mismo —en la cara dejaba ver la pena que le amargaba el corazón.

—Luisa, ¿qué tienes? No seas tonta. Estás nerviosa por la desvelada.

A Enrique le fastidiaba la sensibilidad de su mujer. Esta sensibilidad, sin embargo, podía convertirse en energía varonil cuando llegaban los tiempos duros. A veces, era brusco con ella. Procuraba mantener cierta distancia. Luisa convertía su fortaleza en voluntaria esclavitud. Sentía la necesidad de dar su energía al hombre con el que caminaba por este mundo por obra del destino. Enrique vivía engañado, creyendo en la firmeza de su propia voluntad, y Luisa de buena fe se creía inferior a él, y lo obedecía. Seguía su orden en lo que consideraba bueno, porque así debía ser, y en lo que consideraba malo: así cumplía su deseo de creer que su marido era fuerte en voluntad y en capacidad de intelecto. Si no vivía contenta, cuando menos soportaba su yugo: su alma estaba hecha para la lucha, y esa lucha era de abnegación y sacrificio, al aceptar, a cada momento, la falsa situación de su mentida inferioridad.

Enrique no disimulaba la intención de marcharse, y Luisa se obcecaba en detenerlo. Algo bullía en su cerebro. Repentinamente comprendió su deseo de explicarse.

—Sabes —empezó, un poco indecisa—, es muy extraña la conducta de Mr. Hitt, el Jefe de la Tienda. Antes no era tan amable conmigo. Oye, Enrique —siguió bromeando— te tienes que poner celoso. Mr. Hitt está de lo más galante. Ayer en la mañana me llamó a su despacho, y estuvimos charlando más de una hora. Su conversación no tuvo más objeto que hacerme reír. Cómo hubiera deseado que estuvieras ahí.

—Mr. Hitt es un buen hombre —dijo maquinalmente— yo lo estimo como buen amigo. También estuve charlando con él. Ayer me dio a entender que me subirá el sueldo. Por eso precisamente me parece una tontería que nos vayamos. Aquí podemos seguir, hacer algo de provecho.

—Antes Mr. Hitt era bien duro con los dos, como con todos. Nunca ha ocultado el desprecio que siente por nosotros, y nunca tuvo empacho en decirnos que todos los mexicanos somos ladrones. De pronto cambió de parecer, y ahora es un dulce.

—Creo que esto obedece a que nos considera diferentes a los demás. ¿Qué intenciones crees que tenga? Yo creo en su sincera estimación. Yo le ayudé a poner en claro sus cuentas, y no creas que está limpio enteramente. Hay partidas que no podría justificar.

—Yo sé —dijo ella—. ¿Sabes lo que vimos yo y una de las Marignano? Hitt mandó sacar partidas grandes de mercancías que vende clandestinamente a los comerciantes del mineral. Yo creo que ha sacado miles de pesos, y se lo queda él. No te quepa duda.

—Mira, Luisa, más vale que no te metas en esos asuntos. Si te metes en esos asuntos, me voy a disgustar. Eres tonta, tonta de remate.

Luisa conocía estas genialidades de su marido, y la tenían sin cuidado. Esta conversación, no obstante, la había dejado pensativa. Había despertado nuevas ideas que hasta entonces se le escapaban. Se volvió con energía a Enrique, y le dijo:

CAPÍTULO 5

—No sé cómo explicarme la galantería de Hitt. Desde hace ocho días que me obsequia diariamente cosas, telas para vestidos o regalitos. Antes no era así. No me agradan sus regalos.

—Bueno, ¿qué me quieres decir con eso? —dijo Enrique, molesto.

—Nada. Yo no quería aceptar nada de eso, para evitar habladurías, pero él te pidió permiso para hacerme esos obsequios, y tú aceptaste. Creo que mejor no hubieras aceptado.

—Decididamente, Luisa, estás más tonta que nunca. Nosotros no somos ricos, y debemos gratitud a aquellos de quienes dependemos. Yo también he aceptado esos regalos más por consecuencia que por otra cosa. De ahora en adelante, no recibas nada. Creo que es lo mejor.

—No. No me gustan nada estas gentes. Ojalá estuviéramos muy lejos.

—¿Otra vez con tus historias? Hasta luego. —Enrique salió bruscamente, sin hacer más caso a Luisa.

Se quedó pensativa. En su pecho se agitaba cierto espíritu de rebelión contra aquella insensibilidad de su marido y su indiferencia respecto a los derechos sobre los que se basaban esas cortesías, que ninguna mujer resigna, porque no pueden modificar la imbécil brutalidad del hombre, brutalidad vana, inútil y cruel contra la compañera de la existencia, la creadora del placer, la noble, santa, buena y fuerte reproductora de la materia, del espíritu y de la inteligencia humanas.

¿Cómo fue aquello? Todo el mundo se formaba miles de conjeturas, y en la diversidad de pareceres, cada quien estaba seguro de tener razón, aunque cada uno procuraba dejar su opinión en la oscuridad, como deseando que la cuestión permaneciera indeterminada, y que los acontecimientos posteriores definieran más bien la opinión de alguien más poderoso que la generalidad. Había, sin embargo, algo en lo que todos estaban de acuerdo: aunque la manera de proceder había sido brutal y salvaje, la Compañía estaba en su derecho, y la Autoridad obraba dentro de la esfera de acción que marcaba su deber, es decir: La Ley.

Indudablemente que el Rey tenía razón. Jamás se había equivocado en sus grandes combinaciones financieras, como empresario. Era imposible, ¡por supuesto que era imposible! que en aquella simpleza se equivocara. Había algunos que tenían la criminal audacia de vacilar en darle la razón al Rey. Sin embargo, convenían, al fin, en que era necesario esperar a que las cosas se aclararan. ¿Qué?, al cabo la cárcel no se come a nadie, ¿y entonces?... entonces, tal vez... Sin embargo..., debía ser lo más probable, que S. M. El Magnate tuviera la razón y, si no la tenía, ellos no podían componer el mundo. Y que cada cual se las arregle como pueda... ¡Oh!, ¡Filosofía!

Exceptuando a la población trabajadora, que todo el tiempo tenía que vivir en el fondo de las minas o quemándose en las fundiciones, todos se ocupaban con calor, a pesar de todo, de lo que pasaba desde hacía tres días y, como hemos visto, casi podía afirmarse que la opinión, cualquiera que fuera el asunto, estaba como siempre del lado del Rey. No había un perfecto conocimiento de lo que sucedía ni de lo que se trataba. Era más bien que bajo la influencia de la sincera, profunda, simpática e incondicional veneración que a unos inspiraba el Soberano, y en los demás, el santo y saludable terror, todos estaban conformes en que lo que hacía, estaba bien hecho, aunque se tratara de haberle cortado sus blancas y milenarias barbas al Padre Eterno. Sobre todo, con esto último, hasta el Curita estaba contento.

El caso era este: El Manager, Ojos de Perro, se había presentado al Juzgado hacía unos seis días, y había formulado, con las salvedades y protestas de ley, una acusación criminal por el delito de robo, cometido en bienes de la Compañía, de la que era Gerente general, contra los llamados Enrique Álvarez, María Luisa Leblanc de Álvarez, y Leona, Mercy y Annie, todas de apellido Marignano. El robo lo hacía consistir en objetos y dinero sustraídos de la Tienda de raya de la Compañía.

La acusación era verbal, y tan lacónica como se deja escrita.

El Juez Castañeta, antes de dar paso alguno que pudiera comprometer a la Justicia, que tan dignamente representaba, quiso, primero, practicar todas aquellas diligencias, averiguaciones y desahogo de pruebas que todo caso criminal debe poner tan claro como la luz del día. Tres días bastaron para que se hiciera cargo de la situación. Tres días son corto plazo para un hombre que tuviera, como Castañeta, larga, amplísima experiencia en encontrar el fondo criminal, y el crimen mismo en cualquier asunto. Por desgracia, como él decía, porque Castañeta era un hombre de corazón, casi podía darse por probado el delito y por confesos a Enrique y a las ladronas, y con el dolor en el alma, y cumpliendo el duro deber que la inflexible ley le imponía, tuvo que decretar la detención o prisión preventiva de los inculpados. Es de veras triste para un hombre como Castañeta, y para la absoluta mayoría de los

honorables Jueces de nuestro País (porque, en general, los Jueces mexicanos son hombres de grandes facultades, de honor y sensibilidad, lo que me complace, lector, espontáneamente confesar, pues conozco de cerca el asunto: el que estas líneas escribe fue Juez en algún tiempo)... ¿es de veras triste para un hombre así verse obligado por la ley? Sí. Indudablemente es triste, por la ley, tener que ser tan duros con los criminales. Pero, sin esta forzosa dureza, ¿qué sería de las sociedades? Para Castañeta era terrible dilema ser él mismo culpable, siendo sensible, o quedar como prototipo del honor, como Juez, al castigar, como se debía, a aquel criminal y aquellas ladronas.

Tres días tardó en llenar las formalidades necesarias, y tres días hacía que los delincuentes se encontraban incomunicados. La población entera se preocupaba, como hemos dicho, del asunto. Se interrogaba al Cashier, que casi estaba enfermo y no decía palabra. ¿El Juez?, menos. ¿Robleda? No daba luz. Sin embargo, muchos habían visto cuando el Jefe de la Policía se presentó, por la mañana, con veinte subalternos, con la energía particular en él, con fuerza y dureza, para aprender a los Álvarez y las Marignano. A ellas se las encerró en un edificio de la compañía, con un centinela de vista cada una, en distintos compartimentos, bien aseguradas, y a él se lo encalabozó en la cárcel municipal, perfectamente incomunicado, según los ritos legales. El Cashier, hombre de corazón, a quien de veras dolía lo que pasaba, tuvo una delicadeza: condujo a Enrique en su *buggy*, de la Tienda, donde fue apresado, a la cárcel.

El mismo día de la aprehensión, muchas personas presenciaron que tres mozos americanos de la Tienda, al medio día, habían abierto la puerta de la casita de los Álvarez, valiéndose de tenazas y punzones, y poco después vieron también al Manager entrar a la casita, y salir sólo dos horas más tarde, durante las cuales se oyeron martillazos, rotura de tablas, rechinos de cerraduras y platos que se rompían. Estos testigos vieron a los mozos salir cargados con dos grandes sacos llenos de ropa, que echaron a un carro, y conducirse entonces a la Tienda. Dejaron, por otro lado, la casita cerrada con candado, porque la cerradura primitiva había quedado inútil tras su violación.

Respecto a la averiguación criminal, permanecía prudentemente en el secreto del Juzgado. Formalidad necesaria: de ser pública, podrían verla quienes se interesaban por los reos, con riesgo de perjudicar la inquisición judicial, y de que los criminales tuvieran oportunidad de engañar a la soberana, única y firme Justicia. No dejaremos nunca de alabar ésta tan sabia legislación de nuestro País, tanto más loable, cuanto que en manos tan honorables como las de un Castañeta está su impartición. A propósito, recordamos que el sabio y honrado Vicepresidente de la República, que para nuestra dicha es un gran legislador, vio nacer el Código Penal del Estado como su autor. El Señor Vicepresidente nunca ha sido abogado, pero ahí está la gracia, compadre: que un hombre sin saber ni entender

sea quien encuaderne Códigos tan sabios como los del tal Estado. Ese Código tiene una cosa primorosa: prohíbe a los presos conocer su causa, hasta que los Castañetas del mundo hayan arreglado “el pastel”. Desde el fondo de nuestro corazón mandamos palmas y cigarros al mentado Vice, y que le den la oreja.

Como relatamos, diez días atrás, el Rey había llegado al mineral, y había llamado con toda premura a nuestros estimados y finos conocidos: Cashier, Ojos de Perro, Castañeta y Robleda, y les había ordenado que procedieran con toda rapidez y energía a lo que había dispuesto respecto a los ladrones de la Compañía. En el pasado, estos queridos amigos habían obtenido buenos regalos del Rey, quien nunca se mostraba parco con quienes le servían fielmente. Contento con el éxito obtenido, les contó que había conferenciado con su amigo el Gobernador del Estado, en Los Ángeles, California (el General se encontraba allí en su paseo acostumbrado), y este le había dado todas las seguridades posibles para el buen resultado de sus combinaciones. Sus adictos prometieron obedecer las órdenes que les daba, y Castañeta y Robleda aún añadieron la promesa de permanecer hasta por quince días en abstinencia de orgías, lo que para ellos era una prueba suprema de lealtad al Rey.

El Rey se había marchado incontinenti a Cincinnati, donde urdía la organización de otra compañía con diez millones de *dollars* de capital, dedicada a la “explotación”

de unos “criaderos” cupríferos “riquísimos”, llamados del Santo Niño, situados en las estribaciones occidentales de la Sierra Madre, hacia la región Norte. Los criaderos no eran ricos en cupríferos, pero sí de los millones hallados en la bolsa de los accionistas.

Aquella vida de audaces especulaciones, en que los millones y los hombres se jugaban a voluntad del Rey, empezaba a despertar la admiración de los prohombres del país, y a atraerse sus simpatías. Más tarde, también ellos habrían de ser cogidos en el torbellino de sus especulaciones, y cuando tuviera, en sus jugadas, que hacer correr sangre humana para dar toque final a una de sus más atrevidas empresas, el viejo Cacique de la Nación, haciendo profesión de fe en su adhesión al Rey, justificaría sus acciones sangrientas ante ese ridículo y lastimoso remedo de Representación Nacional. ¡A esto se llama Genio financiero!...

Luisa había sido encerrada en una estancia en cuadro, de tres metros por lado, que formaba parte de uno de los edificios de la Negociación. En un ángulo, había un pequeño lecho, con una mesita que servía para poner lo que necesitaba un preso, ahora con una multitud de medicamentos y frascos de todos tamaños; un plato con un bistec del día anterior, que estaba intacto, una taza y una tetera sobre una lámpara de alcohol apagada.

Un par de sillas y un tocador corriente eran el mobiliario. Había una puerta que daba al pasillo interior y una

ventana que daba a la parte exterior del edificio, cubierta con una cortina verde, que siempre estaba corrida, y que mantenía al cuarto casi en la oscuridad.

Fuera del edificio, en el lugar que correspondía a la ventana del cuarto, un policía secreto de la Compañía, un texano de los ex cuatreros favoritos del Rey, con un par de pistolas en la cintura, fingía un aire embobado, y cuidaba que nadie se acercara por allí y Luisa no escapara. Por la puerta del pasillo interior, un policía mexicano cuidaba también la puerta y que la presa tuviera lo necesario para la vida. En este aspecto, el cuidado de aquel hombre había sido casi paternal: por su cuenta había comprado la comida de Luisa. Cierto que no había tenido que gastar mucho, pues el bistec que le había traído permanecía intacto desde el primer día. Sólo el té había sostenido a la pobre mujer en su mísero quebranto.

Allí estaba ella, sobre el lecho, sin quitarse las ropas. Estaba atravesada en la pared, frontera a la misma cama. Las piernas colgantes, los pies en el suelo. Había sufrido hondamente aquellos tres días. Casi habían agotado sus fuerzas con tremendas sacudidas nerviosas que se sucedían a intervalos. Había obtenido algún descanso gracias solamente a las repetidas inyecciones de morfina que, por cierto, no habían escaseado, por disposición del Director del Hospital de la Compañía. Este descanso era apenas transitorio. En realidad, producía mayor debilidad pasados sus efectos soporíferos.

El aspecto que ahora presentaba era enteramente distinto del que tenía cuando la vimos por primera vez en el baile y en su casa. Echada sobre el catre, en la semioscuridad de la estancia, se notaba la fea emaciación del rostro, que presentaba el aspecto de la calavera, la piel pegada al hueso. Sus ojos, casi apagados, desaparecían ocultos por el párpado, que dejaba ver apenas una mínima parte de su color verde, otrora brillante. En su aspecto, todo era expresión de un abandono absoluto a la desgracia, que tan duramente la castigaba.

En aquel momento de exagerada penalidad, un extraño dualismo se desarrollaba en ella. Creía que podía sentir, y sentía en efecto, lástima de sí misma, como de una persona ajena. “¡Pobre mujer! ¡Pobre Luisa!” Susurraba quedamente. No podía mover los brazos, extendidos a lo largo de las piernas, por la honda debilidad en que estaba. Con los dedos acariciaba suavemente su propio cuerpo, como un mimo de lástima por sí misma o por aquella “pobre mujer”, por aquella “pobre Luisa” que sus labios nombraban suavemente.

Cambió después su dualismo delirante por un sentimiento profundo de resignación, promovido por la extenuación moral. En su cerebro, este sentimiento produjo la tácita aceptación de su condición miserable, y esta aceptación era tan absoluta, que iba con ella la convicción de que tenía bien merecido lo que le pasaba. Aceptaba como justo el castigo que sufría, y esta sombría resignación

la convencía de la eterna condenación de una vida cargada de desprecios y humillaciones.

Todo el mundo debía saber ya que estaba en la cárcel por ladrona, y esto no podía olvidarse nunca, ¡nunca! Tal vez un día saliera libre, pero continuaría prisionera en el horrible y eterno círculo del desprecio universal. Su madre, que había sido una fanática practicante, maestra del honor, le negaría su maternidad. Su marido la vería como perdida. ¿Y sus amigos? Podría ser que alguno tuviera para ella algo de lástima, y le dedicaría alguna caritativa cortesía.

Pensaba salir alguna vez de allí. Podría ser después de cinco o seis años de prisión. Así se lo figuraba. En su cerebro, como una obsesión, esta cifra, que era el término vulgar de las condenas, y que suele escucharse en conversaciones, cuando se habla de cárceles y condenas. Se lo figuraba claro y sin lugar a dudas. Al salir, sin embargo, si no era que moría en prisión, se iría lejos, donde nadie la conociera, donde nadie supiera ni sospechara su pasado, enlodado en el detritus social de la condena. Pero..., ¿ella?... Ella se vería siempre a sí misma como ladrona. Cada vez que quisiera satisfacer sus ansias infinitas de amor o de amistad, que tanto agitaban su apasionado corazón, tendría que engañar a las gentes, cubriendo con mentiras las aspiraciones de su alma, presentándose como una mujer inocente ¿Y esto?... No era verdad. La verdad era su crimen ¡La verdad le daba el nombre de ladrona!

Veía tan solitaria su existencia en el futuro. Se veía tan aislada por su crimen, tan despreciable, tan odiosa y repulsiva. Se figuraba ya arrojada a puntapiés de todas partes. Se imaginaba encontrarse suplicante y dolorida delante de su madre. ¿Y ella?... Le daría la espalda, desconocería en esa ladrona a la adorada criatura que alentaba porque había vivido en sus entrañas. Se veía miserable, hambrienta, golpeada, yendo a parar a todas las cárceles del mundo, en el éxodo de su desgracia. Tendría que disputarle a los perros su comida. En aquellos terribles momentos, el infortunio caía sobre ella, gravitando con la pesantez del Universo entero. En su tormento, que ella miraba infinito, inagotable, encontraba como un placer perverso en imaginarse los martirios más crueles, que aceptaba, y hasta se sentía impaciente por sufrirlos. Aquella estancia le parecía lujosa. Podía disponer de techo y lecho. Esto no era aún padecimiento. Ella quería un martirio cruento, que macerara su carnes y le estrujara brutalmente el corazón. Se resistiría, para excitar más su sensibilidad para el dolor. Llamaría en su ayuda al miedo, al instinto de conservación, al terror, y estos agentes poderosos del sufrimiento, elevarían el martirio, lo intensificarían, lo condensarían hasta provocar el estallido final: la muerte, y más, la exposición vergonzosa de su cadáver arrojado a un muladar, donde sería devorado por los perros (los mismos a los que había disputado el alimento). Quedaría en la memoria de las gentes el recuerdo de su desvergüenza y de su crimen; y se decía ¡ladrona!, ¡ladrona!...

Cruzó violentamente los brazos sobre su cara, antes abiertos en cruz sobre la cama. Ocultó los ojos y apretó la frente como para exprimir de su cerebro la tenebrosa locura que, como un volcán, parecía que estaba por estallar. Por un momento contuvo la respiración, y luego, de abrupto, como la protesta de un elemento nuevo que nacía y se desarrollaba vigorosamente en su espíritu, lanzó un grito que era un estallido de protesta.

Un grito seco desgarró su garganta, borbotó de sus labios anémicos, vibró en el aire confinado de aquellas cuatro paredes: ¡No! ¡No! Fue la exclamación, la señal, el grito de vida confuso apenas, el Verbo de aquel elemento ético de su consciencia. La dilatación, en sus débiles nervios, de aquel estallido hizo que se enderezara en su lecho. Quedó sentada, vacilante, inclinada hacia adelante. Las manos, apoyadas al borde del desastre, sostenían su débil cuerpecillo. Sus ojos se desvelaron de la sombra de dolor que los cubría, y destellaron en la sombra de la celda con una fuerza que desafiaba al destino. Habló. Su voz chillaba, se apagaba en su garganta, y volvía a brotar, como si las palabras tuvieran garras que arañaban cruelmente su garganta al salir, silbaban, inteligibles y destempladas.

—¡¡Bribones!! ¡¡Bribones!! ¡Todos! ¡Ladrones! Todos, todos ¡Canallas! ¡Canallas! ¡Mienten! ¡Yo no he robado nunca! ¡Ni yo, ni Enrique! ¡Canallas! ¡Canallas! ¡Bribones!

Su voz vibró como una maldición que condenaba el crimen, el verdadero crimen, y como una

amenaza del Castigo que algún día había de condenar a Los Bribones.

Quiso ponerse de pie. Se inclinó hacia el frente, y cayó al suelo sin conocimiento. Un hilillo de sangre empezó a brotar de su cabeza, herida al caer, y corrió por el suelo en caprichosos giros, como una viborilla roja que se prolongaba y crecía rápidamente...



¿Qué había pasado en aquellos tres días?

Ya sabemos algo. Enrique estaba encalabozado en la cárcel Municipal y las hermanas Marignano en otros departamentos del mismo edificio donde estaba Luisa. De vez en cuando, de aquellos cuartos salían gritos histéricos lanzados por las muchachas. Una de ellas sufría repetidos ataques desde el día en que había sido encerrada. Esos alaridos se escuchaban aun en medio de la noche, que unas veces eran sollozantes y otras estallaban en carcajadas, que vibraban en el espacio como si la atmósfera estuviera saturada de maldición.

Suele suceder que en la plenitud de la vida un golpe inesperado e imprevisto del infortunio hiere el corazón y quiebra el cerebro con un fatalismo ciego y brutal, precisamente cuando la juventud esplende, plétórica de fuerza y de ansia de pasionales goces, y aun cuando esta se desarrolla en un medio ambiente de placer y de confianza en

su propia fuerza. Todo el vigor de esa juventud se doblega entonces ante la desventura. La inexperiencia, además, agiganta terroríficamente esa desgracia. Entonces el amor huye; se empequeñece hasta casi desaparecer del horizonte en que se fijan, llenas de infinita y suprema ansiedad, nuestras miradas...

El golpe había sido para aquellas pobres gentes tan tremendo; las había cogido tan de improviso que a pesar del tiempo transcurrido concebían que algo mortífero pasaba a su alrededor; se figuraban una catástrofe que debía, probablemente, cambiar el orden regular de las cosas. Creían, más bien oscuramente imaginaban que todas las gentes debían estar encarceladas. Las Marignano recordaban a sus padres, que vivían en Tucson, y un profundo dolor apretaba su amor por ellos. No se figuraban que sobre ellas se movía omnipotente, insensible y brutal, la máquina de las combinaciones financieras. La derrota de sus ilusiones, el deterioro bárbaro de su delicadeza femenina, la súbita interrupción de la dicha que la naturaleza prodigaba generosamente sobre ellas, la mácula de aquella prisión que ya ensombrecía toda su vida futura significaban el triunfo de un hombre, que con el dolor humano formaba una base y sobre ella se erguía, triunfador y admirado por el capitalismo de su País, y sahumado hasta la idolatría por los incipientes, torpes y rapaces financieros mexicanos...

Como se ha dicho, Enrique estaba preso en la Cárcel Municipal. Su calabozo era un cubo de dos metros por

lado, el piso, de cemento, las paredes, de piedras irregulares, desnudas. Una puerta de fierro, cubierta por otra exterior de madera, daba al patio de la cárcel; en un ángulo, una lata de petróleo servía de letrina y envenenaba el aire con el hedor de la inmundicia. Una colcha y dos cobertores tirados en el suelo completaban el menaje de la celda.

El buen Cashier había trasladado a Enrique en su propio carruaje a la prisión, desde la Tienda, para —echándola de filántropo— evitarle la vergüenza de que lo vieran cuidado por policías en la calle. Esto es profundamente consolador. Ver tanta miseria en los hombres, desalienta. Al lado de tanta miseria, sin embargo, las virtudes brillan como un sol. El Cashier era ese Sol.

En el camino, el Cashier dijo a Enrique que se trataba, al ponerlo preso, de averiguar un robo hecho a los Almacenes y la Caja fuerte de la Tienda, y que probablemente su esposa estaba complicada en tal robo. Le aconsejó que lo mejor, para él, era que salvara la responsabilidad de su mujer, confesándose culpable. De lo contrario, Luisa tendría que pasar en la cárcel por lo menos seis años. Aquello fue un golpe furibundo que anonadó a Enrique. Cuando quiso hablar, preguntar algo, suplicar alguna explicación sobre aquel hecho infamante, se encontró encerrado entre las cuatro estrechas paredes de su calabozo. Nunca se había imaginado que su mujer fuera capaz de algo así. Sufrió un ansia frenética por saber algo, y al mismo tiempo, un arrebató furioso de desprecio a Luisa. Quiso matarla a

patadas, como a un perro. ¿Por qué tenía que ser el marido de aquella ladrona? Apretaba su cabeza, que se agitaba poseída de la insania. Finalmente se dejó caer, encogido, boca abajo, sobre el cobertor que debía servirle de cama. La oscuridad y la pestilencia del calabozo agravaban su enferma volición y flameaban en su cerebro anémico un insensato delirio.

La ráfaga huracanada se deshizo con el agotamiento de sus pobres facultades. Permaneció largo rato como un idiota. En aquella suspensión, su sistema nervioso tuvo como un descanso, que lo vigorizó para continuar: suave, cautelosamente, surgió de nuevo la obsesión que las palabras del Cashier conjuraban, ahora bajo una forma reflexiva, lógica. Sopesaba las circunstancias, apreciaba los detalles, retrocedía en el tiempo, y escrutaba inquisidoramente la personalidad física y moral de su mujer, los movimientos, los actos y las palabras. Interrogaba las manifestaciones materiales de la vida de Luisa, y procuraba encontrar en ellas algún dato, algún indicio, un punto, por reducido que fuera, que atestiguara la más ligera presunción de culpabilidad. Luego, recurrió a su espíritu ético, y lo vio sin intenciones para el deshonor, sin facultades para la desvergüenza. Su mirada transparentó la vida sencillamente apasionada de su mujer, infantil, algunas veces frívola, pero las más, fuerte y serena; adorable y dulce en sus mimosos placeres, que espiritualizaba con su privilegiada inteligencia, buena camarada en las luchas por la vida; valiente y hasta agresiva para los malos tiempos.

La forma reactiva de aquellas ideas le hizo ver clara la inocencia de Luisa. Aquello no podía ser. Si Luisa hubiera hecho algo, él tenía que saberlo. Él habría conocido su sola intención. La pura concepción mental la habría delatado. Él habría adivinado inmediatamente lo que pensaba, y aun si ella lo hubiera engañado, logrando a fuerza de astucia ocultarle sus intentos, nunca hubiera podido ocultarle un robo.

El Cashier le había dicho que el robo era de mercancías y de valores de la Tienda. Luisa no podía haber sustraído esas cosas sin que él lo supiera. Esto no podía ser, y sin embargo... El Cashier, que era todo un buen hombre, así lo había afirmado. El Cashier... ¿el Cashier? Todo el mundo hablaba del Cashier como el mejor y más verdadero de los hombres... Su fineza de traerlo a la cárcel en su *buggy*... sus reticencias para darle la dolorosa noticia, procurando no lastimarlo..., aquel aspecto de desolación que tomó cuando le dijo lo que pasaba con Luisa..., su consejo paternal: “el único remedio”, le había dicho, “es que usted se confiese culpable”. En esto, el Cashier había faltado a su deber como autoridad. ¿Por qué? Sencillamente porque era un hombre de corazón, un buen hombre, en fin. Sí, así debía ser, así debía de ser.

El frío del suelo y la pestilente atmósfera de la celda agotaban el poder físico y mental del preso. Sus deducciones se iban desleyendo en la penumbra de su cansancio cerebral, como en un horizonte nocturno en que las cosas se fundieran unas con otras. En su fatigadísimo cerebro, se

mezclaban la oscura concepción de la inocencia de Luisa con la sugestiva afirmación del Cashier. El oscuro complejo de estas ideas se balanceaba en el vacío de su cabeza como el badajo de una campana, que azotaba su cráneo bárbaramente, balancéandose por el conflicto de ambas alternativas. No pudo soportarlo. Su débil naturaleza le imponía imperativamente la necesidad del descanso. Con un esfuerzo supremo, cobarde, arrojó fuera de sí la idea buena (que él sabía verdadera), y aceptó, ya sin fuerza para seguir luchando, la culpabilidad de su mujer.

Caracterizó decididamente esta conclusión con las formas de la verdad, y se esforzó en considerarla como su última decisión, como un final irrevocable, que no admitía más cavilación. Y efectivamente, descansó. Sólo quedaba en su cerebro una idea limpia, sin contactos irritantes, y lejos, muy lejos, la parvada de las conjeturas. Aceptó declararse culpable del robo cometido por Luisa, entregarse: salvarla por completo. Sufriría su condena: procuraría que fuera lo más larga posible. Un nuevo sentimiento nació al abrigo de aceptar la culpabilidad de Luisa: el deseo de castigarla con un desprecio que lo sostendría en el abnegado sacrificio que se imponía para salvarla. Ya no había lucha en él. Las ideas y los sentimientos fructificaban, desarrollándose —hijos de la cobardía, del miedo, del agotamiento físico y moral de Enrique, empobrecido, a su vez, por el desgaste de varias generaciones medrosas, que habían vivido una vida de falsas luchas. La cobarde

debilidad de la raza invadía sombríamente sus facultades, y lo orillaba a la profesión incondicional de aquel fatalismo...

Enrique pasaba la mayor parte del tiempo sobre la cama. La pestilencia de la letrina había insensibilizado sus sentidos. Al ingresar, el Cashier le había obsequiado un grueso paquete de cigarros. El “tabaquismo” le produjo un adormecimiento del cerebro rayano en la idiotez. En la inercia en que estaba, sin darse cuenta del tiempo, a veces, estúpidamente, se ponía a escuchar el rumoroso vivir de los presos. Muy temprano, en la mañana, oía el alboroto que hacían al salir de las galeras donde amontonados habían pasado la noche. Gritos alegres, disputas, obscenidades, carcajadas. Algunas veces, escuchaba el llanto de mujeres que, pletóricas de alcohol, habían sido arrastradas por las calles hasta ser guardadas en un calabozo, donde pasaban lo más recio de su puerca borrachera. A veces, llegaban hasta él, a través de las rendijas de la puerta, las ondas pestilentes de yerba verde quemada: era la “marihuana”, que los presos fumaban sentados en cuclillas, con la espalda contra la pared, en grupos de tres o cuatro. Fumaban la venenosa yerba pasándose el cigarrillo unos a otros. El dueño del cigarro, que había logrado introducirlo a prisión, cobraba medio centavo por chupada. El fumador procuraba prolongar la fumada cuanto podía. Enrique oía el rumor de sus conversaciones, saturadas de exclamaciones. Del murmullo a veces surgía una canción, el chirriar de goznes de hierro, la voz trapajosa de un borracho que insultaba a

todo el mundo con las palabras más soeces, que chorreaban en aquella atmósfera como vertedero de inmundicias en el cenagal. Contestaba un coro de gritos y de carcajadas insultantes, que enfurecían al borracho. Algunas veces, se apagaban los rumores, se oían respiraciones fatigosas, pisadas arrítmicas que “chasqueaban” en el pavimento del patio, y sordos golpes de lucha que indicaban que había iniciado alguna de las riñas que eran comunes en la prisión.

Las canciones de aquellas gentes eran melodías lastimeras, lloronas; canciones plañideras que se dilataban quejumbrosamente, ligándose los calderones en tono mayor, que luego se trasportaban al menor, en una especie de doloroso alarido que se prolongaba al infinito, como una vida miserable y exangüe que se consume sin sacudidas, sin rebeldías, anegándose paulatinamente en la nada como en un mar de muerte, donde ha de flotar el pingajo humano, que llora su semisalvaje salmodia de impotente tristeza.

Las paredes de aquella cárcel exudaban cinismo. Allí, se procreaba la impudicia y la desvergüenza, y tomaban forma sincera y tangible la ambición y los crímenes que, con tan financiera hipocresía, vimos manifestarse en los primeros tipos de esta novela.

Enrique se embriagaba, se embrutecía con el tabaco. La celda se oscurecía con la densidad del humo. A un cigarrillo sucedía el otro. La letrina, llena a la mitad de detritus semilíquidos, se cubría por completo de colillas de cigarro. Un amigo, el único que se había interesado por él, un buen

muchacho americano llamado Thomas, había logrado, a instancias del Director del Hospital, introducir en su celda una jeringa de pravaz y una caja de pastillas de clorhidrato de morfina, que Enrique disolvía en la taza del café, y se inyectaba sin precaución, en los brazos, en la región abdominal o en las piernas, a riesgo de provocarse una infección.

El estupor de la morfina y el tabaco le permitía tomar tan sólo un poco de alimento. Era la muerte de la voluntad y del espíritu, que se adelantaba a la materia. Anonadado, sin voluntad para averiguar su situación, sin espíritu para oponerse a su destino, tenía el cerebro dominado por la obcecada resolución que había adoptado en un principio. El estupor dejaba en él, como única actividad, un sentimiento mortífero también: el desprecio que le inspiraba Luisa. Él podía morir, pero quería morir legando la triste herencia de un martirio. No encontraba satisfacción en su mera destrucción. Gozaba con ser, después de su muerte, un agente de dolor. Gozaba con la anticipación del remordimiento que su padecimiento debía causar en Luisa. Moriría por su culpa, despreciándola, además. Ni por un momento sospechó que otro, muy distinto, era el causante de su infortunio. No quiso siquiera pensarlo, porque ese “otro” era insensible a su desprecio, y ese desprecio era lo único de que disponía, la única arma que podía esgrimir: había que darle el empleo que la muerte le inspiraba, había que utilizarlo donde pudiera herir. Sólo en su mujer podía causar ese efecto, y allí... allí iba.

CAPÍTULO 6

Luisa cayó al suelo sin conocimiento. La sangre que brotaba de la herida que se causó al caer formó un charco que mojaba y se adhería a su cabello y su vestido. Se encogía en sí misma, y sus manos y su brazo se pegaban también al piso, por la vigorosa acción de la sangre. Así permaneció poco más de una hora, en aquel abandono paulatino de la vida.

El policía encargado de guardar la puerta y darle alimentos, un buen hombre a quien inspiraba profunda lástima la situación de Luisa, abrió la puerta. Grande fue su sorpresa cuando la vio tirada en el suelo. Inspirado

por honda conmiseración, le habló con los más dulces calificativos, que en sus ratos de familia dirigía a sus hijos. “¡Doña Luisa! ¡Doña Luisita!” No respondía. “¡Luisita, hija! ¡Hijita! ¡Hijita! Levántate. ¿Qué le pasa? ¿Qué tiene?”

Cuando trató de levantarla, sus manos se impregnaron de sangre. Creyó que estaba muerta. Se dirigió violentamente a la puerta para pedir auxilio, pero un temor asaltó su cerebro. ¡Creerían que la había matado! Este temor lo inmovilizó por un instante. Luego quiso escapar de ahí, alejarse antes que se supiera de la muerte de Luisa, y lo señalaran a él como asesino. Con aterradora elocuencia, se presentaron en su memoria los numerosos casos que conocía de hombres inocentes, encarcelados sin motivo, que sufrían años y años sin esperanza de libertad. Se vio entrar a la cárcel y permanecer ahí, sabe Dios hasta cuándo. ¿Sus hijos? ¿Su mujer?

Iba a poner en práctica la fuga cuando una nueva invasión de misericordia lo hizo volver a donde estaba Luisa. La palpó. La llamó de nuevo. Luisa abrió los ojos y se quejó débilmente. ¿Qué le había pasado?, preguntó el policía.

—No sé —susurró apenas.

—¿Quiere levantarse? ¿No le mortifica que yo la cargue? Lo hago de buen corazón. No tenga cuidado.

La ruda bondad de aquella alma se revestía de delicadeza para no lastimar el pudor de Luisa.

Por contestación, ella probó sentarse, y no pudo. Entonces, la levantó con ternura. Suavemente, la tendió en el lecho,

y acomodó su cabeza en la almohada. En el suelo, quedó perfilado en sangre el cuerpo de Luisa en supinación.

El pobre hombre temblaba, agitado por la emoción y la dolorosa ternura que le inspiraba aquella mujer. Instintivamente, se limpiaba la sangre de sus manos en el pantalón, y casi estaba próximo a arrodillarse y llorar.

La sangre había coagulado. Formaba en el temporal derecho de Luisa una corteza oscura, compacta de cabellos. Manchaba el carrillo y el cuello, donde formaba una capa cuarteada por las flexiones de la piel.

En el ánimo del buen hombre había desaparecido el temor. Se propuso salir a buscar auxilio, pero, al traspasar el dintel, se quedó aterrado. Frente a él se encontraban el Cashier, Ojos de Perro, el Juez Castañeta, Robleda, dos testigos de asistencia, que acompañaban al Juez, y el Jefe de Policía, con varios de sus secuaces.

El pobre se vio perdido. El miedo renació en él. Tuvo un movimiento impulsivo para repeler el ataque, del que se creía segura víctima, y llevó violentamente la mano a la pistola que portaba en la cintura, pero el Cashier, sin notar nada, le preguntó en voz baja, casi confidencial:

—¿Qué tal está la mujer?

—Está muy mala, Señor —le contestó.

—¿Pues qué le ha pasado? Dígame.

—No sé. Hace un momento que entré, la encontré en el suelo, toda llena de sangre.

El Cashier palideció al oír aquello.

—¿Y qué hizo usted ?

—Luego que la vi así, desmayada, como muerta, le hablé, y sólo abrió los ojos. Después la levanté, y la acosté en la cama. En eso estaba cuando salí a pedir auxilio, y llegaron ustedes.

—A ver, déjenme entrar —dijo Castañeta.

Entró, chupando un cigarro de hoja de maíz, y casi a tientas, por la oscuridad, se dirigió al lecho. Al tocar el cuerpo de Luisa, se detuvo en las piernas, apretando con delicia de sátiro la firmeza de aquella carne joven.

—Vamos a ver, hijita. ¿Qué te pasa? ¿Qué te tienes? —sus mano se posaron con temblorosa y precipitada lascivia en los pechos de la reclusa. Luisa se enderezó bruscamente, en un esfuerzo supremo de la indignación, y rechazó a Castañeta.

—¡Retírese de aquí! ¿Qué quiere? ¿Qué quiere? ¿Retírese! Usted no tiene derecho de venir a tocarme.

Entraron todos al cuartucho. Ojos de Perro alzó la cortina, descubriendo el cuadro que se desarrollaba en la sombra. El viejo Castañeta tenía aún las manos extendidas hacia Luisa, con el aspecto de borracho lúbrico que ya le conocemos: la sucia gorrilla cubría su cabeza de macaco lascivo, con la nariz boluda husmeaba cínicamente a la hembra, los bigotes pringosos caían a los costados del cigarro. Luisa, sentada en el catre, erecta con fiereza, rechazaba a aquella bestia, con los ojos chispeantes de cólera, cubierta de sangre. Todos quedaron suspensos, aterrados. Cada uno era actor del crimen que tan repentina e inesperadamente se presentaba ante ellos, como una bofeteaba. Por sus

cerebros cruzó violentamente la conciencia de su infamia.

—Y ahora ¿qué hacemos? —preguntó Ojos de Perro, con su natural y canallesca altivez recuperada.

—Será bueno llamar al Doctor —insinuó el Cashier.

—¡Anda!, ¡anda! Di. ¿Qué te pasó? ¿Qué te pasa? —preguntó el Juez a Luisa.

—No sé —contestó ella secamente—. ¿Tendrían la bondad de dejarme sola? ¿No están hartos —prosiguió en inglés— con los martirios que me han infligido? ¿Todavía pueden venir a hacerme sufrir vergüenzas, aquí, donde me estoy muriendo?...

No pudo más. Su cuerpo cayó en el lecho. Hundió la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Aquellos hombres quedaron perplejos. Creyeron que podía morir y, la verdad sea dicha, en descargo de sus magnánimos corazones, no querían tanto. En ese caso habrían resultado inútiles sus “trabajos”. Ojos de Perro miró con cólera al Juez Castañeta, y le dijo, con desprecio:

—*It's your fault.*

Castañeta abrió la boca babosamente, fingiendo idiotismo, como tenía costumbre cuando lo pateaba alguno de sus amos.

El Cashier estaba pálido. Al rato, llegó el Doctor con curaciones de Lister: su ayudante cargaba con irrigadores de vidrio, un frasco de líquido antiséptico y algodón, que colocaron en una mesa traída para tal efecto. Los demás salieron para dejar trabajar al Médico, un americano

corpachón, rubio, casi rojo, de mentón saliente, de semblante tonto, como embrutecido por la excesiva robustez física. Sospechosamente, procuró vigorizar a Luisa con inyecciones y pociones ingeribles de morfina. Castañeta fue el primero en comprender: ingerida, la morfina paraliza el estómago. Con ello, el Doctor lograba debilitar el sistema nervioso y digestivo de Luisa. Sin apetito, se acentuaba la debilidad, y así, el Doctor ayudaba al propósito de la justicia: destruía la enérgica rebeldía, la resistencia de aquella mujer. El honrado Doctor ejecutaba esto, primero, porque era súbdito incondicional del Rey, y así cumplía con el sagrado deber de hacer todo cuanto coadyuvara a sus grandes combinaciones, y segundo, ¡por la Justicia! Era indudable que ayudaba a la Justicia facilitando de esa manera que la ladrona confesara su crimen. Todo velado, evidentemente, bajo el más estricto secreto profesional.

Como Luisa permanecía sin conocimiento, el Doctor sacó su jeringa de pravaz, disolvió pastillas de cafeína en un vaso estéril, y, para provocar la analgesia, pellizcó fuertemente el músculo dentoide en el brazo descubierto de Luisa. Ahí hundió la sutil aguja para introducir, en la economía vital, el alcaloide vigorizador.

Luisa reaccionó, y se enderezó en el catre. Enseguida, asistido por su ayudante, el Doctor procedió a lavar y curarle la herida, hasta que todo quedó concluido, y Luisa quedó limpia de la sangre coagulada en el cabello y la cara. Densamente pálida, cadavérica, pegada la piel de

la cara en los huesos, exangüe al extremo, parecía que sólo un mísero soplo de vida ondulaba perdido en aquel organismo agotado y próximo a la muerte. El vendaje de la herida le cubría la cabeza, se extendía por la frente y ocultaba su rostro hasta las órbitas; parecía un turbante blanco que prolongaba la palidez de la cara y daba un extraño brillo, como de última llamarada de vida, a sus ojos grandes, verdes...

Quedó sentada al término de la operación, con la cabeza reclinada en la almohada. Por instrucción del Médico, el ayudante fue a llamar al Cashier, a Ojos de Perro y a los demás “caballeros”.

No tardaron en llegar. Esperaban la indicación del Médico de que Luisa estuviera lista para practicar las diligencias judiciales que Castañeta, como Juez, había ordenado previamente, citando a todos aquellos Señores, por creerlo conveniente (como se dice en jergonza de tinterillos) para el esclarecimiento del hecho criminal que la justicia trataba de poner en limpio.

En realidad, el accidente de Luisa los había contrariado. Castañeta les dio a entender, sin embargo, que aquella circunstancia favorecía sus fines. Por su larga experiencia de Juez, sabía que un preso incomunicado durante días, mal asistido y alimentado confiesa sin reticencias, con monosílabos, todo lo que se quiera. Era providencial lo que había pasado. A la terrible postración moral de Luisa, consecuencia de su encarcelamiento, se añadía la

debilidad causada por la pérdida de sangre para dejarla en las condiciones precisas y necesarias para su intento y propósito. Todos convinieron, como hombres prácticos, que Castañeta sabía lo que traía entre manos.

Tal vez haya alguno que dude de lo que se narra en esta novela, pero, si desea asegurarse de que esto es verdad, puede creer que no le costará mucho trabajo convencerse de que lo que aquí se describe es real y verdadero, pues fácil le será averiguarlo, y aún más, que todavía hay crímenes más graves que los que aquí se describen. Esperamos seguir adelante en el camino de decir la verdad, sea quien sea el que se ofenda o perjudique con esto. Es probable que el autor de esta novela sea el más perjudicado, por las persecuciones que tal vez tenga que sufrir, pero, para él... venga lo que venga, y disimúlese la digresión.

Volvieron los “nobles caballeros” al cuarto de Luisa. El Jefe de Policía trajo algunas sillas, y quedaron instalados, ocupando casi por completo la pequeña estancia, ahora inundada por la luz que entraba a torrentes por la ventana, como si toda la claridad del día se condensara en los haces luminosos que penetraban al cuarto, y que directamente iban a chocar en el campo ocupado por Luisa, exhibiéndola y presentándola en su completa debilidad a la inquisición de aquellos hombres.

El Juez acercó a la cabecera de la cama la mesita que había servido al Médico y puso sobre ella algunos papeles, tintero y plumas. Se sentó en una silla, casi tocando con

sus rodillas el borde de la cama. Del otro lado de la mesa se sentó Ojos de Perro, el Cashier y Robleda, de espaldas a la luz. Las demás personas se quedaron afuera.

Luisa, ya vuelta al conocimiento, veía a toda aquella gente con una mirada de bestiezueta acorralada. El terror pasaba a veces en rachas suplicatorias por sus ojos. Guardaba silencio. Esperaba lo que había de suceder.

Castañeta habló con paternal bonachonería.

—Mira, hijita, tú me perdonarás lo que te voy a preguntar, pero es necesario que comprendas que es por tu bien.

Chocaba en sus nervios el tuteo del viejo.

—Vamos a ver, ¿sabes por qué estás aquí?

—No.

—Pos chula, es muy duro decírtelo, pero no hay más remedio: pos ahí tienes que se encontraron en tu casa una porción de cosas que son de la Tienda, y como no las compraste... pos, hija, tienen que ser robadas. ¿Qué dices?

—¡Miente usted!, ¡viejo miserable! ¿Por qué me dice ladrona? Desde el primer día que me encerraron aquí me dijo lo mismo, y usted sabe bien, como todos ustedes, que yo no he robado. Díganme ¿a qué vienen estas cosas? ¿Por qué me tienen aquí? Sé que Enrique está preso porque también dicen que ha robado. No es verdad. Si él hubiera robado, yo lo sabría. No podría ocultármelo. Estoy segura, enteramente segura, de que no ha robado. Es una infamia que esté preso. Está bueno. Yo tengo algunas cosas: ropa, juguetes, zapatos. Son presentes que, con permiso de

Enrique, me hizo el Gerente de la Tienda. Esto se lo dije desde el primer día, Señor Juez. No soy ladrona. Cometan un crimen con mi esposo y conmigo. He sufrido mucho desde que estoy aquí. He deseado mil veces la muerte, para que concluyan de una vez mi martirio y mi deshonor. ¡No soy ladrona! ¡Ni Enrique es ladrón! ¡Oh!, ¡esto es horrible!

Sollozos convulsivos agitaban su cuerpo. Con las mangas de la blusa secaba sus lágrimas. Todos callaban, y ocultaban sus ideas en la sombra que protegía sus caras.

—Si ustedes creen que esas cosas son robadas, las pagaré. Tengo poco dinero, pero no cuestan tanto. Llamen al Gerente, y les dirá que me las ha regalado. Llámenlo ustedes, Señores. Sobre todo, Señor Juez, que Enrique no siga en la cárcel. Yo puedo estar aquí mientras se prueba todo. Es cuestión de preguntarle al Gerente. Hágalo usted, Señor Juez. Todavía es temprano. Lo puede encontrar en la Tienda.

La dejaban hablar. La frialdad y el silencio de aquellos hombres despertaba en Luisa un terror que la invadía paulatinamente.

La sombra le impedía ver sus fisonomías. Sin embargo, sentía, fijas en ella, aquellas miradas, y presentía su firme y cruel propósito. Notó su propia vulnerabilidad, y no encontró nada al alcance de sus facultades para defenderse. Acorralada en aquel reducido espacio, expuesta, blanco del ataque de aquellos hombres, que la luz hacía cruelmente resaltar, se dio exacta cuenta de toda su debilidad, y presintió instintivamente el abismo a cuyos bordes oscilaba.

La voz de Castañeta interrumpió el silencio. Hablaba con dureza, breve e imperiosamente, golpeándola brutalmente con sus palabras, sin la más ligera lástima. Su fisonomía se tornó bestialmente cruel:

—Bueno, ¿y las demás cosas que se encontraron en la casa?

Luisa abrió asombrada los ojos.

—¿Cuáles cosas? ¿De qué habla usted?

—Mire —dijo Castañeta, casi gritando—, si sigue usted así, no nos vamos a entender. Usted sabe bien de qué cosas hablo.

—Pero yo no sé a qué cosas se refiere usted —dijo Luisa, espantada.

—¿De manera que usted no sabe de qué cosas hablo? —preguntó Castañeta con brutal ironía. Procuraba dar a sus expresiones el más cruel intento de aterrar. Se irritaba colérico ante la pertinaz resistencia de Luisa.

—¡No sé! ¡No sé! ¿Dígame usted qué es eso?

Castañeta, en vez de contestar directamente, siguiendo su táctica de viejo Juez, le dijo:

—Decididamente, quiere echar toda la carga sobre su marido. Si así lo quiere, pues adelante. No hay remedio.

Aquello era terrible para Luisa, y Castañeta lo sabía: esta era la fuente de su orgullo. Cuando hacía caer a un criminal en el lazo que le tendía, se contemplaba a sí mismo en la sincera admiración que le causaba su privilegiada inteligencia, y que siempre le había rendido tan maravillosos resultados en cuestiones judiciales.

—Dígame usted, por favor, se lo suplico, ¿qué va a pasar con Enrique? ¿Qué ha hecho Enrique? ¡Es espantoso! ¡No quiero que le pase nada!

—Bueno, bueno —dijo Castañeta, más suavemente— parece que entra usted en razón.

—Yo no sé nada de lo que dice. Se lo juro por la santa memoria de mi padre. Si Enrique ha hecho algo, estoy segura de que es inocente. Si alguien habla mal de Enrique, es un infame. Dígame, dígame usted, Señor.

Suplicaba llorosa y se acercaba al Juez con un gesto de ruego, humillándose, loca por el terror de lo que podía pasar a su marido. Veía a Enrique irresoluto, débil, y se proponía aceptar todo, todo lo que viniera, para salvar a esa criatura desvalida, víctima inofensiva, sin ella, en las garras de aquellas fieras.

Castañeta saboreó con molicie su martirio, y dijo:

—Bueno, pues es necesario que usted se resuelva a hacer algo, porque, si no, las cosas irán mal, muy mal.

La víctima había caído en la trampa. Sin duda, el Juez sabía llevar las cosas a donde quería.

—¡Dígame! ¡Dígame! —gritó Luisa.

—La cuestión es esta, y es por demás que grite y que arme tanto mitote. La verdad, créalo o no, es que su marido ha robado a la Tienda de la Compañía. El robo está probado, y su condena tendrá que ser de cinco a seis años. Es muy triste para mí decirlo, pero la cosa no tiene remedio.

Luisa lanzó un alarido sobrehumano.

—Sólo hay una manera de que esto se componga —siguió Castañeta—. El Señor Cashier y el Señor Manager, así como el Señor Licenciado Robleda, se han interesado mucho por ustedes, y me han propuesto lo siguiente: que usted se confiese culpable del robo de su marido. De esta manera, don Enrique saldrá libre, y usted también, porque se nos recomendó que no toquemos a las mujeres en este asunto. ¿Acepta usted? Si acepta, todo quedará arreglado en este momento. Si no, la cosa no tiene remedio. ¿Qué dice?

—Eso es, Luisita. Precisamente: si hace eso, se arreglará todo —dijo el Cashier ansiosamente.

Luisa sintió un nuevo aliento, una tenue, incipiente palpitación, todavía embrionaria. Una sospecha. Dirigió sus miradas al Cashier.

—Señor —le dijo— yo estoy dispuesta a hacer todo lo que sea necesario para salvar a Enrique. No importa lo que a mí suceda. Él no puede seguir preso. ¡No, no, no! No puede ser —sollozaba convulsivamente—. Pero ¿cómo es posible que lo haya hecho? —habló consigo misma.

Luisa quedó en silencio, pensativa, ausente de aquellos hombres. La lucha tan tremenda que desarrollaba, en vez de extenuarla, le había dado energía. Quería saber con ansia imperiosa en qué consistía el robo cometido por Enrique.

Aquellos hombres, por el contrario, empezaban a cansarse de la situación, y deseaban que concluyera cuanto antes. Repentinamente, Ojos de Perro se levantó, y habló imperiosamente a Castañeta, en inglés:

—Creo que esto está concluido, y si algo queda por hacer, haga favor de trabajar pronto.

—Allá vamos —dijo Castañeta. Se levantó y llamó a un escribiente. Extendió un pliego sobre la mesa.

Buscaron una carpeta para que Luisa la apoyara en sus piernas y pudiera firmar. El escribiente, un jayán medio borracho, andaba torpemente, y tiró los papeles.

—¡Animal! ¿Por qué no pones cuidado? —le dijo colérico Castañeta.

—¡Levanta eso! ¡Pronto!

El amanuense recogió los papeles. Ojos de Perro y el Cashier miraban por la ventana. Robleda se mascaba los grasientos bigotes.

Luisa, doblegada en el lecho por las terribles emociones que acababa de sufrir, en su debilidad, se reclinó en el lecho. Entonces, el aliento que había empezando a palpitar en ella, embrionariamente adquirió contornos precisos, en forma de elemento ético distinto. Entrevió, adivinó el propósito de aquellos hombres. Presintió que debían haber dispuesto la misma trampa a Enrique. Esta noción, infiltrada en su cerebro, le infundió la resolución heroica de morir luchando, frente al peligro, sin retroceder, aunque muriera en esa lucha, sin otorgar concesiones, sin ceder menos a la cobardía y la debilidad que a la muerte misma. Su corazón sonaba como el traqueteo de una carreta vieja. En su cabeza flameaba la idea y el valor.

Esto sucedió en un instante.

—Ya está listo todo —dijo el jayán semiborracho.

Había conseguido un pedazo de tabla a modo de apoyo, colocó encima el papel, y presentó a Luisa una pluma para que firmara.

—A ver, muchacha, firma aquí —le dijo Castañeta.

Luisa levantó la cabeza, vio a Castañeta, y en voz queda, débil, susurrante, que no dejaba adivinar más que un profundo desaliento, preguntó:

—¿Qué quiere que firme?

—¿Cómo qué? Lo que he dicho.

—Tenga usted la bondad de leer eso... que voy a firmar.

—¿Qué? —gritó Castañeta.

Al oír el grito de Castañeta se acercaron los otros.

—Sí, tenga la bondad de leerlo.

Castañeta comprendió lo que pasaba. Inmundas groserías brotaban de su boca vieja de borracho como de una cloaca desbordada, acostumbrado a asustar presos y mujeres de burdel:

—No me venga usted con p... A Usted le importa una... lo que diga o no diga este papel. ¿Firma o no firma?

—No firmo —apenas se oía el sonido de su voz.

—Dígalo otra vez, ¡hija de...! —rugió aquella bestia.

Luisa no contestó. Parecía casi muerta, y cerraba los ojos, en absoluto dominio de su resolución.

—¿Quiubo?, ¡vieja...! —aulló Castañeta en el paroxismo del furor.

Robleda cogió a Luisa por el brazo, jalándolo brutalmente. Sus bigotes sebosos se erizaban, y sus ojos se enrojecían por la cólera.

—No firmo —dijo Luisa, con un aliento que parecía el final. Ya ni siquiera se esforzaba en defenderse de las agresiones de Robleda. Parecía un pingajo abandonado al maltrato de esas bestias. Un átomo de vida, sin embargo, vibraba indomable en su resolución; la sostenía en una vida extraña; prolongaba la circulación de su sangre, como si quisiera engañar a la muerte para alejarla de allí y hacerla renacer más tarde, vigorosa y firme.

—Será bueno dejar esto por ahora —dijo el Cashier. Cogió la mano de Robleda para que dejara en paz el brazo de Luisa. Ella permaneció en el lugar que la dejaron sus jalones, abandonada de su fuerza, con la cabeza pendiente fuera de la cama, flojo el vendaje que la cubría y abierta de nuevo la herida, que ya ensangrentaba la blancura del paño.

Castañeta contestó con rabia al Cashier. Señalando a Luisa:

—Métasela en el...

El marrano, encolerizado, no hallaba cómo hacer efectivo su coraje.

—De esto, usted nomás tiene la culpa —le dijo Ojos de Perro—. Es su obligación que las cosas se lleven como se debe. Así lo promete siempre, y siempre, a la mera hora, todo sale mal. Bastante me pesa el dinero que estos *greasers* cuestan a la Compañía. Buenos para nada.

Salió del cuarto, y detrás, el Cashier.

Luisa no se cuidaba de nadie. Empezó a sentir una especie de borrachera. Su fuerza moral y nerviosa se agotaba.

A pesar de todo, un dulce bienestar la invadía gratamente. Una placidez la penetraba suave y confusamente, saturada de vagos ensueños... Descansaba, por fin.

Castañeta y Robleda se miraron como imbéciles, y maquinalmente salieron, precedidos por el jayán semiborracho.

El policía que cuidaba a Luisa entró silenciosamente en la estancia. Vio a Luisa, y salió rápidamente, volviendo a poco con un vaso de té con leche. Sin hablarle, la acomodó en la cama. Luego le alzó la cabeza y acercó el vaso a sus labios. Luisa bebió, bebió con ansia hasta la última gota, y dejó caer la cabeza en el pecho del buen policía. Este la acomodó dulcemente en la almohada, como a un niño.

—¡Pobre!, ¡pobrecita criatura! —dijo, y salió de allí luchando por contener sus lágrimas.

Luisa se entregó al sueño, al santo y buen sueño que, como la santa y buena muerte, ha de dar descanso y fuerzas para continuar la eterna, ruda, buena y santa lucha...

CAPÍTULO 7

A la mañana del día siguiente, Castañeta, Ojos de Perro, el Cashier y Robleda se encontraron para tomar las declaraciones judiciales de las Marignano. Castañeta y Robleda alargaron la mano para saludar a Ojos de Perro, pero este ni siquiera los miró. Hablaba en inglés con el Cashier para que los Leguleyos no los entendieran. Había recibido por correo instrucciones del Rey ligadas a la cuestión del robo. Escribía desde *New York*. Saldría a París para concluir una “combinación” magnífica, que le dejaría algunos millones de francos. Con ese dinero, podría cubrir lo que había tomado a la Compañía de *New York*. Aunque esto podía

darse por hecho, era necesario dejar todo bien atado, y recomendaba que se procediera a la mayor brevedad con la cuestión del robo a la Tienda y los valores de la caja fuerte.

El fracaso del día anterior había enconado el desprecio que Ojos de Perro sentía por Robleda y Castañeta. De por sí, Ojos de Perro y Cashier siempre habían cultivado desprecio hacia aquellos Tinterillos, *pimps*, como los llamaban, en inglés. A decir verdad, no había cabida para ese desprecio. Era verdad que costaban dinero a la Compañía, pero habían sido los mejores agentes para el enriquecimiento del Rey. Inmensas extensiones de pródigos terrenos ganaderos y agrícolas y más de doce mil becerros que se herraban cada año eran prueba incontestable de los buenos oficios de aquel buen par de subalternos en la tarea de acrecentar la opulencia del Soberano. Por más de tres años, la cárcel del lugar sirvió de alojamiento a los dueños primitivos de aquellos terrenos para obligarlos a largarse de allí, y dejar al Rey en quieta y pacífica posesión de lo que se habían negado a venderle, y habían tenido que abandonar, a la larga, con tal de no vivir “de hoquis”, o sea de balde, en el Hotel Real, como Castañeta llamaba a la cárcel, “tan chistoso como siempre”. En la actualidad, ya no había necesidad de poner más rancheros en el Hotel. El Rey extendía sus dominios sobre más de cien mil hectáreas del terreno más rico de la región. Cierto que fue necesario enriquecer también al Señor Gobernador del Estado, por mor de algunos de sus allegados. En todo caso, los señoríos estaban limpios de *greasers*, y esto se debía

a los dos Jurisconsultos. Los malos sentimientos de Ojos de Perro y del buen Cashier tenían otra fuente... un arcano del corazón de los súbditos de Su Majestad.

Como hemos dicho, las muchachas Marignano estaban presas en el mismo edificio que Luisa, en tres piezas distintas de la planta alta. Allí se dirigieron los cuatro agentes del Soberano. Los separaba la maldad, naturaleza del hombre, y los unía la fidelidad al Rey.

Entraron al cuarto de la menor, que estaba llorosa, sentada en una mecedorita de mimbre remendada. Tan luego como los vio la muchacha, se puso de pie asustada. Castañeta le hizo seña de que sentara. A su vez, tomó asiento en la cama, lo mismo que Robleda. Los otros dos quedaron de pie, sin cuidarse de lo que pasaba.

—¿Qué tal?, hija. ¿Cómo te ha ido? —preguntó Castañeta, con el tono de un padre que quiere perdonar las travesuras cometidas de su hijo.

—Bien, Señor —dijo la muchacha sin saber lo que decía.

—Mira —prosiguió el viejo—, es muy duro para mí lo que te voy a decir, pero es por tu bien. ¿Estás dispuesta a hacer lo que yo te diga?

—¡Señor! —dijo la muchacha llorando—. Haré todo lo que ustedes quiera con tal de salir de aquí.

—¡Bueno!, pos te lo diré de una vez, pa no perder tiempo, y que te puedas ir luego. Mira, firme este papel, y te despacho luego pa donde quieras irte. ¿Quieres?

—Si señor. ¿Qué he de hacer?

La cosa no tuvo remedio. El jayán semiborracho puso el papel en la mesa, la muchacha acercó la silla, y sin averiguar nada y sin saber de los en aquel pliego se trataba, firmó con mano temblorosa el papel que le presentaron. Luego, firmaron los testigos de asistencia, al pie de la fórmula consabida de “Y leído que le fue a la declarante, se afirmó y ratificó en lo que ha expuesto, por ser la verdad, y firmo, etc., etc.” Uno de los testigos era el jayán, el otro entró cuando lo llamaron, y firmó sin preocuparse tampoco de lo que firmaba.

—Así se arreglan las cosas —dijo Castañeta con naturalidad— Ahora, hijita, si quieres seguir aquí, está bien, y si quieres irte a otra parte, hazlo, pos desde orita estás libre “como Jalisco”.

Estaba contento, y miraba con cierta provocación a Ojos de Perro, que no hacía caso para nada de aquello.

La muchacha no sabía qué hacer, asustada, embrutecida por los días de encierro y de ayuno que había padecido.

El Juez tuvo una idea. Le dijo:

—Mira, está bueno que tú misma vayas y le digas a tus hermanitas lo que pasó. Diles que ya estás libre, y que vengan ellas también a firmar. Con eso se van todas juntas. Anda, anda, pues.

—¡Oh!, sí, señor, con mucho gusto. Pero ¿yo ya no estoy presa? ¿Ya no estaré más aquí?

—No, hija, no. No tengas miedo. Anda a hacer lo que te digo y tráete a las muchachas. Anda, anda, pues.

Estaba aturdida. Por fin salió torpemente y se dirigió a los cuartos que le indicó al Jefe de la Policía que estaba en la puerta, y que se informó primero desconfiadamente si aquella mujer salía libre.

—Vengan, vengan. Ya vamos a salir —le dijo a sus hermanas.

El jefe de la policía les ordenó enérgicamente que salieran, y siguieron lo siguieron hasta el cuarto de marras.

—¿Les dijiste? —preguntó el Juez a la primera.

—No, Señor —contestó temblorosa y tartamudeando.

—Pos ¿no te dije que lo hicieras?

Ella se asustó, temiendo un castigo.

—Señor, perdóneme, por favor, Señor. Soy muy estúpida. Se me olvidó, perdóneme.

—Ya, ya. Cállate la boca, pues.

El viejo les dio la misma explicación, y firmaron, sin concepto de lo que hacían. Luego, se quedaron paradas, esperando.

Ojos de Perro se dirigió a ellas, en inglés:

—Están libres, pero será mejor que se vayan mañana mismo. Pueden pasar al Banco, y el Cashier les dará cien dólares a cada una.

Ojos de Perro salió con el Cashier, sin importarle más el asunto.

Sin entender lo que había pasado, las muchachas salieron. En la calle, saludaron a algunos americanos dependientes y empleados de la Compañía, que no contestaron. En sus

casas, comenzaron a sospechar lo que pesaba sobre ellas. Su deshonra, no obstante, se diluyó en la profundidad del dolor humano, como una lágrima se disuelve en la amargura insondable del mar.



Castañeta se sentía orgulloso con el triunfo obtenido. Hasta se daba el lujo de no saludar a Ojos de Perro. Se sentía animado para seguir adelante, y se prometió doblegar a la mujercilla que, contra su predicción, se le había rebelado. Así tenía que ser. Estaba acostumbrado a “achicar” hombres. Pasado al primer arranque de rabia, estaba seguro de hacer con aquella “potranca” bronca lo que quisiera, y hasta..., si él se lo proponía. Bastaban los elementos de poder que la venerada justicia ponía en sus manos. No dejaría que esa “tipa” hiciera lo que quisiera. Sería una burla para él y para la justicia. La cosa no podía quedar así.

Fue indudablemente una gran obra del gigantesco Gobernador del Estado fronterizo hacerlo abogado, premiar su mérito, sus alcances científicos como jurista y su noble inteligencia con el título profesional que tan honorablemente ostentaba. No hay que olvidarlo. Es preciso agradecer al Señor Gobernador su obra; recomendarle que siga dotando a la Patria de cuantos abogados sea posible. Dado que el Gobernador de hecho regentea otro

Estado, puede continuar por este buen camino, y nuestro agradecimiento ha de extenderse por toda la República. ¡Natural orgullo que él, como los Castañetas, Robledas y otros más de la misma calaña, sean nuestros compatriotas! ¡*Cives mexicanensis!*

Cuando concluyeron con las Marignano, tomaron por un lado Cashier y Ojos de Perro, y por otro los Papinianos, Castañeta y Robleda. En compañía de escribientes y polices, se dirigieron a una cantina. Ahí, en amable compañía de mujerzuelas, pasaron el rato y comieron. Luego, se dirigieron a la cárcel para tomar la declaración de Enrique. Castañeta quería practicar esta diligencia cuanto antes, para evitar que el reo tuviera oportunidad de pedir amparo por haberse cumplido el término constitucional del arresto. De este modo evitaría un engorro. De cualquier manera, en el caso remotísimo de que el reo solicitara amparo, no prosperaría. Un sobrino de Castañeta, igualmente subvencionado por la Compañía, era juez de Distrito. ¡Bien sabían los dos mandar al Diablo a los imbéciles que se metían a pedir amparo por violación de garantías constitucionales! Sobrino magnífico aquel. Un Gobernador del extremo sur del País lo había hecho abogado. Tan buen tino tienen nuestros respetables gobernadores del norte como los del sur.

Castañeta y Robleda llegaron por fin a la cárcel, y un grito marcial del centinela anunció a los cuatro vientos su llegada:

—¡¡¡Guardia a-a-a-a!!! ¡El señor Juez de Primera Instancia!

Acudió el Alcaide. Rindió el parte sin novedad, y los acompañó al departamento de la Alcaidía. Allí, ordenó que Enrique se presentara.

Los presos se agolpaban a las ventanillas enrejadas que daban al patio de la cárcel. Castañeta se sentó frente a una mesa, y Robleda a su lado. Los testigos de asistencia quedaron esperando en el cuerpo de guardia.

Con órdenes militares, el Alcaide mandó formar a los diez o doce convictos que integraban la guardia carcelaria, ridículamente uniformados de soldados de infantería. Después de esta “imponente” ceremonia, abrió la puerta que daba al patio de la cárcel. Aunque esta operación, bastante trivial, se repetía cuando menos cuarenta veces al día (tan grande era el número de presos que ingresaban), los reos prestaban siempre atención. En cautiverio, podían prestar atención a las cosas más triviales.

Había unos doscientos presos en el patio, jóvenes, en general. Unos estaban acostados en el suelo, otros se paseaban en parejas, intercambiando noticias de interés mutuo: riñas o raterías. Los presidiarios siempre escuchaban con interés las noticias que los recién llegados traían de fuera. Había algunos que lavaban ropa en el bitoque de agua que salía del muro. Había dos que cocinaban. Los presos compraban la comida con el “chivo”: veinticinco centavos que diariamente recibían del Municipio.

En el lado opuesto de la Alcaidía, algunos presos jugaban a la baraja o los dados. Podían hacerlo libremente, lo mismo que pelear y tasajearse la carne con navajas, huesos afilados como cuchillos o terminados en puntas como alfileres, que en todo momento y con absoluto descaro exhibían, riéndose alegremente de la inútil vigilancia de los carceleros.

El patio de la cárcel estaba pavimentado con ladrillo e insectos parasitarios.

Había calabozos en los costados del patio. Las puertas tenían una abertura en la parte superior. Por allí sacaban la cabeza los incomunicados, y libremente platicaban con los demás. A veces se “agarraban a trompadas”: el agresor pugnaba por coger a los incomunicados por la cabeza y golpearlos. Cuando esto sucedía, era la delicia de los demás. Los del patio gustaban de provocar a los incomunicados a la pelea, que solía disputarse a palabras. La obscenidad llegaba a provocar el agotamiento de la facultad cerebral puesta en función con la descarga verbal de inmundicias en aquellas inteligencias degradadas. En esas ocasiones, la fiesta era espléndida. Los gritos y dichos se sucedían, coreados por las mujeres presas en la parte alta del edificio, en constante y libre plática con los reos. Castañeta también llegó a divertirse con aquellas peloteras. En más de una ocasión, invitó a alguna muchacha a que también se solazara con el espectáculo, y efectivamente solían encontrar en ello un gran divertimento.

En un calabozo había un “criminal peligroso”, querido y respetado por todo el mundo. Tenía tres meses sin salir de su celda. Sin embargo, los penados se arrimaban a la apertura, y conversaban y bromeaban con él largas horas. Era uno de los vendedores de “marihuana”. Desde el encierro, ejercía un monopolio: era capaz de encarecer el precio de la mercancía hasta dos centavos por calada. Hacía acuerdos con los vendedores de yerba fuera de prisión, de modo que sólo penetrara a la cárcel una cantidad pequeña, de la que él solo disponía. De esta manera, dominaba el mercado, e imponía el precio que quería. Por lo regular, la amasia del peligroso criminal entregaba la yerba a un soldado de la guardia.

Entre los soldados de guardia y los presos había un compadrazgo inveterado. La guardia se componía de sentenciados a extinguir pequeñas condenas.

Flotaba sobre aquellas gentes el alma de indolencia fatal que caracteriza la maldita idiosincrasia de la raza. En las clases altas, esta indolencia se traduce en el derecho insulso de nacimiento, y en las intelectuales, en la miserable inclinación a la mentira, la adulación y la bribonada. Corroe nuestro cuerpo social como una maldición. Nos hace cobardes para la lucha e infelices para desafiar el destino...

El Alcaide cruzó el patio y se dirigió al calabozo donde Enrique llevaba cinco días encerrado, y abrió la puerta. A pesar del ambiente corrompido del patio, al que estaba acostumbrado, la pestilencia que salió de aquella celda lo

hizo a un lado. Descubrió a Enrique en el suelo, sobre los cobertores que le servían de lecho.

El bote de hojalata derramaba su inmundo contenido. Enrique estaba prácticamente insensible, sucio, pestilente, con el cabello en desorden, embrutecido por la morfina y el tabaco. Le habló.

—¿Cómo le va, don Enrique? ¿Tiene la bondad de levantarse? Lo necesita el Señor Juez.

Enrique alzó la cabeza. En su cara, muerta la inteligencia y agónica la materia, se dibujó un gesto que parodiaba dolorosamente la sonrisa de amabilidad extrema y perenne que le hemos conocido.

—¿Qué?, ¿qué dice? —sólo se pudo incorporar a medias.

—Que el Señor Juez lo necesita.

—¿A mí? ¿Para qué será? ¿Usted sabe? Bueno. ¿Dónde está? Yo tengo también que hablar con él. Es cualquier cosa, cuestión de cinco minutos. Háblele pues.

No se daba cuenta de qué decía ni de qué se trataba. Probaba levantarse, sin poder. Acostado, se restregaba los ojos y se metía los dedos por entre el pelo desordenado y con toda su fuerza se rascaba la cabeza. Dos veces extendió la mano trémula sobre el piso, como buscando algo. Su cerebro estaba saturado de las brumas venenosas de las sustancias ingeridas.

—No, hombre, usted es el que ha de venir —dijo el Alcaide—. A ver, levántese.

Algunos presos se acercaron a curiosear desde la puerta.

Enrique probó levantarse, y no pudo.

—No puedo. No sé qué me pasa.

—A ver. Entren ustedes dos a ayudarlo —rudamente lo pusieron en pie.

—Tráiganselo.

Enrique iba de un lado a otro, vacilando, suelto de nervios, sin fuerza, como un costal vacío.

—Vénganse acá con él —les ordenó el Alcaide.

Los presos lo miraban con lástima. Uno de ellos le puso los zapatos.

Entraron a la pieza donde esperaban los Leguleyos. Robleda fingió limpiarse del pantalón una mancha de chile colorado y Castañeta guardó silencio, sentado frente a la mesa, con la cabeza gacha, simulando profunda meditación:

Los presos dejaron a Enrique frente a Castañeta y lo sentaron en una silla de brazos, que acercó el Alcaide.

—Retírense de aquí —él también se marchó.

Allí quedó Enrique. Se percibía el rumor de las voces de los presos, apagado por los cristales de las ventanas. Del cuerpo de guardia de vez en cuando llegaba el ruido de pasos. De muy lejos, la vibración potente de las máquinas generadoras de la fuerza todopoderosa que los Genios de Volta y Ampere legaron al mundo, como una herencia de fraternidad. El ambiente se estremecía con el rugido del potencial descubierto por Denis Papin (en el dulce y poético aislamiento de su hogar), multiplicado por las

creaciones de Fulton y de Watts. La atmósfera estaba saturada del calor de los hornos en que se fundían las riquezas de la pródiga madre tierra, y se sentía la palpitación de millares de brazos y millares de inteligencias, bajo millares de sudorosas frentes, que heroicamente se afanaban en las minas, con un esfuerzo sobrehumano, múltiple y solidario, en la producción infinita de la potencia humana. El sol daba la vida, la multiplicaba prolíficamente y encendía en la sangre el amor y la dicha. Cruzaban el espacio, crepitando misteriosamente, ondas que llevaban hasta el confín del universo el pensamiento humano, caminando en la libre vía del infinito, sin las barreras con que tropezó la creación de Morse y Hughes, y que Marconi echó abajo, al conjuro mágico de su fecundo cerebro... Todo era vida, alma, espíritu, amor... Sólo el hombre-bestia, lobo del hombre, preconizaba con su egoísmo o con su cobardía el fatalismo del dolor o de la crueldad humana.

Luego que Enrique quedó sentado, entrecerró los ojos. En su cara se difuminaba dolorosamente su amable expresión.

Pasó un minuto. Castañeta alzó la cabeza y miró al preso, con su habitual expresión de husmeo. Contraía los párpados (y arrugaba la frente) para ayudar a los anteojos. Su nariz boluda (de yemaciones violáceas de borracho) olió a la víctima. Lo miró un rato, y luego vio interrogativamente a Robleda, que le hizo un guiño, y señaló al reo con un gesto.

—¡Muchacho! ¡Muchacho! No te duermas, hijo.

Enrique abrió los ojos. Incluyó dócilmente la cabeza. Con su amable sonrisa, que ahora era la mueca de una calavera, preguntó:

—¿Me hablaba Usted, Señor?

—Sí, hombre. ¿Qué tienes, pues?

—No, señor, nada. Nada. Estoy un poco débil. Parece que estoy un poco enfermo. Pero no, Señor. No es nada... La cabeza... No más.

—Bueno, ¿quieres tomar algo?

—No, Señor. Nada. Muchas gracias.

En aquel momento, el centinela volvió a gritar:

¡¡¡Guardia-a-a-a!!! ¡¡¡Ciudadano Presidente Municipal!!!

A poco, se oyó el rodar de un carruaje, luego voces de saludo, y el Alcaide que daba parte marcial de “sin novedad”. En seguida, entró el Cashier. Venía solo, pues Ojos de Perro ya no quiso acompañarlo, fastidiado de los Leguleyos, a los que decididamente no podía soportar. Sin nobleza de raza, su altivez de sajón se sublevó al fin, y no quiso mancharse más con el contacto de aquellos “macacos” de raza inferior.

Castañeta y Robleda se pusieron respetuosamente de pie, luego que vieron entrar al Cashier. Enrique probó pararse, y no pudo. Tartamudeando, lo saludó. El Cashier tuvo uno de sus geniales arranques de bondad: le estrechó la mano sin cuidarse de la porquería que la cubría y se informó de cómo se encontraba de salud.

—Así, así —le contestó Enrique.

Saludó amablemente, y ocupó su asiento enfrente de Robleda.

Enrique cerró los ojos, y preguntó al Cashier qué sabía de su esposa.

—No sé muy bien de ella —dijo el Cashier, con tropeza—. Creo que está bien.

—Gracias. Muchas gracias.

—Continúe usted, Señor Licenciado —dijo Cashier a Castañeta.

—Pos si apenas comenzamos con este muchacho —habló a Enrique como había hecho con las muchachas Marignano.

—Bueno, pos tú ¿ya sabes por qué estás aquí?

Esta pregunta lo revivió como un choque. Su sensibilidad renació con el dolor. Casi en silencio, dijo:

—Esto es muy penoso para mí. No quiero ni referirme al motivo por el que estoy preso —luego, como si recordara algo muy lejano, dijo al Cashier— Señor, ¿cómo está mi esposa? —no tenía conciencia de haber hecho esa pregunta momentos antes. Sus labios estaban secos. Su pulmones apenas daba aliento a sus palabras.

El Cashier habría preferido estar lejos de allí. La conciencia de su falta y la vergüenza del papel de verdugo que representaba ahí lo hacían tartamudear.

—En lo que cabe, está bien, Señor Álvarez. Pero creo..., creo..., vamos, que si usted no hace nada por ella..., pues..., tal vez no la pase tan bien.

En el Cashier se había operado uno de esos cambios súbitos tan comunes entre los hombres de negocios, los *money-makers*. El influjo de la idea financiera, que controlaba tan poderosamente su idiosincrasia, lo dominó rápidamente, y de la compasión por ese hombre y la vergüenza por su propia conducta, pasó a la actitud pragmática de su negocio.

—¿Qué?, ¿está enferma? —preguntó ansiosamente Enrique.

—Bueno, no me refiero a eso precisamente. ¿Comprende?

—Pues ¿qué le pasa? ¿Cómo está?

El Cashier hizo una seña a Castañeta, y agachó la cabeza, fingiendo poner toda su atención en la ceniza del puro que tenía entre los dedos.

Castañeta rompió el silencio.

—Pues es necesario que lo sepas de una vez. Ya el Señor Presidente te dijo lo que había hecho tu mujer. Por mi parte, yo disculpo a la muchacha, y pondré todo lo que pueda a su favor, pero es necesario que también tú me ayudes. ¿Estás dispuesto?

—Sí, señor. Haré todo lo que pueda.

—Bueno —prosiguió Castañeta—. Tu mujer ha confesado que robó a la tienda, en unión de las muchachas Marignano. Esto tú no lo sabías. Ella comprendía que tú no lo permitirías nunca. ¿No es verdad? Por eso, se puso de acuerdo con las muchachas. Ahora bien, ¿quieres salvarla de cuatro a cinco años de cárcel? En ese caso, no

hay otro remedio que tú te confieses autor del robo. Parte de las cosas robadas se encontraron en tu casa, y de esta manera puedo yo, como juez, disimular la culpabilidad de tu mujer, si tú declaras que eres el culpable. ¿Qué dices?

Nunca había sentido una humillación tan intensa. La concepción de la culpabilidad de Luisa se presentó clara y brutal a su fatigado cerebro. Aquel viejo se la echaba a la cara como un puñado de inmundicia, y se sentía obligado a aceptar su degradación.

—Estoy dispuesto a todo —dijo llorando.

Castañeta juzgó que no era necesario hablar más, y puso delante de Enrique un cuaderno y señaló el lugar en que debía firmar. Enrique firmó donde el dedo de Castañeta le indicaba.

El Juez Castañeta llamó enseguida a los testigos de asistencia, y firmaron también, bajo la fórmula de “Leída que le fue su declaración, en ella se afirmó y se ratificó, por ser la verdad, firmando, en unión del C. Juez y testigos de asistencia, damos fe”.

El Alcaide presenció todo aquello. La experiencia que tenía de la maldad humana engrosó con ello. En su alma sopló un aliento de indignación, pero no le tocaba a él, por cierto, componer el mundo.

Castañeta retiró el pliego, y lo guardó con otros papeles en un cartapacio que traía consigo.

Enrique inclinó la cara sobre la mesa, sin conciencia ni sensibilidad. Los demás se pararon, dando por terminado

satisfactoriamente el asunto que los tenía reunidos. Se miraron unos a otros, todavía como si les faltara algo que hacer.

—¿Ya terminó todo? —preguntó el Cashier.

Castañeta husmeó, arrugando la nariz.

—¿Cree usted que hay algo más que hacer? —dijo con cierta causticidad. Estaba orgulloso de sí mismo, y se consideraba, después de aquel triunfo, muy superior al Cashier y a Ojos de Perro. Hasta sintió un ánimo de paternal protección a Robleda, que se lengüeteaba con satisfacción los bigotes. Veía en sí mismo al mejor servidor del Rey, por encima de aquellos tipos a los que siempre tenía que dar cuenta de sus actos. Enrique Álvarez se había confesado culpable. Había llegado al final que se había propuesto y guardaba debajo del brazo, la prueba de su perspicacia intelectual. Él mismo había redactado la declaración en la augusta solemnidad de su Juzgado. El Rey tendría amigos y servidores, pero ninguno como él. ¡Vaya unos Gandarías! aquellos que rodeaban al Rey sin serle de la misma utilidad.

El Cashier adivinaba los rumios de Castañeta, y en su fuero interno consideraba con lástima su majadera pretensión. ¿Quién era, en realidad y con justicia, el que debía estar orgulloso de aquel triunfo? Seamos justos con el buen Cashier. Él había inspirado, en el apocado ánimo de Enrique, la culpabilidad de su mujer, el día que lo llevó a la cárcel en su carruaje.

Castañeta pidió al Alcaide que devolvieran a Enrique al Calabozo.

—Ya no es necesario que siga incomunicado —dijo el Cashier, animado por su excelente corazón.

—Yo conozco mi trabajo —dijo Castañeta—. En este asunto, soy responsable, como Juez. Encierre a este hombre en el mismo calabozo —repitió al Alcaide, y luego, al oído— Espera, que vendré aquí en la noche.

—¿Mando limpiar el calabozo? —preguntó el Alcaide.

—No, déjalo como está.

Salieron todos, y Enrique fue conducido al inmundo cubil, donde había de permanecer aún, por orden de Castañeta.

CAPÍTULO 8

Fue preciso que se reunieran otra vez, pues las circunstancias, aunque sencillas, no dejaron de causar alarma en aquellos hombres. Algunas horas después de lo que dejamos narrado en el capítulo anterior, ya entrada la noche, el despacho privado de Ojos de Perro servía de Cónclave a los buenos y fieles servidores del Rey. La razón de la alarma había llegado a cada uno de distintas maneras y por distintos caminos.

Había llegado por correo un periódico revolucionario, publicado en St. Louis, Mo., con un artículo furibundo donde se denunciaba al buen y honrado Cashier de

apropiarse de los terrenos que el municipio reservaba a los pobres, por medio de denuncias que, ante el mismo Cashier, como Presidente Municipal, presentaban su mujer y su hija (la joven de la extraña sonrisa). Según la nota, el Cashier daba razón, desde luego, a los denunciantes, y les cedía los lotes en compensación. El artículo pegó al buen hombre en toda la cabeza. Por si esto fuera poco, también había llegado, por correo, un requerimiento del Gobierno federal de informar sobre el robo, que se practicaba en el Hospital del Municipio, de alimento para los enfermos. Este robo se achacaba al cristiano Cashier y al síndico del Ayuntamiento, algo así como el Gran Visir del Cashier. Los dos golpes tenían alelado al hombre, descolocado de su natural y burgués equilibrio. A esta solicitud, el Gobierno del Centro añadía otra, mucho más seria. Por conducto del gobierno Local, requería información acerca de los motivos y la prisión de doña Luisa Leblanc de Álvarez.

Ninguno, ni Ojos de Perro, ni Robleda, ni Castañeta, ni el Cashier se explicaban el porqué de aquella disposición. A Ojos de Perro no le preocupaba ni el Gobierno del Estado ni el Federal. Sabía que los dos estaban al servicio del Rey. Cuando menos ésta era su firme idea. El Rey había obsequiado al Presidente de la República un caballo de raza pura por valor de cuatro mil dólares, obsequio presentado por un antiguo desertor del ejército americano, que fungía como Coronel del Ejército nacional: título que bastaba para contar con la inmunidad necesaria.

Debía de considerarse, principalmente, que aquella parte del País era creación exclusiva del Rey, y nadie, nadie, ni gobierno ni persona, tenía derecho de meterse en lo que hicieran ahí. Sin embargo, no quedaba tranquilo. Estaba resuelto a concluir de cualquier manera lo tocante a Luisa. Realmente se había cansado de su papel de verdugo, y aquel “informe” venía a colmar su fastidio.

Nuestros lectores recordarán al buen amigo de Enrique, llamado Thomas. Sin otro medio para ayudar a sus amigos, a este hombre, de carácter e inteligencia, se le había ocurrido dirigirse al Gobierno por telégrafo: pidió protección para Luisa, dado que se trataba de una ciudadana americana. Este era el origen de la orden que llegó por correo, destinada al Cashier. Como todos los documentos oficiales, sin embargo, debía ser visto, examinado y resuelto por Ojos de Perro.

Robleda y Castañeta estaban de acuerdo en que se dilatará la contestación al requerimiento por algunos días; cuatro o cinco serían bastantes para conseguir la confesión de Luisa. El Cashier y Ojos de Perro estaban en desacuerdo, y resolvieron, para quitarse todo engorro de encima, “echarla” libre aquella misma noche. Castañeta alegó la necesidad de practicar todavía algunas diligencias, y acordaron al fin que, al término de las mismas, Luisa quedara libre.

Zanjado el asunto, Ojos de Perro se dedicó a leer su correspondencia, el Cashier hizo otro tanto, sin ocuparse

más de los Abogadetes. Estos salieron torpemente, y se dirigieron a recuperar el ánimo en su burdel favorito.



Serían las doce de la noche. Bajo un sopor, la población se extendía en una amplia meseta. Las casas formaban anchas y desiertas avenidas. En la pendiente meridional, donde concluía la meseta, en un laberinto de callejuelas que se hundían en una cañada, hormigueaba la gente trasnochadora, revuelta en los burdeles que por ahí abundaban, ebria, embrutecida. En esas callejas flotaban las ondas de un mar de podredumbre. En él, se anegaba el alma y la carne de una multitud encadenada a la condenación del vicio. Sonaban gritos, carcajadas, insolencias, alaridos, y el claro rumor de la música, a cuyo compás se desarrollaba la depravación en furiosas danzas, la pestilente embriaguez y la prostitución. En aquel antro oficiaban, como sumos Pontífices, el Juez y el Abogado. Mientras tanto, el Cashier, en el decoro de su hogar, hacía cálculos acerca del porvenir de sus hijos, contando las ganancias que dejaba la autorización que él, como Presidente Municipal, daba a la libre práctica de la prostitución y de la embriaguez, misma que se hacía pagar con dinero constante y sonante, aumentando así su honrado capital, y por ende la herencia que santamente habría de legar a los pedazos de su alma, cuando entregara su cristiano espíritu al Creador.

En el fondo del sombrío miraje de la noche, se destacaba el oscuro horizonte de la Sierra de Cobre, cubierta de puntitos luminosos: las casitas de los mineros o las luces del servicio de transporte del metal que se extraía de las minas. De esos lugares se desprendía un denso aliento de trabajo, que inundaba el entorno con sus ondas de fuerza creadora, que se levantaba sobre el horizonte, y ascendía al Universo, poblado de mundos estelares, y volvía a la tierra, como sopro de una vida más extraña, misteriosa, intensa, infinita, como un solidario y fraternal aliento de otras humanidades.



Un carruaje, del que salían voces femeninas mezcladas con masculinas, llegó a la puerta de la cárcel.

—¡Párale! —dijo imperiosamente la voz de Castañeta al cochero.

—A ver, ¡el Alcaide! —ordenó desde el interior del carruaje. Las mujeres, en número de cinco, sin contar a Robleda, armaban guasa y besaban ruidosamente a los “machos”.

El Alcaide salió, restregándose los ojos. Castañeta le preguntó si había llegado una mujer presa en carruaje, y contestó negativamente.

En ese momento llegó el carruaje que esperaba. De él, salió el policía que cuidaba a Luisa: la conducía a prisión.

—Mira tú —dijo Castañeta al policía—. Tráete a la mujer esa y métela *padentro*.

El hombre obedeció. Ayudó a bajar a Luisa, y la condujo hasta la puerta de la cárcel. Ahí la entregó a un custodio.

—No te tardes, papacito. Y cuidado con hacerme una perrada con “esa” —dijo una de las mujeres que iba en el carruaje.

Luisa se sostenía con un esfuerzo sobrehumano. Se apeó del brazo del policía, sin protestar, sin quejarse, sin preguntar nada, obedeciendo a un fatalismo que la volvía insensible a todos los dolores y humillaciones. El policía cruzó con ella el cuerpo de Guardia. Luisa y Castañeta penetraron al patio.

Castañeta quería llevar hasta el fin su rencoroso propósito. A impulsos de la soberbia y la rabia que le había provocado la resistencia de Luisa, concibió una venganza que él consideraba justo aplicar antes de “echar” libre a la cautiva. La resolución de Ojos de Perro dejaba impotente al Juez para anotar otro triunfo, y hacer méritos ante la alta consideración del Rey. Procedía con sencillez y naturalidad. Desde su juventud, lo vimos practicar triunfalmente la infamia en todas sus criminales modalidades. Sus acciones inmorales fueron invariablemente aceptadas y hasta aplaudidas. Vimos de qué forma adquirió un título profesional y desempeñó una posición oficial. Renunció a dicha posición para ocupar el puesto de Juez Federal: el encargado de proteger los derechos del Hombre apuntados en la Carta

Fundamental de nuestro país. Esta ética miserablemente degradada de Castañeta es la característica de todos los Jueces. La dolorosa experiencia de todo mexicano, en lo que se refiere a la violación de la Justicia, corrobora indudablemente lo que afirmamos.

Luisa atravesó el patio como un autómatas, conducida hacia el calabozo donde estaba su marido. Se dejaba llevar sin resistencia, impelida por el empuje brutal de aquellos agentes del crimen, que creaban a su alrededor una atmósfera en que se agitaban las cosas y las gentes, pesada y mecánicamente. Toda aspiración, todo vigor de la inteligencia debía moverse dentro de la estrecha vía en que pretendían encauzar la actividad humana estos miserables. Esta voluntad de confinamiento los convertía, los convierte en fabricantes de esclavitud, infortunio y embrutecimiento.

Antes de llegar al calabozo de Enrique, Luisa tropezó con uno de los borrachos que dormían en el patio. El hombre carraspeó una insolencia, al ver a Luisa:

—Vente a acostar conmigo, mi alma.

—El Juez va cambiar la cárcel en burdel —dijo una voz desde las galerías—. A Castañeta le agradó el dicho.

Lámpara en mano, el Cabo de Puertas procuraba abrir el calabozo de Enrique. Luisa, a un lado de la puerta, apoyaba las manos en las salientes del muro. Su fisonomía se perdía en las densas tinieblas de la noche.

—¡Échamela “pacá”, tío “bofo”! —gritó una voz.

—¡Te echaré a tu madre, hijo de...! —contestó Castañeta.

—¡Huipia! ¡Agárrate esa!

—¡Oye, viejo Chango! ¡No seas sinvergüenza!

Una de las “perdidas” que venía en el carruaje, con Castañeta y Robleda, había entrado al Cuerpo de Guardia, y por la ventanilla que daba al patio, habló al Juez:

—Ándale, Papacito. Vente, Chulo. ¡Mira que ya me estoy encelando! ¿Qué haces con esa...? Si te tardas, voy por ella y le arranco los cabellos...

Era lo que esperaban los presos, ya despiertos todos, para armar borrasca. Una gritería infernal de insolencias y porquerías surgió de las ventanas de las galeras y los calabozos, como una avalancha de podredumbre volcada sobre aquel infecto lugar.

—¡Huipia! ¡Huipia! ¡viejo Chango!

—¡Hijo de...! ¡Juez ladrón!

—¡Papá de las p...!

La “perdida” repitió a Castañeta:

—Ándale, Papacito. Vente, que estoy celosa.

Hablaba de aquel modo para provocar las insolencias de los reclusos. Castañeta, hecho él mismo de inmundicia, no percibía la que salía de los presos.

El Cabo abrió la puerta del calabozo, y Castañeta ordenó:

—Métela.

A la luz de la linterna del Cabo, Luisa descubrió a su marido en el suelo, tirado en aquel lugar de reconcentrada inmundicia. En un alarido, condensó dolor, muerte y locura. Del fondo de su pecho, de lo más martirizado

de su alma, surgió un chillido que hendió la degradada atmósfera de ese lugar (que negaba toda justicia, donde el crimen imperaba y perduraba por los siglos y de los siglos, encarnado en el miserable Juez y el detritus social que bramaba prisionera). Se tiró sobre Enrique.

Los presos callaron, suspensos por aquel alarido, que removió en ellos algo lejano. Tal vez el brillo de una lágrima o la dulzura de una caricia.

Luisa palpó a su marido, lo movió, lo cogió por la espalda y lo hizo sentarse. Sus sollozos se entrecortaban por el esfuerzo de reanimar a Enrique. La nerviosa energía de su abrazo hizo que abriera los ojos. La miró. Sus caras estaban muy cerca. Un intenso aliento vital emergía de ese contacto.

—¿Luisa?

Luisa acercó los labios a su boca, despacio, hasta desahogarse en un beso.

—Luisa, no me beses. ¿Tienes la bondad de irte? ¿Quién te trajo?

—Mira, muchacha. Ya puedes largarte de aquí. ¿Entiendes? —le dijo Castañeta, cogiéndola rudamente por un hombro.

—Salga usted —le dijo el Cabo de Puertas, y también la tomó del brazo.

En la mirada de Luisa se despertaban furiosamente odio y coraje, como dos fuerzas que la sostenía contra aquella horda de miserables que sumergían su vida en la sombra.

Se desprendió de Enrique, que volvió a caer en el sopor, se levantó y siguió al Juez a través del patio, hasta llegar afuera.

Castañeta se dirigió al carruaje, donde lo esperaba Robleda y las mujeres. Una de ellas lo puso en sus piernas y lo besó.

—Pero oye, tú, ¿qué hacías tanto tiempo con “esa”?

—Castañeta inició un escarceo con la mujer. Finalmente, el carruaje emprendió la marcha con su bagaje de degradación.

Luisa salió del Cuerpo de Guardia. ¡Estaba libre!

Se sentó en una banca. En la quieta soledad de aquella noche, que era también la de su alma, su cuerpo se doblegaba sin fuerzas. Estaba sola en un Mundo de seres extraños y corazones ajenos. Las radiaciones de su vitalidad se perdían en el infinito y se dilataban ilimitadamente sin encontrar un alma empática, que palpitará con el amor que es el soporte de la existencia. No había mirada compasiva, manos que estrecharan la suya cálida, cariñosamente. ¡Sola!... ¡Sola!... El hombre por quien había sufrido tanto la rechazaba, precisamente en el instante en que ella le daba, en aquella conjunción de infortunios, lo poco que le quedaba de vida. Había llegado a lo más hondo de la miseria humana. El crimen la había arrastrado hasta el fondo de aquella cárcel. Allí, con la flama de su abnegación besó a su marido, amado en la desgracia. ¿Y él?... la rechazaba. También él se había convertido en ayudante de los miserables, en cómplice del crimen: Con insensatez, rechazaba su última esperanza. Luisa ahora negaba

su deseo de sufrir con él, de darle el alma y la vida en la desventura, como en sus tiempos buenos, cuando los embriagadores goces del amor llenaban los días y coloreaban el horizonte encantado de ensueños...

¡Sola!... ¡Sola!...

Empezó a caminar.

A unos pasos, se encontró frente a una casa de madera. En una varilla de hierro se balanceaba una tabla que decía “Agente de Negocios judiciales”: una sanguijuela de los reclusos. La tabla se columpiaba, y el vaivén hacía gemir las bisagras. Creyó que alguien lloraba.

—Sufrirá como yo —se dijo, y siguió adelante.

Un grupo dobló la esquina. Voces femeninas proferían insolencias: era un “manejo” de pueblo arrancado a los burdeles para llevar a la cárcel, con cuatro policías de a caballo. Pasaron junto a Luisa, sin notarla.

Continuó su marcha trabajosamente. Abarcó con la mirada los hogares distantes: destacaban, aún somnolientos, tranquilos a la claridad de las estrellas. Irradiaban un descanso egoísta, indolente. Brindaban calor y abrigo solamente a los que allí dormían. Luisa midió otra vez la vacua soledad en que se movía. Ya no lloraba. Más adelante, vio una iglesia de madera. En su alma se oscureció algo inútil, que simulaba una esperanza vana, de indecisa luz, fantástica y tenue. Algo como una idea ¿o como un recuerdo? Pero esa sombra se disipó, y el vigor que ondulaba en sus nervios se amplió como una fuerza real, efectiva

y concreta en el terreno abandonado por aquella sombra inútil, esperanza vana, luz indecisa, idea o recuerdo.

El viento suave, ligero y cálido hacía flotar su vestido desgarrado y la ondulante crencha de sus cabellos. Eran las tres de la madrugada. Llegó al borde meridional de la meseta.

A sus espaldas, se alzaba la opulenta residencia del Magnate. A un lado vivía Ojos de Perro y allá lejos, el Cashier.

Todos dormían. El vicio también dormía: el Juez y Robleda. Dormían Los Bribones. Sus crímenes, su mortal y corrompida influencia, sus almas cobardes, dedicadas a la deshonra y el egoísmo, dormían. La tierra parecía más libre con su sueño.

Luisa miraba interrogativamente hacía adelante.

A sus pies, las faldas de la meseta. Por encima de la calle del Mineral, más allá de los techos de los edificios de la Compañía, se miraban las chimeneas de la Fundición, de la *powerhouse*. A sus espaldas, intuía la presencia de quienes habían elaborado su tormento. Una despreciativa indiferencia era su venganza. Esa sensación flotaba en su espíritu como el embrión de una aurora. En el fondo, se dibujaba la Sierra.

De lo profundo de las minas, donde los músculos se contraían en un esfuerzo súper-humano, emergía la fuerza misteriosa y omnipotente del trabajo, como una lucha real y efectiva. De cada contracción de aquellos nervios musculados, brotaba

la creación portentosa de riqueza, energía, materia útil y rica. Del alma sana y viril de aquellos músculos emanaba una onda, como una promesa de redención; radiaba “bondad” con imperativa energía. Hermanada con la inteligencia que guiaba aquellos mismos músculos, la onda se dilataba en el espacio, conquistando la tierra...

El aliento de esa lucha llegaba hasta Luisa, en el misterioso y tierno consuelo que la invadía. Dominaba la noche, calentaba el aire, daba fulgor a los astros.

La bondad imperaba sobre la tierra sin obstáculos, porque la Bestia dormía.

Fue como luz de una esperanza, y Luisa, secreta y misteriosamente atraída, siguió su camino hacia adelante, como si aquella “bondad” incorpórea tuviera brazos que la soliviantaran y un alma fraternal que daba dulce calor a su corazón martirizado.

FIN

[En la edición original de la novela, se asienta que el autor publicaría otros dos títulos: *Mujer valiente* y *La Huelga*. *Los bribones* sería, así, la primera parte de una trilogía. Es probable que en la segunda, *Mujer valiente*, la heroína se opondría a las injusticias de Cananea, movida por la esperanza que aparece al final de esta novela, encarnada en el proletariado industrial de la mina. Tal vez alentaría y organizaría a esos trabajadores en *La huelga*, tercera y última parte, que novelaría los acontecimientos de junio de 1906, que culminan con la represión sangrienta, y, en la vida del autor, el exilio y la entrega a la causa y acción revolucionaria —nota del editor].

H. CÁMARA DE DIPUTADOS LXIV LEGISLATURA

JUNTA DE COORDINACIÓN POLÍTICA

Dip. Mario Delgado Carrillo

Presidente y Coordinador del Grupo Parlamentario de MORENA

Dip. Juan Carlos Romero Hicks

Coordinador del Grupo Parlamentario del PAN

Dip. René Juárez Cisneros

Coordinador del Grupo Parlamentario del PRI

Dip. Fernando Luis Manzanilla Prieto

Coordinador del Grupo Parlamentario de Encuentro Social

Dip. Reginaldo Sandoval Flores

Coordinador del Grupo Parlamentario del PT

Dip. Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla

Coordinador del Grupo Parlamentario de Movimiento Ciudadano

Dip. José Ricardo Gallardo Cardona

Coordinador del Grupo Parlamentario del PRD

Dip. Arturo Escobar y Vega

Coordinador del Grupo Parlamentario del PVEM

MESA DIRECTIVA

Dip. Porfirio Muñoz Ledo

Presidente

Dip. Dolores Padierna Luna

Dip. Marco Antonio Adame Castillo

Dip. Dulce María Sauri Riancho

Vicepresidentes

Dip. Karla Yuritzi Almazán Burgos

Dip. Mariana Dunyaska García Rojas

Dip. Ma. Sara Rocha Medina

Dip. Héctor René Cruz Aparicio

Dip. Lizeth Sánchez García

Dip. Julieta Macías Rábago

Dip. Lilia Villafuerte Zavala

Dip. Lyndiana Elizabeth Bugarin Cortés

Secretarios

CONSEJO EDITORIAL

GRUPO PARLAMENTARIO DE ENCUENTRO SOCIAL

Dip. Ricardo De la Peña Marshall, *titular*.

PRESIDENCIA

GRUPO PARLAMENTARIO DE MORENA

Dip. Hirepan Maya Martínez, *titular*.

COORDINADOR DEL ÓRGANO TÉCNICO

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PAN

Dip. Annia Sarahí Gómez Cárdenas, *titular*.

Dip. María Eugenia Leticia Espinosa Rivas, *sustituto*.

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRI

Dip. Brasil Alberto Acosta Peña, *titular*.

Dip. Margarita Flores Sánchez, *sustituto*.

GRUPO PARLAMENTARIO DE PT

Dip. José Gerardo Fernández Noroña, *titular*.

GRUPO PARLAMENTARIO DE MOVIMIENTO CIUDADANO

Dip. Alán Jesús Falomir Sáenz, *titular*.

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRD

Dip. Abril Alcalá Padilla, *titular*.

Dip. Frida Alejandra Esparza Márquez, *sustituto*.

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PVEM

Dip. Lyndiana Elizabeth Bugarín Cortés, *titular*.

Dip. Rogelio Rayo Martínez, *sustituto*.

SECRETARÍA GENERAL

Mtra. Graciela Báez Ricárdez

SECRETARÍA DE SERVICIOS PARLAMENTARIOS

Lic. Hugo Christian Rosas De León

DIRECCIÓN GENERAL DE SERVICIOS DE DOCUMENTACIÓN,
INFORMACIÓN Y ANÁLISIS

Mtro. José María Hernández Vallejo

CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL LOGRO DE LA IGUALDAD
DE GÉNERO

CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES
PARLAMENTARIAS

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUS-
TENTABLE Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

CENTRO DE ESTUDIOS DE LOS DERECHOS HUMANOS Y DE
LA POBLACIÓN EN SITUACIÓN DE VULNERABILIDAD Y SU
INCLUSIÓN

En su novela *Los bribones*, la obsesión central de Lázaro es la justicia o, para ser más precisos, la falta de justicia. Por ello, en la novela se presta mucha atención a la ley, a los abogados, a las condiciones de las cárceles y a los jueces, incluso a los jueces de segundo circuito, que había sido precisamente el trabajo de Lázaro. *Los bribones* es una obra de denuncia basada en hechos reales. Lázaro sabía muy bien que su crónica reveladora no se publicaría sin consecuencias: “Tal vez haya alguno que dude lo que se narra en esta novela, pero si desea asegurarse de que esto es verdad, no le costará mucho trabajo convencerse de que lo que aquí se escribe es real y verdadero [...] es probable que el autor de esta novela sea el más perjudicado por las persecuciones que tal vez tenga que sufrir, pero, para él [...], venga lo que venga”.

Claudio Lomnitz



CÁMARA DE
DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA



ISBN 978-607-98413-1-7

